





PROVÓCAME

Dos almas **perfectamente** imperfectas

Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2016, **Niky Moliviatis**

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Portada

Gabriela Franco

Vasco Lopes

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Revisión

Claudia Márquez

Daniel García P.

Foto de portada

Scott Hoover

Modelo

Jase Dean

Impresión

QP Print

Primera edición: octubre 2016

Depósito Legal: DL B 18914 - 2016

ISBN: 978-84-16942-12-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Niky Molivatis

PROVÓCAME
Dos almas **perfectamente** imperfectas

Nova Casa Editorial



AGRADECIMIENTOS

Tengo a tantos que agradecer que no sé por dónde empezar, es como comenzar una nueva historia. Una que quizá muy pocos lean y otros omitan. La realidad es que sola jamás hubiera logrado lanzar *PROVÓCAME*.

La idea nació sentada con mis mejores amigos, Andrea Leiva, Gaby Arevalo y Sergio Castillo, que no solo me ayudaron a crear a los personajes, sino que me prestaron muchas experiencias en un viaje a Miami. Claro que nada de lo que está en la historia es real, pero vale la pena decirlo.

Quiero agradecer primero a mi familia, tanto a los Moliviatis como a los Castellanos, por ser parte de mi vida y apoyarme en cada locura que se mete en mi cabeza, como se imaginan, les toca apoyar bastante. Desde comprarme libros, hasta entrar a las cuatro de la mañana a apagar la computadora para que deje de escribir. Tengo una familia bastante especial, la cual no cambiaría por nada del mundo.

A esas personas que me situaron en el camino correcto para convertirme en una escritora, Paul Andreas Wunderlich, por siempre creer en mí, desde el momento que le comenté que quería escribir. Por sus consejos, sus duras críticas y ser más que un mentor. A Eduardo Villalobos, mi profesor de escritura creativa. Y a todos mis increíbles compañeros y jefes de librería SOPHOS que soportaron que llegara desvelada y de mal humor algunos días.

**«Mil quinientas palabras al día si quieres lograr algo.
Los libros no se escriben sin esfuerzo y perseverancia»**

—Paul Andreas Wunderlich.

Dylan fue uno de mis retos más grandes, quería que llegara a ser un perfecto amor literario, desde la actitud, hasta el físico. El día que conocí a Jase Dean supe que él era exactamente como imaginaba a Dy, desde los tatuajes, los ojos y esa actitud tan increíble. Gracias a Ellie McLove y Scott Hoover que lograron que la fotografía fuera la perfecta, para que Gaby Franco creara la portada que tanto soñé.

**«Follow your dreams, until one day you don't have
to close your eyes to enjoy them»**

—Jase Dean.

Cruzar horizontes es importante, más cuando tienes amigas que te apoyan. Vicky Salgado, Gaby Franco, sin ustedes muchas cosas nunca hubieran pasado, gracias a las dos por caminar en este reto junto a mí y nunca dejarme.

Las escritoras son mis heroínas... Jamie McGuire y Abbi Glines fueron mi mayor inspiración para volverme escritora.

Quiero agradecer a Nieves Cidoncha por introducirme al mundo Wattpad, y a Mariam Alfaro por ser la primera en darle una oportunidad a este libro, leerlo y apoyarme desde ese entonces. A Yissel Alba por prestarme a Nico y a Ana, a Jacky por ser una loca fanática que me grita al oído constantemente. Y a cada una de las personas que me dieron sus votos, comentarios y ayudaron a que «dos almas perfectamente imperfectas» se volviera una realidad.

**«El poder de la pluma es capaz de cambiar mentalidades...
pero sin las personas que creen en ti y tu trabajo, el poder que se
tiene se queda parado y nunca cumple su objetivo».**

Gracias a NOVA CASA EDITORIAL por creer en mí y darme la oportunidad de ser parte de su equipo de escritores. A Joan Adell, Maite Molina, al equipo Claudia Márquez y Daniel García, para quienes imagino que todos mis localismos y ortografía fueron un dolor de cabeza.

A Rolando Pineda Lam, sin su apoyo la versión en inglés *UNBREAKABLE* jamás sería posible. Gracias incluso por entrar a Wattpad a leer la historia y darme su opinión. Vale millones.

Y por último dejo a mi motor de arranque, las que hacen que me sienta y escriba siempre que puedo: ¡GRACIAS DUSHYS! A todas las personas que me leen, apoyan y que son parte de mi diario vivir. Pili, Juliana, Carol, Sai y a todo el TEAM DUSHY.

Por siempre y para siempre,

Niky Malvicatis





ÍNDICE

PRÓLOGO	17		
EMMA	21	DYLAN	31
EMMA	37	DYLAN	45
EMMA	49; 59		
DYLAN	67	EMMA	71
DYLAN	77	EMMA	81
DYLAN	91	EMMA	95
DYLAN	103	EMMA	107
DYLAN	115	EMMA	119
DYLAN	131	EMMA	135
EMMA	145	DYLAN	153
EMMA	161	DYLAN	175
EMMA	179; 187; 197; 203		
DYLAN	209	EMMA	217
DYLAN	221	EMMA	227
DYLAN	233	EMMA	241
DYLAN	251	EMMA	261
EMMA	267; 281		
DYLAN	287	EMMA	295
EMMA	303	DYLAN	311
EMMA	317; 323		
DYLAN	333; 341		
EMMA	347; 357		
DYLAN	367	EMMA	371
EMMA	375	DYLAN	381
EMMA	387; 401		
DYLAN	415	EMMA	425

DYLAN	433; 439		
EMMA	443	DYLAN	457
EMMA	461; 467		
DYLAN	477	EMMA	483
DYLAN	487	EMMA	493
EMMA	499	DYLAN	505
DYLAN	513; 519; 525		
EMMA	533	DYLAN	541
EMMA	549	DYLAN	553
EMMA	559		

Epílogo

EMMA	567		
DYLAN	579		

CARTAS DE EMMA

DYLAN McGUIRE	339		
DYLAN	355		
HOLA, DY	423		
HOLA, DY	511		
DYLAN	565		





*Dedicado a Gaby Franco y a todos los que están leyendo este libro.
Sin ustedes, nada de esto sería posible.*



PRÓLOGO

EMMA

Dicen que los hombres perfectos solo existen en los libros. Ese ha sido mi mantra desde el momento en que mi vida se vino abajo; lo único que me tenía cuerda eran esos libros que me alejaban de mi maldita realidad. Cometí muchos errores, unos que me costaron cargar con la culpa toda mi vida. Era demasiado fuerte para una chica de diecisiete años.

Cerré los ojos sintiendo cómo los gritos de mi madre llenaban mi cabeza, una y otra vez. Esto era más que una pesadilla, todo este mes había sido así. Quería salir corriendo e irme lejos, pero el dinero que tenía ahorrado no era suficiente, además, seamos sinceros, una chica a mi edad no puede vivir sola. Suspiré levantando la vista para observar a mi madre rogarle a su Dios que me perdonara y decirle a Satanás que no me llevara con él, que tenía que existir una razón divina para todo esto. La verdad era que nada podía cambiar lo que ya había pasado.

Ese trágico accidente el veintiuno de diciembre cambió mi vida, nada de lo que hiciera enmendaría las cosas. Esta era mi nueva realidad, cargar con la culpa y la responsabilidad de lo ocurrido.

—¡Deja de gritar! —le dije a mi madre. Cada vez perdía un poco más la paciencia con ella. Este era mi límite de hoy.

—No, Emma, no voy a dejar de gritar ¡esto es grave! Lo que has hecho no tiene perdón divino. Te irás al infierno junto a John, de eso no hay duda, señorita.

—Bueno, pues, espero que el infierno sea divertido porque no puedo cambiar mi realidad, el accidente ya pasó mamá ¿Qué quieres que haga? ¿Regresar el tiempo? Porque si pudiera lo hubiera hecho ¿no crees?

—No puedo creer que no te importe esto, Emma, te desconozco. No puedo tenerte en casa, no ahora. Necesito que te vayas.

—¿Qué? —dije asustada.

Tenía que ser una broma, no podía hablar en serio. Sabía que todo había sido mi culpa, mía y de nadie más. Si mamá me sacaba a la calle, me quedaría sola, sin nada ni nadie. Ahora no necesitaba esto, necesitaba ayuda para superar la pérdida que sentía en el pecho, necesitaba a mi madre, comprensiva dándome su apoyo incondicional. No puede dejarme sola... ¿o sí? Los ojos se me llenaron de lágrimas, ni siquiera tengo la edad suficiente para trabajar ¿Qué diablos cree que voy a hacer?

—¿A dónde voy a ir? —dije sintiendo las lágrimas caer en mi cara.

—No sé, habla con tus amigos o con tu primo Mark. No puedo con esto ahora, Emma.

—¡MAMÁ! —grité dejando que las lágrimas terminaran de salir de mis ojos. Sin esperar a que siguiera con su sermón de mil años, salí corriendo de mi habitación. No podía más con esto.

Tomé el teléfono marcando el número de Camilla Roth, mi mejor amiga. La conocía desde los once años, siempre había estado a mi lado y me apoyaba inmensamente. Era como si nos hubieran puesto pegamento. Un año después de eso conocimos a Anna, ahora las tres éramos un equipo.

—¿Cam? —dije, sin dejar de llorar.

—Ay, mierda. Dime que no te pegó o que enloqueció otra vez, tu mamá está fuera de control, nena.

—No pero preferiría que me pegara, sus palabras duelen mucho más que los golpes —dije, recordando el metal del cinturón de papá. Mamá realmente perdía el control.

Cam empezó una plática muy larga acerca de por qué esto no era mi culpa y cómo tenía que luchar para que las palabras de mi madre no me llegaran al corazón de manera permanente. Dije que sí a todo lo que decía, pero era demasiado tarde, mi alma estaba partida en mil pedazos y no podía hacer nada.

—¿Puedes venir por mí? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—Llego en veinte minutos. Trae todas tus cosas, sabes que mamá te aceptará con los brazos abiertos. Deja a la vieja esa que dice que te irás al infierno, necesitas salir de esa depresión.

Ese fue el día en que tomé la primera decisión más importante de mi vida, alejarme de mi madre, de mi padre y del mundo que me rodeaba. Cam y Anna eran mi nueva familia. Terminé mis estudios, trabajando en las noches en el bar de mi primo, él corría un gran riesgo ya que era menor de edad, pero sabíamos cómo mezclarnos a pesar de las circunstancias. Ganaba bastante bien para mantenerme el primer año de universidad en Miami, ahorraba todo lo que podía y tenía una buena beca para estudiar literatura. Miami fue nuestro sueño desde los quince años, las playas eran lo que más me entusiasmaba y no podía esperar para que estos dos años pasaran volando.

No soportaba las noticias y las miradas de las personas. Como si fuera un bicho sobrenatural. Necesitaba alejarme de todo y empezar de nuevo, en un lugar donde no me conocieran.

Dos años después estaba parada frente al mar, sintiendo la arena en mis pies. El aire cálido me pegaba en la piel, como si fuera un buen día de verano. No había nada conocido, excepto por Cam y Anna.

Escuché el grito de Cam de excitación cuando metió los pies en el agua, me llamaba con sus manos muy emocionada. Anna me tomó del brazo para llevarme a la orilla. Metiendo los pies disfruté la gloria de sentirme viva otra vez, de sentirme libre.



EMMA

Las personas más inteligentes no se enamoran. El amor es una debilidad, lo he visto con mis propios ojos. No es que me emocione mucho decirlo en voz alta, pero... evitaría sentirme débil a toda costa. He salido con muchos chicos a lo largo de mi corta vida y ninguno llena, ni un poco, mis grandes expectativas. Eso es culpa de los libros que leo, le crean a uno la imagen del hombre perfecto, ese hombre, como ya saben, no existe.

Me acomodé el cabello en una coleta alta, terminé de amarrar mis zapatillas de deporte, tomé la botella de agua de la nevera; hace mucho que disfrutaba correr, me hacía sentir libre el aire pegando en mi piel. Teníamos solamente un mes de estar viviendo en Florida con Cam y Anna. Florida era totalmente diferente a lo que estaba acostumbrada, el calor, las playas, las fiestas universitarias, los estudios. ¡Dios mío! Esto iba a ser una de las mejores experiencias de mi vida. Estaba feliz de dejar mi pasado atrás, tenía que superar muchas cosas y dejarlas ir.

Sabía que perder contacto con mis padres sería el primer cambio, pero también ellos fueron los que decidieron sacarme de su vida. Los errores que uno comete en la etapa de la pubertad deberían ser algo que tus padres comprendan y perdonen, pero los míos no. Ellos me mandaron directo al infierno después de que todo se viniera abajo.

Comencé a correr por la orilla de la playa con el iPod a todo volumen. La música electrónica no era de mis favoritas, pero

a la hora de hacer ejercicio era la mejor que tenía. Concentrándome en la brisa marina que abrazaba mi piel, la euforia de sentirme libre y poder apreciar la playa en mi campo de visión era divino. Desde el primer día amé este lugar.

Durante media hora recorrí la blanca playa, me crucé con personas totalmente bronceadas, hombres sin camisa, mujeres en unos minibikinis y finalmente cuando mis pulmones no podían más me senté a observar las olas reventar ante mis pies.

Entré otra vez al edificio Trent, nuestro nuevo hogar. Los padres de Camila fueron muy considerados al comprarle un súper apartamento de lujo frente a la playa. De ese modo nos ahorrábamos la renta excesiva para unas universitarias como nosotras que se negaban a vivir en la residencia estudiantil. Camila siempre fue de la idea de un lindo apartamento frente a la playa y sus padres no eran de los que le negaran nada a su única y adorada hija. Los gastos de la comida normalmente corrían por los padres de Anna y una vez al mes me permitían gastar una parte de mis ahorros para hacer las compras.

Mi vida sería tan distinta sin el apoyo de ellas, quizá no tendría estudios y estaría abandonada en un refugio o algo por el estilo. Cuando mis padres me echaron y Camila vino al rescate, me sentí, una vez más, segura de estar en una casa donde no era un demonio o algo por el estilo.

Pasé saludando a Kyle, el portero del edificio. Era un viejito canso muy agradable. En tan poco tiempo y unas pláticas muy cortas, ya sentía que era parte de la familia del edificio. No conocíamos a nadie más que a la niña que vivía en el apartamento a la par del nuestro.

Absorta en mis pensamientos no me di cuenta de que una pared humana estaba justo en la línea de mi camino. Me topé con su espalda. No sentí el dolor hasta después que se alejó de mí, dándome una disculpa. Eso había sido... ¡Dios mío!

El chico con el que me tropecé era la pura imagen de un Dios del sexo. ¿Por qué no lo vi antes de hacer el ridículo?

—¿Te encuentras bien? —preguntó tomándome del brazo. Una corriente eléctrica me atravesó justo donde sus dedos hacían contacto con mi piel sudorosa. Mi mirada seguía clavada en sus increíbles ojos color azul. Era consciente de la cara de estúpida que tenía puesta hasta ese momento. Era hermoso.

Intenté articular un *sí* por respuesta fallando en el intento. En lugar de darle una respuesta firme e indiferente, solté un «wow»; ahora sí era oficial. ¡Había hecho el ridículo! El chico soltó una carcajada al notar que mi mirada estaba clavada en sus abdominales. No tenía camiseta puesta. Llevaba un bañador color azul y su toalla sujeta alrededor del cuello. Las mejillas se me calentaron a tal nivel que pensé que en cualquier momento me iban a estallar.

Su cuerpo estaba bien esculpido, como esos modelos de portada que estaban tan de moda. Su brazo izquierdo completamente tatuado con flores, mariposas, un rosario y lo que parecía ser un ángel. Lo observé sin ningún descaro viendo cómo sus músculos se tensaban ante la risa que le nacía al verme tan entretenida con su cuerpo. Su cabello castaño corto lacio estaba mojado y desordenado.

—No te preocupes cariño, puedes seguir viendo lo que quieras. Para eso lo ejercito bastante, para que las chicas como tú puedan admirar lo que es bueno.

¿Esto podría ser más embarazoso aún? le di una sonrisa desviando la mirada de él. ¿Qué diablos podía responder a eso? Sin girar a verlo respondí, como la antigua Emma hubiera hecho.

—He visto mejores —dije entre dientes.

—Sí, claro, ¿subes? —preguntó cuando las puertas del elevador se abrieron. Claro que iba a subir pero no estaba segura de poder hablar sin volver a quedar como una idiota.

Asentí con la cabeza entrando al pequeño espacio rodeado de espejos. Con toda tranquilidad, pulsé el botón catorce, desviando la mirada, instintivamente, a mi reflejo. Estaba con el pelo enmarañado y las mejillas rojas, por toda la actividad física; el pequeño top se ajustaba a mi cuerpo marcando los lugares donde el sudor se había acumulado. Esto era tan vergonzoso.

—¿Vives aquí? —preguntó, acariciando su labio inferior con el dedo índice. Por una milésima de segundo pensé en morder ese labio, envolver mis brazos alrededor de su cuello y relajarme ante sus caricias. ¡Diablos! Necesito encerrarme en mi habitación durante todo el fin de semana por ese tipo de pensamientos tan propios de Cam. ¿Pero qué me pasa?

—Sí, acabo de mudarme —logré articular las palabras por obra de todos los Dioses del universo. ¿Cómo podía estar tan pasmada por este hombre?

—Así que eres nueva en el edificio —dijo bastante pensativo. Le di una sonrisa afirmativa antes de bajar la mirada. Su abdomen, definitivamente, era una gran distracción.

Las puertas del ascensor se abrieron anunciando el piso catorce. Sin mirar atrás me dispuse a salir lo antes posible. Me sentía como una idiota frente a este chico, llevaba demasiado tiempo sin sentirme atraída por nadie y viene este desconocido sin camisa y me deja totalmente estúpida. Tomando una respiración tranquila salí por el umbral. Las puertas estaban a un paso de cerrarse cuando el modelo de ropa interior se interpuso en ellas tomándome del brazo.

—¡Espera! —gritó. Todos los músculos de mi cuerpo volvieron a reaccionar por el contacto de su piel—. Habrá una fiesta hoy en la noche, en el ático ¿Quieres venir?

¿Fiesta en el ático? Me tomó una fracción de segundo digerir las palabras de este chico. ¡Quería que fuera a una fiesta en el

gran ático! Esa invitación me tomó de imprevisto. La antigua Emma quería decir «¡Increíble! ¿A qué hora?» pero la Emma racional y nueva pensaba diferente.

—¿Tú vives ahí? —pregunté con la boca abierta. Según había escuchado por Kyle, ese lugar era enorme.

—Algo por el estilo, vivo con mi viejo. Entonces... ¿Vienes?

Con una débil sonrisa pude ver en sus ojos la línea de súplica. ¿Me estaba suplicando que fuera? ¿Por qué? definitivamente estaba imaginando todo esto de la súplica, pero me gustaba pensar que así era.

—Vivo con mis amigas, dudo que me dejen ir sin ellas —dije, intentando rechazarlo de la mejor manera.

—Sin problema, cuantas más mujeres mejor. Las espero alrededor de las ocho. Solo tienes que presionar el cero, sube directo.

Estupefacta vi cómo se alejaba dejándome completamente idiotizada por su poder. ¡Madre mía! Ni loca iba a faltar, teníamos que ir. Me apresuré a entrar en el apartamento, dejando el iPod en la encimera. Restregué mi cara varias veces con la pequeña toallita para secar el sudor. ¡Mierda! Esto me estaba volviendo loca.

Tanto tiempo que pasé encerrada en mi mundo, no saliendo de mi realidad. Vivía encerrada en mi mundo de fantasía. Ahora resulta que viene este hombre como si lo hubieran sacado de uno de mis libros favoritos, me lo ponen enfrente y pierdo la cordura. ¿Pero qué me pasa?

—¡Vaya! alguien apesta en este lugar —dijo Anna, acercándose a la cocina—. No vayas a dejar de bañarte, puede que esta noche salgamos a Sangría.

Oh, no. Sangría era un bar en la orilla de la playa muy famoso. Con sillones rojos, luces *led* oscuras, vista a la playa y unas margaritas tan grandes que eran su atractivo principal.

Por más que disfrutara de ese bar, sobre todo de las alitas de pollo agridulce que servían, me negaría a ir esta vez. Ir a la fiesta del ático sonaba mucho más atractiva.

—No puedo —le dije dándole un sorbo a la botella de agua. Moría de sed.

—Sigue encerrada en tu mundo, princesa, y acabarás siendo la bruja de la película.

—¿Bruja? —pregunté al borde de la risa.

—Sí, por lo amargada que te vas a poner por estar todo el día en casa.

Puse los ojos en blanco en señal de rendición. No iba a discutir nada acerca de mis preferencias. Muy en el fondo sabía que Anna prefería quedarse en casa viendo una película con una botella de vino tinto, algo que no admitiría por seguirle la corriente a Camila. En un pasado Cam y yo éramos las que hacíamos los planes. Siempre saliendo de fiesta en fiesta, armando reuniones ilegales y haciendo todo lo que no debíamos hacer.

Cuando me di cuenta lo débil que me volvía escudando mis sentimientos en el alcohol, decidí pararlo. No era alcohólica, pero encontraba un buen escape de la realidad tras las fiestas, ahora lo encontraba en los libros.

—¿Qué? —preguntó Camila entrando a la cocina—. ¿Ya está otra vez con la estupidez de no querer salir?

—Correcto —respondió Anna sentándose en la silla alta del desayunador.

—No he dicho nada, lo que ocurre es que ya tengo planes —dije con indiferencia. Las conocía a la perfección. Camila no tardaría en empezar a soltar un sermón y Anna iba a apoyarla sin pestañear. Siempre era la misma historia. Caminé hacia las habitaciones que estaban del otro lado de la cocina. No había llegado a la mitad del pasillo cuando Camila empezó a hablar.

—No me vengas con el puto cuento de que tienes una cita con Christian Grey o cualquiera de tus amores literarios —me agarró furiosa del brazo—. Déjame repetírtelo ¡Ellos-No-Existen! ¿Entendido?

Sonreí ante su comentario. Yo sabía que mis amores literarios no existen, una lástima que fuera así. Los hombres perfectamente imperfectos solo existen en libros. Solté una carcajada cuando Anna se acercó a la plática preguntando si Christian Grey era guapo. Mi querida amiga siempre vivía en la sexta luna del universo.

—Anna, querida, Christian Grey no solo es guapo —me acerqué para gritar a su oído— ¡Es un Dios del sexo!

Mi amiga soltó un chillido de excitación pidiendo los detalles de cómo lo había conocido, que por qué no les había contado mi historia. Esta chica lograba formular más preguntas que nadie, era tan curiosa. Cam puso los ojos en blanco antes de aclarar.

—¡Christian Grey no existe! —le gritó agitando la mano en dirección de mi librería—. Es otro amor literario.

—Ah, ya —se ruborizó— ¿El que le pega a la mujer?

Hice un gesto frustrada. Ellas sabían de mi debilidad por la literatura, tanto clásica como moderna. Negando con la cabeza llegué a un límite que muchas veces llego con ellas, hoy estaba en esa línea.

—Okay, ya está —tomé mi bata de baño—. Cuando dije que tengo planes no me refería a quedarme en casa a leer. Conocí a un chico y me ha invitado a una fiesta. Les iba a decir que me acompañasen.

Camila —como era de esperarse— soltó un grito, quedándose parada cerca de la puerta del baño. Por su parte, Anna estaba estupefacta, con la boca ligeramente abierta. ¡Sorpresa! No era común que viniera con la estupidez de salir con algún chico,

hace mucho que evadía tener citas y hoy no era nada diferente, pero ellas no lo sabían. El chico no me invitó a salir como una cita, me invitó a una fiesta en el maldito ático, el cual moría por conocer.

—Me voy a las ocho treinta, casi a las nueve. No quiero ser tan puntual. ¿Vienen o no?

Cuando no obtuve respuesta de ninguna de ellas cerré la puerta. ¡Que se jodan! Ya sabía que cuando saliera del baño, Anna estaría arreglándose, al igual que Cam. Era algo que ninguna de las dos dejaría pasar.

Hace una semana que nos inscribimos en la Universidad de Florida, ellas tenían que comprar unos materiales para su primera clase, pero solo eso. En cambio, a mí me dejaron como cinco libros que leer en esta semana antes de empezar, por lo que en todo ese tiempo no insistieron en obligarme a salir.

Sin la ayuda de mis amigas, opté por un vestido muy Florida que compré la semana pasada. Cam aseguraba que resaltaba mi figura. Era blanco con escote profundo y una falda pequeña que llegaba a la mitad del muslo, abierta en estilo A. Coloqué los zapatos altos blancos de plataforma, perfume y unos accesorios poco llamativos. El chico era guapo, quería impresionarlo. Algo de la vieja Emma había salido a dar un paseo. Me sentía confiada, segura de mí misma. Una vez más, me sentía yo.

—¡Cam! —grité desde mi habitación—. Necesito tu...

No terminé siquiera de llamarla cuando esta entró corriendo con el delineador en la mano y el ojo a medias. Le sonreí apenada, sabiendo que la había preocupado a pesar de que tenía casi cinco meses de no tener ningún ataque. Le di una sonrisa pícaro antes de señalar mi cabello.

—Ah, no, señorita. Antes de que decida si te ayudo necesito unas cuantas explicaciones. Ven, vamos a mi habitación, es más cómoda y más ¡Dios mío! —gritó cuando me puse de pie—. ¡Te has puesto un vestido!

Le lancé una mirada antes de pavonear mi cuerpo frente a ella. Me encanta sorprenderlas, de vez en cuando. Había detestado tener que cambiar de actitud, volverme alguien totalmente diferente a la que alguna vez fui, pero... bueno, no tenía opción. El dolor que ocasiona ser la vieja yo, descuidada e inmadura era demasiado para mi sistema.

Me senté en su enorme cama viendo como Anna y Cam terminaban su maquillaje. Camila había dejado claro que debía darles explicaciones, no podía quedarme callada todo el tiempo y no decirles nada. Quería que me acompañaran.

Empecé contándoles de mi salida a correr por la playa, lo cual no era sorpresa. Les conté de mi entrada al edificio y mi encuentro con el señor sin camisa, totalmente marcado, mostrando los tatuajes tribales en su hombro derecho. Omití la parte de que era en el ático y que el chico parecía un Dios del sexo, ellas no tenían por qué saber eso.

—¿Queda muy lejos el lugar de la fiesta? —preguntó Anna sin dejar de verse al espejo.

—En realidad... no, para nada, está a unos pocos metros —estaba evitando mencionar el detalle que era a seis pisos del nuestro.

Después de lo que parecía una eternidad, las chicas terminaron. Tomé el delineador de la mesita de Camila y empecé a transformar mi cara. Mis amigas se habían dispuesto a hacer maravillas con mi cabello, siempre era así. Odiaba tener el cabello más rebelde de las tres.

Anna había arreglado el de ella con una trenza, en la cual, su cabello cobre parecía tener pequeñas mechas. Por su parte, Cam tenía un pelo larguísimo color negro. A veces creía que mi cabello castaño dejaba mucho que desear.

Después de una hora, mis dos amigas indecisas, se habían probado medio guardarropas. Por mi parte estaba satisfecha y había decidido tomarme un descanso con mi nuevo amor literario y sumergirme en una historia antes de ir al ático.



DYLAN

¡Pero qué diablos! ¿Acaso acababa de invitar a esa mujer a mi fiesta sin saber quién diablos era? ¡Carajo! No lo pensé hasta ahora ¿Qué pasa si es una de esas locas que hacen problema? esperaba que no lo fuera, estaba demasiado buena para ser de ese modo. No dejaba de pensar en ella desde hace cinco minutos que la dejé en su piso. Era demasiado atractiva.

Si todo salía como lo estaba planeando, sería mi chica de esta noche. Quería enterrarme en ella, dejarla jadeando y sudorosa, como estaba en el ascensor. ¡Maldición! Era demasiado excitante solo pensarlo. Me hizo perder cierta coherencia al verla agitada, llevaba una semana de no tener nada en absoluto y lo necesitaba.

—¿Qué cara Dylan? —dijo Mike, mi primo y mejor amigo.

Mi tía era muy apegada a la familia, desde muy pequeños, Mike y yo fuimos inseparables. Hacíamos todo juntos, desde ir a la escuela privada súper cara que papá pagaba, hasta las clases de kárate y fútbol americano que definirían nuestro futuro. Éramos rebeldes de profesión, según decía mi madre.

Toda mi vida soñé con ser jugador profesional, ser aclamado por muchas personas. Incluso soñaba con salir en esas malditas estampitas coleccionables; yo coleccionaba esos álbumes, con plástico, y los cuidaba como tesoros. Me había preparado toda mi vida para ese día, jugar en los Dolphins o en los Giants, mis equipos favoritos. Aunque una parte de mí deseaba quedarse cerca de casa, por papá, mi deseo más grande era largarme lo más lejos posible.

Me estiré entrando en la cocina por una cerveza, siempre después de nadar me daba una sed del demonio, más después de haber visto a esa mujer tan buena. Era bajita, delgada, con unas curvas increíbles en sus caderas, unas nalgas bien paradas y esas tetas que le quedaban a la perfección a mis manos. Quizá, no tan a la perfección, definitivamente mis manos quedarían cortas en esos pechos. Pensé en chuparlos y entretenerme en ellos. ¡Mierda! Tengo que dejar de pensar en esa cara roja llena de pequitas y esos ojos color caramelo que me tenían estúpido. Estaba demasiado excitado por ella.

—Invité a una chica nueva, se acaba de mudar al edificio, me tiene... algo distraído —dije señalando mi cabeza.

—Ya veo, ¿quieres acostarte con ella?

—Es delgada con un culo y tetas de una estrella porno profesional, pelo castaño claro y esos malditos ojos que harían a cualquier hombre ponerse de rodillas ¿Tú qué crees?

Mike soltó una carcajada, era obvio que quería acostarme con ella, quería hacerla mía durante toda la noche, transformarla en cristal si era posible y cuidarla hasta el siguiente día que la desechara. O quizá podía hacerla una de las constantes. Vivía cerca, por lo que no sería un problema ofrecerme a llevarla a casa después de tomarla en todo el apartamento, y seguramente no se quejaría. Sí, eso va a hacer ella, una constante en mi vida de mierda. Hace mucho que no tengo una de esas.

—Va a venir Tanisha —dijo Mike, viendo al suelo. Era su última conquista y las cosas habían salido muy mal. Mike era de los hombres que entregaban su corazón muy rápido, más de lo que deberían. Era un idiota por eso, siempre se lo dije.

Había aprendido con el tiempo a ser duro y hace ya seis meses que vivía su vida de soltero, lo cual me llenaba de orgullo, era demasiado hombre para cualquier mujer fácil como Tanisha.

Quizá lo que necesitaba era una mujer fuerte que lo pusiera en orden, no una débil que lo engañara con otro más del equipo de fútbol.

—Ignórala y consigue un nuevo juego, uno que te haga perder el control y la deje a ella muerta de celos —dije, con una sonrisa en el rostro. Era buen consejero en estas cosas.

Observé a los empleados de papá armar la barra que estaría en el centro de la sala, donde mujeres y hombres profesionales estarían haciendo su magia como *bartenders*. Mike era uno de ellos, sacó el curso hace unos años y era todo un pro en tirar esas botellas al aire como si no pesaran nada.

Fruncí el ceño cuando uno de ellos dejó caer una de las tablas con más fuerza de la que a papá le gustaría, el piso de madera era carísimo para que lo maltrataran de ese modo. Se les paga para que sean más cuidadosos y no raspen nada.

—Yo que tú tendría más cuidado —dije advirtiéndole al hombre—, o tendré que pagar con tu cheque el rayón que has hecho allí —señalé.

—Lo lamento, señor —dijo el chico, encogiéndose de hombros. Me sentía mal por ser fuerte con ellos, pero era todo lo que había aprendido en esta vida. Mi padre era un hombre fuerte y de él aprendí todo lo que sé.

Tomé un baño, demasiado largo, concentrándome en la erección que se formaba al pensar en esa mujer, tenía que quitarme las ganas hasta que la tuviera hoy en la noche. Me gustaría saber su nombre para gritarlo al momento de dejarme ir por mis insistentes manos, este problema de querer tenerla tenía que solucionarse hoy. Definitivamente ella se convirtió en mi nuevo reto, uno que no podía controlar.

Me vestí, al tiempo que escuchaba gente en la parte de abajo, mis invitados estaban llegando y no me complacía darles

la bienvenida. Ese era trabajo de Dan, lo conocimos cuando teníamos ocho o siete años, no estoy seguro de qué edad teníamos, sé que se la pasaba jugando en el parque solo con su perro hasta que un día Mike comenzó a hablarle.

Si me preguntan qué sería de mi vida sin ellos, la respuesta sería: una mierda. Porque después que pasara todo lo de mamá, ellos fueron mi roca, me ayudaron a salir adelante, si no fuera por ellos, Dylan McGuire no existiría.

Cuando la puerta se abrió de un ramplón, supe que alguien estaba rompiendo mis reglas. Mi habitación y la parte de arriba del ático estaba prohibida para cualquiera. Nadie de mis invitados —y cuando digo nadie es NADIE—, puede subir, a menos que sea parte de la familia. Recé con todas mis fuerzas que fuera alguien de ellos, no quería tener que echar a nadie de mi habitación a la fuerza.

—Dy —la voz de Chris me llegó repentinamente. ¡Maldición! No ella, no hoy.

—Reglas son reglas y las conoces muy bien. Es hora de bajar —señalé mi puerta.

—Pero pensé que quizá, tú y yo... ya sabes, antes de empezar a festejar, hiciéramos nuestra fiesta privada.

¡Carajo! Esa falda y ese top no eran ropa propia de una mujer, corrección, eran propias de ella. Era mi constante, siempre lista para mi llamada, siempre lista para mí. Le gustaba que le hiciera de todo, que la tratara como quisiera, incluso que la compartiera con mis demás compañeros, por esa razón ella nunca sería nada, absolutamente nada en mi vida. El día que eligiera una mujer tendría que ser una más pura que Chris, una que mis compañeros de fútbol no hubieran tocado, algo máspreciado y que se diera a respetar.

Ya sé, es mucho pedir una virgen, pero una que fuera virgen del equipo de fútbol sería bueno. Una que no se la hubiera pasado restregándole su culo a todos. Hasta el momento, ninguna de las buenas tenía eso, todas estaban marcadas y pasadas. Había un par más en toda la universidad, aquellas del club de teatro o las que estudiaban leyes, había una cantidad de mujeres las cuales aún no habían sido mías y quería reclamar, pero ninguna que me dejara loco.

—Tengo invitados y no quiero perder el tiempo contigo aquí, no ahora —menos cuando tenía una amiga especial a punto de venir. Esperaba a que lo hiciera.

—Vamos, Dy, sé que quieres —dijo meneando el culo como siempre.

Recordándole las reglas a Chris, la empujé con delicadeza a las escaleras. No estaba del mejor humor con ella en estos momentos. Odiaba que subieran a mi habitación cuando este lugar era restringido, al igual que toda la maldita parte de arriba. Estaba a punto de decirle a Chris que más tarde haríamos cosas si no aparecía mi nueva conquista... cuando la vi entrar con un maldito vestido blanco, corto, enseñando esas piernas que volverían loco a cualquiera.

Había perdido el *look* de deportista sudada, ahora era una dama elegante paseando su hermoso trasero en mi apartamento, con un escote que se merecía un premio. Sí, definitivamente quería pasar la noche con ella.





EMMA

Subimos al elevador, Camila no dejaba de preguntar en qué calle estaba el edificio al que íbamos. Con una sonrisita pícara apaché el cero, como me había indicado el señor atractivo. El elevador comenzó a subir. Los ojos de mis amigas se quedaron como platos, esperando ver a dónde las llevaba. Las puertas se abrieron, revelando un gran salón de recepción. La música retumbaba del otro lado de la puerta y las pláticas de un mar de personas, acompañadas de gritos y risas estúpidas nos llegaron a los oídos. En ese mismo momento me arrepentí de haber subido. ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? Ni siquiera me sé su nombre, puede ser un violador o un... recordé ese cuerpo y mis reacciones nerviosas me llevaron al borde de la locura. Me giré, llamando de nuevo al elevador que no tardó ni cinco segundos en abrirse. Esto era patético.

—De eso nada —dijo Camila, con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba emocionada—. No venimos hasta este lugar para que decidas dar la vuelta e irte de regreso a casa.

—¿Hasta este lugar? ¡Demonios, Cam! Solo subimos seis pisos en elevador. Creo que no es una buena idea. Anda vamos a Sangría.

—¡Ni loca! —respondió Anna, tocando el timbre del ático. Me quedé como piedra esperando a que el señor musculoso viniera. Pero no fue así.

Un hombre de saco negro y camisa blanca vino a abrir la puerta. Tenía la pinta de ser un camarero de alta. Pensé un minuto en cómo iba a presentarme, ni siquiera sabía su nombre. Estaba a segundos de hablar cuando el camarero nos indicó que pasáramos adelante.

El lugar no era, ni un poco, lo que había imaginado. Por alguna razón imaginé algo formal, con muebles de madera, sillones ingleses, ángeles decorando las mesas, pero no. Este lugar era tan moderno como nuestro apartamento. En lugar de paredes, la habitación estaba rodeada de ventanales, tres veces más ventanas que nuestro apartamento. Los sillones eran de un café claro y la mayor parte de la habitación estaba decorada con el mismo color mezclada con blanco y detalles negros.

La gente se aglomeraba como si estuviera dentro de un corral. Logré divisar las escaleras que llegaban a la segunda planta y sentí curiosidad. Dejé de pensar, mis movimientos estaban sincronizados con los de Camila y Anna. Me llevaron hasta un lugar que parecía ser una barra. Detrás estaban los chicos sirviendo bebidas haciendo un *show* total, entre ellos tres mujeres en paños menores y los dos chicos con el pecho totalmente descubierto y músculos marcados.

—¡Hoy sí te superaste Em! —dijo Cam viendo al hombre preparar un cubalibre.

—No sabía que era este tipo de fiesta —fruncí el ceño maldiciendo en voz baja, la antigua yo hubiera estado pidiendo unos chupitos para empezar la fiesta. Este lugar me recordaba a mis antiguas organizaciones.

—¡Me encanta! —gritó Anna—. Tenemos que pedir una margarita, o un mojito o quizá mejor...

Siguió mencionando todos los tragos que se le venían a la mente, ella no era como Cam y yo que preferíamos los tragos fuertes. Ella era un poco más del tipo de chica de coctel.

Las chicas se acercaron a la barra, supuse que ya sabían qué pedirle al chico de los músculos marcados. Él les dio una sonrisa asintiendo lentamente, era de suponerlo, ¡estaban coqueteando con él!

Di media vuelta para buscar al chico que me había invitado a esta locura. No me di cuenta de cuán lleno estaba hasta que di media vuelta y me topé con un gran pectoral. Lo primero que capté fue el aroma a colonia, una colonia deliciosa, de menta mezclada con limón. Me fijé en la camisa de botones negra. Retrocedí algo apenada para encontrarme con un par de ojos azules. Las comisuras de sus labios se elevaron al verme. ¡Dios mío! Me estaba derritiendo.

—Me alegro de que pudieras venir —dijo encogiéndose de hombros—. Lamento que siempre tengas que chocarte conmigo de esa forma.

Me quedé perpleja aún observándolo, verlo vestido de ese modo hizo que me dieran ganas de arrancarle la ropa de un tirón. Deseaba verle otra vez esa figura marcada y bronceada. Suspiré de forma instintiva. No capté que tenía cara de idiota hasta que él comenzó a reír, tomándome del brazo para llevarme a la barra. En algún momento sentí su mano bajar hasta mi cintura.

—¡Mike! —dijo con tono amigable—. Sírvete uno especial a esta bella dama. Creo que lo necesita.

Cam y Anna giraron para encontrarse con el hombre que estaba dando órdenes al barman al que coqueteaban. Las dos se quedaron como zombis al verme con el Dios del olimpo. Creo que Zeus sería una pasa a la par de este hombre.

—Creo que no tenemos el gusto aún de conocernos —dijo Cam.

—Definitivamente no, recordaría esas piernas —dijo el Dios del olimpo. No pude evitar tensarme, por su tono de voz.

Presentía que lo decía como una broma pero... bueno, no lo conocía para decir si era o no una broma.

—Si vas a tomar a mi amiga de la cintura —Cam señaló su mano que reposaba en mi vestido blanco hasta el momento relajada como una pluma—, debes empezar por presentarte.

Sentí su mano apretarse contra mi cuerpo, su tranquilidad había sido abandonada. Me soltó de un tirón. Pensé unos segundos que iba a echarnos de su casa por la boca de Camila. Anna no apartaba los ojos del hombre como si estuviera estudiando sus reacciones. Le tendió la mano con una sonrisa en el rostro.

—Dylan McGuire —Cam le devolvió el apretón de manos, como siempre, segura de sí misma.

—Camila Roth y Anna Miller, es un placer.

Dylan, me gustaba ese nombre. Le daba personalidad a su aspecto. Me encogí de hombros sabiendo que no sabía mi nombre. Ya conocía a mis amigas y yo seguía siendo una completa desconocida.

Dylan se disculpó con mis amigas, dando una pequeña excusa que me dejó algo desorientada, tiró de mí hasta las escaleras en las cuales sin pensar empezó a subirlas. No estaba segura si debía pararlo en ese momento y exigir una explicación. Sentía curiosidad así que lo dejé que me guiase a donde fuera que tenía pensado. Justo cuando creía que la primera planta era exageradamente linda, no me había dado cuenta de lo perfecta que podría ser la segunda. Tres puertas cerradas permanecían a lo lejos de mi vista, las habitaciones debían ser enormes por el espacio tan reducido de la sala familiar. Caminamos hacia el balcón. Dylan aún me tenía sostenida de la mano. Su tacto era una sensación tan fascinante, como una droga a la que podría volverme adicta.

Salimos sin decir una palabra a la pérgola. Era enorme. Un *jacuzzi* estaba tapado con una lona azul, tenía dos mesas de madera clara con sombrillas blancas cerradas, tres sillones

blancos para tomar el sol y tres *bin bags* color crema. Este lugar de día ha de ser una maravilla. Casi podía imaginarme sentada en uno de esos sillones para tomar el sol con un libro en las manos y una cerveza bien fría. La excitación inundó mis pensamientos cuando lo imagine a él en traje de baño.

—De día esto es un espectáculo —dijo, viendo la noche completamente estrellada.

Un hombre entró detrás de nosotros dejando dos tragos en unas copas altas de margaritas. No estaba segura de qué podría ser. Antes de preguntar qué era eso, el camarero desapareció dejándonos otra vez completamente solos. Dylan se acercó a la mesa recogiendo las dos copas. Me tendió una dándole un sorbo a la suya.

—Me pareció una falta de respeto preguntar tu nombre frente a tus amigas.

Le lancé una sonrisa agradecida. La verdad es que a mí tampoco me hubiera gustado que lo preguntara frente a ellas. Camila me hubiera molestado durante el resto de mi vida.

—Emma O'Brien —no me di ni cuenta en que momento empecé a seducirlo, pero mi boca estaba pegada a mi bebida con los ojos puestos completamente en los suyos. Me debo ver como una estúpida. Estaba usando mis antiguas tácticas, esto era un desastre.

—Emma —repitió como si saboreara mi nombre en su boca. Resistí la tentación de tomarlo por el cabello y jalarlo hasta mis labios. Estos pensamientos eran tan impropios.

El Dios del olimpo me invitó a un pequeño choque de copas antes de llevar la suya a sus labios. ¿En qué momento me fui a topar con este hombre? Bebí otro sorbo de este delicioso manjar de alcohol. Podía sentir el Campari mezclado con el *gin*. Era una bomba nuclear. Agradecí que no tuviese vodka, ese sí hubiera sido un problema muy grave para mi sistema. Odiaba el vodka.

—*Gin*, Campari, un poco de Coca-Cola Cherry y no estoy segura... —dije dándole otro pequeño trago a la copa— ¿Martini *Rosso*? Estoy completamente segura de que el Negroni no lleva cola de *cherry* —dije esbozando una sonrisa.

Lo vi abrir los ojos, como platos, mientras me observaba. Claro que sí, señor seductor, yo sabía mucho más de lo que él podía imaginar acerca de cocteles preparados. Por la reacción de su cara, sabía que no me había equivocado.

—Creo que acabo de enamorarme de usted, señorita O'Brien —dijo, dejando la copa en la mesita de nuevo—. Me gusta la cola de *cherry* —aclaró, acercándose aún más de lo debido. Quise gritarle que respetara mi espacio personal, pero me tenía como piedra. ¿Qué tenía él que me hacía reaccionar de modo distinto?

Su respiración se aceleró de forma fugaz, mi mirada estaba puesta sobre sus labios como si rogara tenerlos sobre los míos. Tenía demasiado tiempo de no sentirme tan tentada de romper con toda regla desde hace un año, estaba tentada a quitar la manta de niña buena que estaba intentando guardar en este lugar. Mi respiración se aceleró, nuestros pechos subían y bajaban simultáneamente agitados. La música, que antes se escuchaba lejos de nosotros, había sido remplazada por los latidos de mi corazón. Dylan se acercó de tal modo que podía sentir su respiración a centímetros de mi cara. Con dulzura tomó mi rostro acercándolo a él. ¡Va a besarme! Lo sabía, había vivido esta escena muchas veces antes, pero nunca con este deseo, esta ansiedad. Quería que me besara.

—¿Dylan? —se escuchó una voz proveniente de la puerta de vidrio—. Por fin te encuentro.

El chico salió disparado hacia atrás alejándose a una distancia considerable. Quise tomarlo de los hombros y terminar con lo que habíamos empezado. Con las mejillas totalmente coloradas, me obligué a buscar la voz que lo llamaba.

—Chris —respondió Dylan con un hilo de enfado en su voz—. ¿Qué quieres?

La mujer despampanante que tenía frente a mí me dejó con la boca abierta. Su cabello caía en perfectas ondas por sus pechos que estaban cubiertos por un bikini que no dejaba nada a la imaginación, su falda era corta de color turquesa y sus tacones tan altos que pensé que se rompería un pie.

—Cariño —dijo, sobándole la espalda mientras le lanzaba un mohín—, te extrañaba ahí abajo. Regresa conmigo. Además ¿quién es ella?

Mi respiración se logró regularizar. Puse los ojos en blanco tomando un trago de mi copa. Odio a las chicas como ella, las superficiales que creen tener el poder en todo lo que hacen. Creen que con bajarse las bragas logran tener a todos a sus pies. Por la mirada que le dio Dylan supe que así era, lo tenía dentro de sus bragas.

—Es nueva en el edificio, quería mostrarle el *deck*. Danos un minuto, ahora bajamos.

La chica no se marchó, en lugar de eso le plantó un beso en los labios como si ella tuviera el poder sobre él. Dylan se alejó de golpe sin poder reaccionar a tiempo. Pero yo sí estaba en camino, necesitaba alejarme de él. ¿En qué diablos estaba pensando? Conocía a los hombres como Dylan, aquellos que te usaban para una noche y luego te desechaban, aquellos perfectos para la relación que yo quería en estos momentos pero... verlo tan real molestaba sobremanera. No quería nada con nadie, no después de John, no después del accidente, no después de... no podía quedarme aquí.

Bajé corriendo las escaleras, desesperada por encontrar a Cam o a Anna. Entre la multitud divisé a Anna. La tomé del brazo anunciándole que me habían dado unas náuseas horribles, que tenía que vomitar. Como era de esperarse se mostró

preocupada y quería acompañarme de regreso al apartamento. Me negué por una simple razón, el chico junto a ella estaba tan bueno que no podía hacerle esto. Después de acceder, corrí a mi habitación para calmar mis pensamientos del pasado.



DYLAN

Bajé corriendo las escaleras, agitado por haberla perdido de vista ¿Pero qué le pasa a Chris? Seguramente quería morir esta noche. ¿Cómo me pudo hacer esto? El trato estaba casi cerrado. Tenía ganas de sacarla del apartamento y no dejarla entrar nunca más. Lo hubiera hecho si no fuera porque no quería escándalos y peleas, sin mencionar los gritos frustrados de la mujer.

Quería pasar más tiempo con Emma, conocerla, besarla y tomarla justo allí, en el balcón. ¡Dios! Esa mujer me tenía tan excitado. Tenía que buscar una solución para volver a verla.

Cuando localicé a Mike, estaba con las amigas de Emma. No recordaba sus nombres, pero necesitaba convencerlas que me dieran su número o que me dijera donde estaba. Necesitaba más de ella.

—¿Dónde está Emma? —pregunté acelerado, más por la carrera de querer encontrarla que por lo que provocaron las escaleras.

—No se sentía bien —respondió ella, la bajita de cabello castaño.

—¡Ni por una mierda! Ella estaba muy bien hace unos segundos —señalé la parte de arriba de las escaleras.

—¿La subiste al balcón? —preguntó Mike, sorprendido.

Bastardo, claro que la había subido. Lo único que quería era conquistarla y ponerla en mi cama esta... ¿Mi cama? ¿Pero en qué diablos estoy pensando? No he llevado a nadie a mi cama.

El apartamento de papá estaba fuera de los límites del sexo, al menos en el segundo piso, el primero parecía un burdel en cada fiesta.

—Esa no es la pregunta —me giré para ver a sus amigas.

—Lo lamento —respondió la chica que colgaba del brazo de Mike —ella es así, no sabe disfrutar de la vida. Antes lo hacía a menudo, pero ahora solo... no lo hace. Déjala, de seguro la volverás a ver.

La observé unos segundos, no me diría absolutamente nada más. La estaba protegiendo ¡Maldición! Eso si no me lo esperaba, no quiero que nadie la proteja de mí. Luego me acerqué a la otra amiga, la más débil de las dos, la de cabello castaño. Le señalé la barra invitándola a un trago. Tenía otra táctica.

Después de presentarle a Dan, darle un par de buenos tragos, ya estaba hablando como perica. Eso sí había sido fácil. En menos de treinta minutos ya tenía su teléfono, su Facebook, Twitter y por supuesto la única red social que usaba, Instagram.

Le pedí su contraseña a Mike, ya me estaba viendo con cara de «¿Qué diablos Dy?», pero en estos momentos no me importaba. Nada importa cuando estás a segundos de saber quién diablos es ella a la perfección. Las redes sociales deberían ser el infierno, por eso no las tengo, no me interesa nada de nadie.

«Hasta ahora».

Me dijo mi maldito subconsciente, estaba tan desesperado por ignorar a esa voz que estaba a segundos de hacerme quedar como un loco. Pero sí, era verdad. Nunca en mi vida sentí esta urgencia de saber de alguien, de querer conocerla. Nunca pensé que fuera a necesitar que alguien me llamara estúpido por hacer estas cosas, menos con alguien tan rápido. ¡Ni siquiera la conocía!

En un pasado me hubiera quedado en la fiesta supervisando que nada se saliera de control, cuando quedaran pocos, me emborracharía hasta perder la conciencia. Era buena táctica.

Esta vez no funcionó de esa manera, dejándole a Mike la responsabilidad de todo, subí a mi habitación con el Facebook de Mike abierto. Nunca pensé estar en esta situación, pero quería saber todo.

Vi sus fotos, sus estados y ¡Madre mía! Qué cantidad de comentarios acerca de libros, eso no era normal para alguien como ella, tan atractiva y sensual. Era absurdo que un ser humano leyera esa cantidad tan grande solo por placer. Leer es aburrido, ¿cómo puede?

No voy a mentir, pase más de cuarenta minutos viendo su perfil, incluso le mandé invitación desde el teléfono de Mike, necesitaba ver más de ella y la única manera era esta. Sus estados de «Nueva vida, aquí vamos» y «Miami es genial» me advirtieron que esta chica no era local y sus entradas a un bar en Virginia me decían que o le gustaba viajar hasta allí o era de ese estado.

Cuando no pude más con mi cordura, empecé a mandar mensajes como idiota. No fue hasta que tiré esa mierda al clóset que me concentré en una película marica que a mi hermana le gustaba. Intenté ignorar todo esto, era demasiado para mi sistema, estaba como loco. Necesitaba controlarme. No entendía desde cuándo me quedaba en mi habitación durante una fiesta en mi sala con universitarias medio vestidas y borrachas. Solo no podía salir, no quería, me sentía... miserable.





EMMA

Me desperté con un dolor horrible de cabeza. Sabía que no tenía resaca por un solo trago, pero la mente me dio tantas vueltas anoche que me ocasionó este pequeño e insoportable dolor. Me levanté directo a la cocina, preparé café instantáneo, tomé mi libro de la semana y me senté en el balcón para disfrutar de la vista al mar. No estoy segura cuánto tiempo pasé absorta en mi lectura. Cuando acabé el quinto capítulo, me puse de pie para ver si Cam o Anna estaban despiertas. Para mi sorpresa, Anna sí estaba en el desayuno con la cabeza recostada en una bolsa de hielo. Solté una carcajada al verla con los ojos llorosos y caídos. Mi querida amiga estaba sufriendo de su resaca matutina.

—¡Sopita, por favor! —me rogó sin levantar la vista. Si algo había aprendido en mis días de fiesta era que una sopa instantánea cura cualquier mala resaca.

—Dale, yo la preparo. ¿Crees que Cam vaya a necesitarla?

Pregunté al tiempo que hervía el agua, camine a la alacena donde teníamos las sopas en cantidades excesivas, eran fáciles de preparar. Por alguna extraña razón, Anna me pidió que preparara tres sopas. Salió corriendo de la habitación y la escuché cerrar de un portazo la puerta del baño de visitas. No pude evitar soltar una carcajada. Esto no era nuevo, Anna siempre había tenido un estómago muy débil.

—¡Buenos días, buenos días! —apareció Cam gritando con su pequeño *short* de dormir. Su cabello estaba en una coleta alta,

completamente enmarañado. Si no la conociera mejor diría que solo estaba teniendo un buen día. Pero su felicidad tenía aún los efectos del alcohol en sus venas. De otra manera no estaría riendo como lo estaba haciendo.

—¿Alguien amaneció de buen humor? —dije señalando el taburete de enfrente donde estaban servidas las sopas listas.

Cam se dirigió al baño de visitas pegando la oreja para escuchar que estaba pasando al otro lado. Soltó una carcajada a los segundos de haberlo hecho y entendí qué era lo que estaba pasando.

—Cuando termines de sacar el estómago debes apurarte y venir a la cocina. Mamá Em ha preparado sopa, y son malditamente tres ¿Dónde dejé a Mike ayer?

¿Mike? Negué con la cabeza cuando mi amiga comenzó a rascarse la cabeza como si intentara recuperar un poco de información. Cuando se dio por vencida se sentó y atacó su sopa, sin más que decir. Conocía a la perfección a Camila, había pasado un buen rato con... ¡oh por Dios!

Del cuarto de visitas salía un hombre sin camisa con el cuerpo de un maldito jugador de fútbol americano, una frase estaba tatuada en su costado izquierdo, su pantalón permanecía abierto mostrando su bóxer Calvin Klein. Negué con la cabeza cuando lo vi completamente perdido.

—Ahí estás —dijo, dándole un beso en la mejilla a Camila que seguía concentrada en su sopa.

—Ahora no molestes, Mike, es hora de la sopa. Em te preparó una, tómatela.

Mi amiga señaló una de las sopas, al tiempo que Anna finalmente abandonaba el baño. Sin decir una palabra como había indicado Cam, los tres se concentraron en la sopa que tenían enfrente. Tomé mi celular observando cómo se relajaba

la partida de borrachos. ¡Oh, Dios! Algo me decía que pasaríamos el día en la piscina o en el bar de la playa.

Tenía cinco llamadas perdidas de un número desconocido, tres de Camila y ocho de Anna. Negué con la cabeza, enseñándole a Anna mi celular. Debía aprender a no ser tan sobreprotectora. Levanté la ceja en señal de «por qué tantas llamadas».

—No me mires de ese modo. Te fuiste muy enojada y el chico guapo no dejaba de buscarte por todo el apartamento. Quería que volvieras y me emocioné al ver su insistencia.

Se encogió de hombros y me volvió a ignorar. Definitivamente la sopa estaba mejor que explicarme lo que había dicho Dylan. Recordé a la rubia posando sus asquerosos labios en los de él, ella estaba haciendo lo que yo tanto había deseado. Regresé la vista a mi celular con el plan de olvidar el tema. Pero qué va, ¿cómo iba a olvidarlo? Tenía siete mensajes en WhatsApp del número desconocido.

Hey Emma, soy Dylan.

Decía el primero, seguí leyendo los seis que le seguían, algo emocionada.

Tuve que emborrachar a tus amigas para conseguir tu teléfono. Ni me preguntes el nombre de quién de las dos lo soltó primero...

No es justa la manera como te has ido. Estábamos teniendo un momento muy bueno.

¿Vas a coger el puto teléfono? Te estoy llamando.

¿Estás enojada por el beso de Chris?

¡Contesta el puto teléfono!

Como quieras, creía que eras una persona bastante agradable. Me estoy cuestionando si mis habilidades de detectar mujeres increíbles falló completamente el día de ayer.

Terminé de leer el testamento que había dejado en mi bandeja de mensajes. No pude evitar soltar una carcajada ante tal insistencia. Pobre hombre. Bloqueé el teléfono antes de dejarlo en la encimera, frente a los chicos que seguían concentrados en su sopa.

—Camila Roth —dije con mi tono de «tenemos que hablar». No podía creer que le haya dado mi número al idiota.

—No me vengas con esa vocecita cuando no sé qué es lo que hice. Así que cálmate.

—¡Le diste mi número a Dylan! —le grité.

Los tres soltaron una carcajada que me dejó estupefacta. Claro que sabían que estaba leyendo sus mensajes. Cam empezó a decir incoherencias de «se los dije» mientras Anna se ahogaba con su sopa. Por su parte, Mike repetía una y otra vez «ese es mi amigo». Negué con la cabeza.

¡Pero qué cabrones!

—No me mires así —soltó Cam—. Si me preguntaba una vez más por ti, iba a tener que jalarme el pelo, además se lo dio Anna con tal de que le presentara a su amigo.

—Estaba bastante impresionado con tu conocimiento de bebidas. Dice que descifraste lo que tenía mi trago especial.

Solté una risita, acercándome a la encimera para fulminarlo con la mirada.

—¿Trago especial? Era un Negroni simple con mezcla de Coca-Cola Cherry, eso no es nada especial.

Cam no pudo evitar soltar su carcajada escandalosa. No era ningún secreto que mi primo era barman en el bar de Virginia. Me había pasado horas con él. Me enseñaba cómo hacer varios *flairs*. Me enseñó que la importancia no radica en ver qué es lo que lleva un coctel, lo mejor es saber qué efecto y sabor van a tener las distintas mezclas. Me hubiera encantado

que en ese tiempo, mi edad sobrepasara los veintiuno. Las historias serían muchísimo más divertidas.

—Algún día tendremos que hacer competencia para ver qué trago es el más rico —no cabía duda que mis amigas ya le habían informado de mi aprendizaje previo—. ¿Vas a llamar a Dy?

¿Qué? No, ni loca lo llamaría. Él era el típico chico del cual quería correr. Estaba en etapa de recuperación, después de una depresión muy fuerte. No podía, simplemente, olvidar todo. Él me gustaba y me gustaba mucho. Pero no podía, era regresar a algo que no quería.

—No voy a llamarlo —dije, tomando mi segunda taza de café.

—Chica, el pobre hombre estaba desesperado por encontrarte —se encogió de hombros—. Qué buena sopa —concluyó con indiferencia.

Mientras los tres se quedaban sufriendo su resaca matutina, me dirigí al baño a tomar una ducha. No estaba muy segura de cuáles serían los planes, pero yo necesitaba sol y agua. Me estaba malacostumbrando a vivir frente al mar, era toda una delicia.

Una hora después discutíamos lo que haríamos en nuestro último domingo de libertad, antes de que las clases iniciaran. Estaba muy contenta por estudiar letras en un nivel más profesional que mi adicción a la lectura.

Me coloqué un pantalón corto, el top de mi bikini rojo y acompañé a Anna al ascensor. Habían votado por la piscina del edificio. Yo estaba votando por la playa, pero perdí notablemente.

—Vas a mojar el libro —dijo Anna, señalando mi brazo donde colgaba la toalla con el libro.

Levanté los lentes de sol para fulminarla con la mirada. ¿Cómo podía pensar que iba a dejar que semejante cosa pasara? Los libros eran muchísimo más importantes que mi celular.

Se encogió de hombros captando mi mirada. Lo siento Anna, pero eso jamás pasará. No iba a permitirlo.

Una parte de mí deseaba, con todas las fuerzas del mundo, que Dylan se quedara todo el día en cama con la rubia. Suponía que con ella había pasado la mayor parte de su tiempo después que yo desapareciera. No es que me gustara la idea, pero tampoco me molestaba. Era ridículo pensar en él cuando ni siquiera lo conocía. Por más que lo quisiera en la cama con la rubia, una parte de mí suplicaba que bajara, por casualidad.

El sol estaba en su máximo esplendor, la piscina se veía totalmente refrescante. Los sillones estaban vacíos igual que los privados. Me acerqué a donde estaban Mike y Cam dándose un par de besitos cariñosos. Puse los ojos en blanco. ¿Por qué siempre consigue lo que quiere? Por ahí dicen las malas lenguas, *donde Camila pone el ojo está la lotería.*

Aparté la manta, que servía para tapar el área, en caso de necesitar más privacidad. No creo que alguien haya sido capaz de tener intimidad a la luz del día en una de estas cosas, aunque eran demasiado cómodas y provocadoras.

—Em, pásame una cerveza —señaló una hielera, que desconocía hasta este momento. ¿De dónde la había sacado?

Sin preguntar de dónde salió la hielera, se la pasé de un tirón, destapándola con mucha habilidad. Hacer una maniobra con una lata no era lo mismo que con las botellas de vidrio. Tomé una para mí saliendo de las sombras que proporcionaba el privado. La verdad es que no tenía muchas ganas de quedarme a platicar con ellos. Tenía una sesión muy importante con mi nuevo amor literario Cage York.

Cuando sentí mi piel empezar a arder, supe que era hora de regresar al reservado. Hace menos de media hora que Cam y Mike estaban en la piscina haciendo solo Dios-Sabe-Qué.

Dejando la lata en la basura, me uní a mi querida Anna. Estaba completamente dormida. Pude haber seguido con mi lectura, estaba demasiado interesante para dejarla, pero mis ojos estaban pesados. Pronto me quedaría dormida. Dejé el libro en mi pecho, como si intentara protegerlo de cualquier amenaza. Dejé que mi sueño se apoderara de mi ser, llevándome a hombres de ojos grises con un cuerpazo de modelaje.

—Está dormida —la voz que venía a lo lejos, sacándome de mi sueño. Algo me advirtió de no abrir los ojos. Me quedé tumbada en la misma posición con los músculos bien relajados para que no se notara.

—¿Dormida? Alguien debe despertarla. Lleva así casi media hora —se quejó la inigualable voz de Dylan. ¡Santo poder! Ahora definitivamente no iba a abrir los malditos ojos.

—Estás demente, hermano, llevas rogándole desde anoche ¿Qué te ha pasado? No es común en ti.

Lo escuché suspirar. Intentando mantener mi respiración lenta, dejé que mi cuerpo reaccionara un poco. La piel se me erizó, a tal punto que si estaba cerca se daría cuenta. ¡Maldición! Esto era tan vergonzoso. Además, no me ha estado rogando, qué va. Se ha estado besando con una rubia despampanante.

—Creo que tiene frío —escuché su voz aún más cerca y supe que había visto mi piel de gallina.

—Que va a tener frío, estamos casi a treinta grados —la voz de Cam me ayudó a relajarme.

Se escucharon varias risas de niños cada vez más cerca. La palabra guerra de agua me llegó demasiado tarde. Sentí el agua de sus pistolitas justo al tiempo que Camila y Anna gritaban de la sorpresa. Ellas también habían quedado empapadas. Me obligué a abrir los ojos tomando mi libro con fuerza. ¡Mierda! Escuché a la madre de los niños lanzar un par de regaños cuando me topaba con un pecho increíblemente marcado.

—¡Dylan, apártate! —grité agitando la mano— ¡Mi libro!

Los niños se alejaron corriendo y lanzando agua a todas las personas que se les cruzaban. Maldije en voz alta un par de veces más, antes de darme por vencida. Yo estaba mojada, mi libro también lo estaba. Negué con la cabeza, observando cómo destilaban las gotas de agua. ¿Cómo es esto posible? Solo tienen unas malditas pistolas.

—Oh, no. Em, tienes que calmarte —me advirtió Ann.

—¿Calmarme? ¡Malditos niños! ¿Qué, acaso no existe el respeto a los mayores? —grité para que la madre escuchara.

Intenté respirar profundo sintiendo la ansiedad de mi pecho subir y bajar. Odiaba que algo le pasara a mis bebés. El agua era lo más letal para el papel. Estaba segura de que en poco tiempo mi bebé se pondría duro y esponjado con las páginas arrugadas. ¡Demonios! Volví a maldecir en voz alta.

Me estaba costando la mitad de mi vida tener toda la colección de libros de Abbi Glines para que unos críos del demonio vinieran a mojarme la única copia que tenía de ella. Me crucé de brazos, molesta por este mal incidente.

—¿Cuál es el problema? Es solo un libro —dijo Dylan, mientras soltaba una carcajada.

Abrí los ojos como si fuera un búho. ¿Solo un libro? ¡¿Solo un libro?! Negué con la cabeza a punto de estallar. Me recordé que esa no era la mejor actitud para asumir frente a estos chicos que no conocía. Además, Cam me soltaría un sermón de lo ridícula que me estaba viendo. Con un gesto de mano me alejé a contemplar los daños. Esto era un caos. Las hojas estaban empapadas por la parte baja. La tinta no había sufrido ningún percance, para mi suerte. Estaba a segundos de levantarme para regresar al apartamento cuando escuché la plática detrás de mí.

—¿Es siempre tan difícil? —preguntó Dylan. Escuchaba la frustración en su voz.

—No, antes era muy diferente, pero —rogué que no le contara nada del accidente— ... pasó algo, de lo que no puedo hablar que afectó mucho su personalidad. Los libros son su escape.

La voz de Anna al contar una parte del accidente sonó casi apagada, como si supiera que me estaba traicionando al decírselo a él. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Realmente no quería recordar nada de lo sucedido.

—¿Su escape? —dijo Cam con un hilo de frustración—. Esas mierdas la mantienen cuerda, de no ser así quizá ya la hubiéramos perdido.

Esa fue la gota que derramó el vaso. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Definitivamente, no lloraba por el libro, lloraba por el hecho de que mis amigas entendieran esta posición. No me estaban traicionando al contar mi secreto, estaban intentando que estos dos hombres no malinterpretaran mi locura. Contuve las lágrimas. No podía darme el lujo de llorar, era tan infantil demostrar mis sentimientos.

—¿Estás bien? —la voz de Dylan me sacó de todo pensamiento coherente. Limpié mi cara sintiéndome tan estúpida. Va a creer que estoy llorando por el puto libro.

—Sí, estoy bien. Es solo que detesto perder el control y en estos momentos fue exactamente lo que pasó.

Me dio una sonrisa, tendiéndome la mano. La tomé sin preguntar nada, pensé que iba a obligarme a regresar con todos al privado, en lugar de eso, me tomó de la cintura dándome un abrazo. Sus brazos me rodearon acariciando mi espalda desnuda. El escalofrío que no debería estar sintiendo se expandió por todo mi cuerpo. ¡Santa mierda! Esta sensación debería estar prohibida.

—Respira, nena —susurró cerca de mi oreja—. Todo está bien.

Lo decía como si supiera por lo que estaba pasando. No estaba segura si en algún momento mis amigas habían abierto la boca de más. Me odié por haberle dado una impresión tan débil a este hombre.

—Ven, vamos al ático. Creo que ahí estarás más cómoda que cerca de esos niños corriendo por todos lados.

Se acercó a los demás, tomó mi bolsa, mi toalla y mi celular de la mesita. Lo secó antes de guardarlo en su pantaloneta. Nos despedimos con un gesto rápido avisando de que más tarde nos juntaríamos en el ático.



EMMA

Nos acercamos a los ascensores sin decir una palabra, su mano aún entrelazada con la mía. Su mirada se posó en mis labios. Hasta este momento, tenía la sonrisa de estúpida satisfecha. Lo más sorprendente fue verlo a él lanzando una sonrisa de medio lado.

—Me gusta cuando sonríes —dijo guiándome al interior.

—Dices muchos cumplidos para no saber nada de mí —fruncí el ceño antes de agregar—. Solo que soy una loca.

Soltó una carcajada comprendiendo exactamente lo que estaba diciendo. Como mucho, habíamos cruzado diez palabras, y en esas diez casi nos besamos ¿Qué se supone que debía hacer yo? deseaba ese beso, quería quitarme las malditas ganas de él antes que mi cordura se perdiera aún más.

No volvimos a hablar durante ese tiempo. Cruzamos el umbral de la puerta. Había un grupo de personas limpiando todo, la casa estaba hecha un desastre. Incluso se podían ver sujetadores decorando las lámparas de la sala. Era asqueroso. Parecía un burdel de alta transformado en un lugar de adolescentes en la etapa de pubertad. Fruncí el ceño viendo tan lindo lugar destrozado.

—En una hora todo estará como nuevo. Vamos al *deck*.

Señaló las escaleras permitiéndome que fuera delante de él. Dylan susurró algo al hombre que tenía al lado, asintió lentamente y se retiró a la cocina. Supongo que ha de tener sed, o tal vez quiso que escondieran algo. Me negué a pensar cosas

que no debía. Salí por las puertas corredizas para sentir una vez más el calor sofocante. Tenía toda la razón, este lugar era fantástico de día. Las playas habían desaparecido por completo, la única vista que tenía delante era la del azul intenso del agua, un barco que pasaba al fondo, a velocidad muy lenta, los pájaros que se sumergían en el agua pescando sus presas. Esto era un sueño.

—Me encanta —dije sin apartar la vista del paisaje—. Este lugar sería perfecto para escribir o leer.

—Es bueno también compartirlo con alguien que está loca. Nunca sabes cuándo se puede tirar del piso veinte.

Esperé un minuto a que riera o quizá añadiera que era broma. No lo hizo, se quedó pasmado viendo los veleros que navegaban sin rumbo cerca de la playa. Bajé la vista un poco decepcionada por su comentario. ¡Excelente! Ahora me creía tan loca capaz de tirarme de un edificio de veinte pisos. Solté un suspiro totalmente avergonzada y dispuesta a marcharme una vez más.

—Deberías verte la cara en estos momentos —soltó una carcajada—. Te estoy tomando el pelo. ¿Cómo crees que dejaría que hicieras semejante estupidez?

—No estoy loca —dije demasiado seria—. No es tan malo como Cam lo hace sonar solo fue un...

Me quedé pasmada cuando me di cuenta de que estaba a unos segundos de revelarles mi grave error de años atrás. Negué con la cabeza desviando la cara de él. Para mi buena suerte, un hombre de camisa blanca de botones entró interrumpiendo nuestra plática. Dejo en la mesa una botella de vino espumoso Rosa Regale. No pude evitar que mi boca se hiciera agua. Amaba los vinos dulces y, según sabía, ese era delicioso.

El hombre destapó la botella con un pequeño pum. Sirvió las dos copas hasta la mitad. El líquido burbujeante llamó mi

atención aguardando mi boca. Se retiró unos minutos para aparecer con una bandeja de fresas con chocolate negro y blanco. ¿Cómo diablos sabía mis gustos en comida y bebida? Lo miré con los ojos muy abiertos. Dylan caminó en dirección a los sillones que estaban cerca de la comida. Me dio unos golpecitos para que lo acompañara. No lo pensé ni dos veces.

De haber sido Camila o Anna, de seguro ya hubieran sacado el iPhone para tomarle una fotografía al plato de las fresas con el vino. Hubieran colocado el teléfono en tal punto para capturar todo eso más la vista del lugar. «Será perfecta para Instagram», escuché sus voces en mi cabeza. Reí para mis adentros, haciéndome a la idea de lo loco que sería.

—No tengo ni la menor idea si te gusta el vino dulce, es mi favorito —se encogió de hombros—. Si quieres algo más solo tienes que pedirlo.

—¿Estás de broma? —dije sorprendida—. Me encanta el Brachetto, es totalmente mi gusto.

Gesticuló una mueca de sorpresa, antes de alzar su copa para hacer un brindis. Chocamos el cristal, sonriendo como estúpidos. Durante casi un minuto me contempló con la mirada, era incómodo. Me sonrojé cuando el señor seductor me lanzó una de sus sonrisas matadoras.

—¿Estudias? —preguntó metiéndose una fresa con chocolate a la boca. Me sentí tentada en tomar una y hacer exactamente lo mismo. No podía, me daba una pena horrible quedar con el chocolate atascado en un diente.

—Empiezo clases mañana en la Universidad de Florida, ¿tú? —pregunté dándole otro sorbo a la copa.

—Al parecer voy a tener el gusto de verte en algún momento. También estudio ahí, voy en segundo.

De todas las malditas universidades que hay en este estado teníamos que ir a la misma. Maldije para mis adentros, mientras le lanzaba una sonrisa estúpida. Bajé la vista a las fresas, una vez más, tentada. Dylan tomó una acercándola a mi boca, sobó mis labios con la fresa dejando que el chocolate se derritiera en mis labios. ¡Joder! Esto era demasiado erótico. Cerré los ojos unos minutos antes de sacar la lengua para saborear el chocolate.

Por unos segundos pensé que seguía siendo la fresa hasta que sentí una lengua lamer el chocolate de mis labios. Lentamente mordió el labio inferior mandando una oleada de placer a todo mi cuerpo. Dejé de pensar cuando mi mano libre encontró su cabello para atraerlo más cerca de mí. Nuestras respiraciones se volvieron agitadas y descoordinadas. Una de sus manos subió hasta mi cabeza, sobando con el dedo pulgar mi mejilla. Solté un gruñido ante un pequeño mordisco que le dio a mi labio inferior. Suspiré contra su boca ignorando el deseo que sentía. Mi cuerpo estaba reaccionando como nunca antes lo había hecho. Me sentía absorta en este hombre. Me tenía loca.

—Te deseo —susurró contra mis labios. Mi mano dejó de responder al agarre soltando la copa que tenía en las manos. El sonido de los vidrios quebrándose no impidió que paráramos lo que hacíamos.

Dylan me tomó con fuerza de la cintura para colocarme sobre su regazo. Lo sentí acomodarse hasta estar acostado en la silla de playa. Estaba idiotizada por este hombre. Perdí el hilo de mis pensamientos cuando sus manos jugaron con mi espalda desnuda. Quería más de él, lo necesitaba en su máxima expresión.

Me permití un momento de lucidez. Me separé un poco de su cara, que me revelaba unos ojos extasiados. El gris claro estaba llegando al negro, las pupilas dilatadas, la respiración entrecortada y la boca semiabierta. Estábamos igual de sorprendidos. Esto era demasiado para mi sistema.

—Necesitamos calmarnos —dije, intentando ponerme de pie. Él me sostuvo por la cintura sin dejarme que me moviera. Lo vi sonreír al tiempo que yo le hacía una mueca de «déjalo ir». No pude, ni él ni yo pudimos separarnos. Esto era demasiado intenso. Me recosté en su pecho desnudo plantándole un beso en su pectoral. Me pregunto si este hombre se rasura, se hace la cera o es lampiño. Quizá simplemente aún estaba en la pubertad. Levanté la vista para fulminarlo con la mirada. Su cara estaba relajada, los ojos cerrados y su respiración se había vuelto a regular. Definitivamente, él no era ningún adolescente. Sabía lo que hacía. Me volví a recostar en su pecho y sin decir más, me dejé llevar por el quinto cielo de Dylan McGuire.

—Te lo dije —escuché una voz masculina a lo lejos—. Dy se podía encargar a la perfección de ella.

La sacudida del cuerpo de abajo me sacó de mi sueño profundo ¿En qué momento me quedé dormida? Las carcajadas que conocía tan bien me llegaron despabilándome por completo. Levanté la mirada para encontrarme con los ojos profundos de Dylan. Con las manos en sus pectorales completamente marcados, salté de la silla de playa, poniéndome de pie, en un movimiento. Un dolor agudo se extendió por uno de mis pies. No sabía en qué momento había perdido el zapato. Di un pequeño brinco sosteniendo el pie en alto alejándome de los vidrios mezclados con vino que decoraban el suelo.

—¡Mierda! —maldije un par de veces más.

Escuché las carcajadas de las cuatro personas a mi lado. Cam y Mike entrelazaban sus manos en un gesto bastante romántico. Anna se sostenía el estómago con una mano y tocaba el hombro de otro chico bastante apuesto a su lado. Me tardé unos segundos en captar que era el mismo chico con el que ella bailaba ayer por la noche. Dylan llegó corriendo a mi lado. Me levantó el pie para inspeccionar qué tanto era el daño. Abrió mucho los ojos al verme la planta del pie.

—Voy a sacar el maldito vidrio. Aprieta mi espalda, cariño, si sientes mucho dolor. Esa mierda es grande.

Concentrándose en su objetivo sacó la cosa que atravesaba mi piel. Solté un grito agudo cuando mi piel reaccionó ante la cosa punzante. Dylan pidió a Mike un papel para limpiar el área ensangrentada y al otro chico —Dan— el botiquín del baño principal. Tomándome en brazos me llevó hasta otra silla de playa, lejos de nuestro desastre. Cam platicaba alegremente de cómo había terminado la guerra de agua. Al parecer Mike en un ataque de histeria, rompió una de las armas de los niños. Sonreí satisfecha. Estaba segura de que esos demonios no se atreverían a volver a mojarnos en un buen tiempo. Anna estaba ya en lo suyo, terminando con las fresas, el chocolate era su cosa favorita en el mundo.

Dylan limpió la herida con un algodón lleno de alcohol. Me negué a que siguiera con eso, le expliqué que podía hacerlo yo. El muy testarudo me ignoró y siguió limpiando. Colocó una bandita en el lugar herido plantando un beso suave, dejándonos a todos con la boca totalmente abierta. Levantó la cabeza con una sonrisa en el rostro, que se desvaneció al instante aún viendo mi pie. Su ceño se frunció inmediatamente.


—Ni una palabra —le dijo a los chicos con tono de advertencia—. No tengo ni idea de lo que acabo de hacer.

—Yo tengo una idea muy clara de lo que acaba de pasar, Dushy —Dan y Mike cruzaron la mirada un segundo antes de señalarlo—. ¡Eres un...!

—Cuidado con la boca —les volvió a advertir Dylan colocándose de pie—. Estás en mi casa. Maricas.



—Solo estábamos diciendo que es primera...

—¡Vete a la mierda!



Los tres se echaron a reír. Por un minuto creí que era una pelea seria. Cam plantó un beso en la mejilla a Mike, quien la tomó por la cintura ayudándola a esquivar los vidrios rotos. Dylan desapareció un momento por la puerta corrediza. Cuando regresó, una señora de edad media llevaba una escoba y un recogedor. Detrás de ella apareció el mismo señor que dejó la botella de vino. Esta vez trajo botellas de cerveza y otra copa llena de Rosa Regale. Los tres chicos asistían a FU, lo cual no me pareció una sorpresa hasta ese momento. Según daba a entender Dan, eran inseparables.

Cuando las señales del atardecer abandonaban toda señal naranja, y el aire fresco hacia su gran entrada, decidimos abandonar el *deck*. Con las quejas de Mike, Dylan y Cam, salimos del ático. Me encontraba exhausta, a pesar de la pequeña siesta en el pecho de Dy. Cam y Anna me contaban muy entusiastas acerca de sus chicos. Incluso comentaron que era la primera vez que Dylan se portaba tan atento con una chica «Mike dice que normalmente le ruegan» comentó Ann. No sé por qué se tomaban la molestia de contármelo, la verdad es que no me interesaba. O quizá me estaba engañando a mí misma. Eso era lo más probable.





DYLAN

¿Pero qué me está pasando? Normalmente, me hubiera importado poco que quisiera ir despacio, la calentaría más y la tomaría justo ahí, pero sentirla de ese modo tan... vulnerable, como se acomodó en mis brazos y me hizo suspirar como un maldito necesitado. Esto era una bandera roja, tenía que ponerme atento y no dejarme engañar. ¡Dios! tenía que ser fuerte para no caer en cosas del amor. Eso no va conmigo.

Me acomodé en la butaca de Sangría, normalmente no vendría aquí un domingo por la noche. Estos lugares estaban abarrotados de gente tomándose una copa y cenando las famosas alitas de pollo, no era como un viernes o sábado, que el lugar estaría para estallar. Gente bailando como loca, el aroma a cerveza, cigarro y sobre todo sudor por todo el lugar. No, hoy era una noche de domingo común y corriente.

—Tienes que quitar esa cara, McGuire —dijo Dan, tomando su cerveza—. Solo le besaste el pie.

Me di media vuelta para verlo fijamente a los ojos. Si Mike no lo mataba por su boca de mierda lo haría yo. Dan se ha pasado toda la noche molestando a Mike de estar dominado por una chica que realmente tenía carácter, la tal Cam, o Camila, como prefería llamarla yo, tenía la atención de mi primo como nunca antes alguien lo había logrado y eso en un solo día. Sí, todo esto era demasiado rápido para todos, pero ¡Dios! Tenían ese algo especial.

Las bromas acabaron cuando le besé el maldito pie a Emma. ¡Maldición! Llevé las burlas directo a mí, no dejé que durara ni un día la sacadera de mierda a Mike ¡NI UN DÍA! ¿Cómo diablos hice eso? Esto era imposible.

Mike soltó una carcajada.

—El pie con sangre —recalcó Mike —, es como besar a una virgen después de...

—¡Ya basta! —grité antes de que completara la frase. No podía escucharla—. Ni se te ocurra decir eso.

—Tranquilo, campeón —dijo Mike dándole un sorbo a su botella—. Si en verdad te gusta Emma O'Brien, te va a costar un poco llegar a ella. Según dicen por ahí, está mal de la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

La curiosidad creció en mí. De pensar en Emma con la reacción del libro, la manera en que se había molestado y la necesidad de decir que no estaba loca, sin mencionar la cara de miedo que hizo cuando mencioné que había que cuidar que no se tirara ¿De verdad estaba loca? No lo parecía en absoluto.

—No lo sé, hermano, solo eso es lo que contó Cam.

—Quiero las palabras exactas —dije molesto. Necesitaba saber en qué diablos me estaba metiendo.

—Relájate, McGuire, tienes que respirar. Lo que ella dijo fue que Emma tenía un pasado bastante difícil, que no era tan abierta como las chicas a las que estás acostumbrado, eso es todo.

—Pues, para mí, no se ve nada inocente —dijo Dan, con la boca llena por una alita de barbacoa que se había metido antes de hablar. Mala costumbre esa de enseñar la boca llena de comida.

La verdad era que para mí tampoco se veía tan inocente, ni cerrada. Se abrió completamente a mí con esa descripción de su trago. Aún no puedo creer que adivinara cada uno de los ingredientes, incluso supo que el ingrediente secreto

era la Cherry Coke. ¿Cómo diablos? Al parecer las entradas a ese bar en Virginia eran más de lo que realmente decían.

Recordé sus labios sobre los míos, eran dominantes, como si quisiera absorber cada centímetro de mí. Recordé cómo sus caderas me provocaban y cómo mi maldito mundo se iba a la mierda. Un beso bastó para dejarme idiotizado por ella.

Su piel era suave, pero no perfecta y eso me gustaba aún más, sus pecas pequeñas en la cara y esos ojos café claro eran increíbles. Había algo en ella que me gustaba mucho, no entendía muy bien qué era. Estaba acostumbrado a las rubias, altas y bien tonificadas. Mejor llamadas porristas y del equipo de atletismo.

Me sobé con desesperación el cabello, la cabeza me estaba doliendo como el infierno y la cerveza no tranquilizaba mi ser. Esto era un caos horrible, uno muy grande, para ser verdad. No me podía estar pasando esto, sentirse atraído por una mujer era... no, no puedo caer. Mi libertad va primero.

—Hec —grité al *bartender* en Sangría—. Tráeme seis *shots*.

Mike y Dan comenzaron a reír, esta actitud de *shots* solo venía después de algún maldito problema familiar o tras un estrés muy grande, nunca por una mujer; pero los dos me conocían a la perfección. Necesitaba emborracharme y perder el maldito conocimiento para no sentir nada.





EMMA

Después de haber pasado a Starbucks y pedir un *iced coffee*, nos encaminamos a la universidad. El apartamento no estaba tan lejos por lo que logré persuadir a Cam y Anna que tomáramos el camino a pie. El Starbucks estaba cruzando la calle ¿Qué mejor que tener uno frente a tu casa? Entré a mis primeras clases sintiendo una oleada de excitación, entablé conversación con casi todas las personas que estaban en la clase de literatura. Todos éramos amantes de la lectura, cada uno con su género, tan diferentes.

—Nunca he sido muy de temas clásicos —le confesé al chico que tenía al lado, Cristian. Su cabello rizado y su piel blanca no fue lo primero que me llamó la atención. Era su forma tan relajada al sentarse en su escritorio.

—Ya somos dos —concordó la chica de cabello negro al lado de Cristian—. Soy Elizabeth pero llámame Liz o Lizzie —extendió una mano para presentarse.

—Emma —le devolví la sonrisa.

—El problema no son los clásicos —señaló Cristian—. El problema va a ser el señor Roberts. Por algo reprobé su maldita clase. Lo odio.

Cristian iba en segundo año, la única clase que dejó parada el año anterior había sido literatura clásica. Liz era la prima de su novia, por lo que ya se conocían desde antes. Saqué mi *laptop*, colocándola enfrente de mi escritorio. El señor Roberts empezó

a dar su clase, definitivamente la literatura clásica sonaba hermosa, pero el viejo Roberts la daba demasiado aburrida.

Después de dos horas de aburrimiento total, Cristian y Liz me invitaron a ir con ellos a los jardines principales. Pensé que estaríamos hablando durante una hora antes que nuestra segunda clase iniciara. En lugar de hablar como locos, nos acostamos con nuestras tabletas para sumergirnos en los primeros capítulos de *Emma* de Jane Austen. Agradecí inmensamente cuando asignaron el primer libro, era uno que tenía ganas de leer desde hace meses y siempre lo había aplazado. Coloqué mis gafas de sol mientras me recostaba en las piernas de Cristian, al lado de Lizzie, lo usábamos de colchón y no se quejaba, ni un poco.

—Ahí está, la rata de biblioteca —escuché a unos chicos reírse— ¿Qué pasa Crissi? Veo que ya tienes nuevas amiguitas ¿también son ratas como tú?

Soltaron una carcajada. Sentí las piernas de Cristian tensarse debajo de mi espalda y supe que estaban hablando de él. Estaba a punto de incorporarme cuando la mano de Cristian me detuvo susurrando «ignóralos» sin apartar mi vista de la tableta, puse atención a los insultos que venían de los otros chicos.

—Todos ustedes son unos raros, siempre leyendo.

—Toda la razón —dijo Cristian, apartándose las gafas de sol—. Somos más cultos y mejores personas que una partida de jugadores de fútbol americano, que lo único que pueden hacer es tocar el cuerpo de otro hombre. ¡Patético!

Elizabeth y yo nos ahogamos de la risa. Me retorcí en el suelo antes de incorporarme. El chico delante de mí era bastante grande y corpulento. Tenía el ceño fruncido, aún asimilaba las palabras de Cristian.

—Creo que sigue sin entenderte ¿Qué pasa grandulón, tanto golpe te afectó la cabeza?

La antigua Emma salió a relucir en ese momento, era buena para los golpes verbales. Los chicos que acompañaban al grandulón se partieron de la risa por el comentario. El grandulón me tomó de los brazos poniéndome de pie de un tirón. No pasaron ni cinco segundos cuando Cristian ya estaba detrás de mí listo para defenderme o al menos eso creía yo, viéndole el tamaño a esta bestia, íbamos a parar en un bote de basura o algo peor.

Por unos segundos me sentía en *high school*, pensaba que en la universidad el problema con los jugadores disminuía y el mayor problema eran las violaciones y las drogas. Al parecer estaba confundida, el animal que tenía enfrente era como un joven que nunca maduró.

—¡Qué has dicho, perra! —gritó, captando la atención de muchas personas a nuestro alrededor.

Mi cuerpo empezó a temblar, su rostro estaba lleno de ira, sus ojos se dilataron, a tal punto que el castaño desapareció por completo. Tenía que aprender a controlar mi boca si no quería meterme en problemas. Estaba muerta del miedo. ¿En qué estaba pensando?

—¿Qué pasa aquí? —una voz sonó detrás de mí. Rogué que fuera algún profesor o alguna autoridad estudiantil. No quería que el grandulón me matara en mi primer día.

—Esta perra aquí quiere que le den una lección —dijo grandulón aún sosteniéndome de los brazos. Las carcajadas de los demás resonaban en son de burla—. Nadie me insulta, ni me dice nada.

—Vas a meterte otra vez en problemas, Jenkins —la voz cada vez me resultaba más familiar—. No quiero tener que abogar por ti otra vez antes del partido. Los problemas que tengan tú y Cristian desde la secundaria son problemas que necesitas superar, ya estás en la universidad, idiota.

Los brazos del hombre se relajaron dejándome libre. Escuché un suspiro prolongado de alivio que soltó Cristian, no era que quisiera sentirme valiente o quitar un poco de la humillación que el grandote había provocado, pero no lo pensé hasta que mi palma estaba en la cara de Jenkins. Ahora sí que estaba en problemas y todo eso me pasa por reaccionar y no pensar las cosas antes de actuar. Soltando un gruñido de histeria, Jenkins se abalanzó sobre mí.

—¡Emma, no! —gritó Cristian a mi espalda. Tomándome del brazo para alejarme de él.

Sus compañeros lograron retenerlo con mucha habilidad manteniéndolo lejos de mí ¿sería capaz de pegarme? Me encogí con indiferencia tomando mi iPad del suelo y mi bolsa. Le saqué el dedo del medio, enseñándole qué tan bien podía reaccionar. Era un idiota. Me di la vuelta para escapar de la escena. Tenía miedo de quedarme y sentir la furia de la bestia delante de mí.

—Vamos —dije, clavándole la vista a Cristian. Él tomó mi brazo y lo examinó un minuto.

—Te dejó marcas —dijo molesto. Levanté las gafas para observar mi brazo. En efecto, sus malditos dedos dejaron roja mi piel. Estaba segura de que en unos momentos la tendría morada.

Podía demandarlo por abuso o alguna otra cosa de esas que estaban de moda, de seguro ganaría y lograría tener una buena suma de dinero en mi cuenta de banco para comprar libros, pero en lugar de eso decidí ignorarlo.

—¿Emma? —preguntó alguien junto a nosotros. Lo reconocí como el que había calmado a gigantón.

Levanté la vista para encontrarme con los ojos azules de Dylan, estaba con la boca ligeramente abierta. Su camisa blanca marcaba sus músculos y sus pantalones cortos color crema le daban un efecto muy sensual. La respiración me falló en ese instante,

el efecto que tenía Dylan en mí estaba haciendo de las suyas. Las imágenes de nosotros encima de la silla de playa, besándonos, tocándonos... vinieron a darse un paseo por mi mente. Dejé salir un suspiro de frustración. ¿Por qué tenía que ser él?

—¡Maldita perra! Juro que si pudiera ahora mismo te daría una...

Antes de que pudiera ver la cara del grandulón, Dylan ya estaba señalándolo con un dedo tembloroso, lleno de furia. Su mirada era toda una poesía. Tenía el ceño fruncido. Reflejaba enojo, mucho enojo. Todo pasó en cámara lenta.

—Lámala una vez más maldita o perra. Una vez más Jenks y te juro por mi vida que será lo último que dirás en toda tu puta vida.

Nadie dijo nada durante unos segundos. Todo se quedó estático. Los cuerpos de los chicos estaban agitados, la mirada de grandote perdida en Dylan. Suspiré metiendo mis cosas en mi mochila. Tenía que salir de ahí.

—Lo siento Dy, no lo sabía —se disculpó la bestia. Quise darme la vuelta para mirarlo una vez más, pero no tenía el valor. No podía verlo, no después de la humillación que había pasado.

—¡Emma! —me detuvo antes que pudiera siquiera comenzar a caminar— ¿Estás bien? ¡Tu brazo! —me examinó con más determinación las marcas rojas que, poco a poco, cambiaban su color a un lila suave. Definitivamente iba a tener unos moretones en poco tiempo.

—Estoy bien, Dylan —le aparté las manos—. Debo irme —dije con una sonrisa. Esto era tan humillante—. Vamos Cristian, Lizzie.

Estábamos alejándonos del lugar de los hechos cuando los gritos de Dylan me llegaron a los oídos. Giré para verlo. Mike y Dan estaban junto a él calmándolo. Sonreí un poco al ver que descargaba su ira contra el grandote.

Aún faltaban quince minutos para mi siguiente clase, pero Cristian decidió que era hora de empezar a caminar en esa dirección, nos dejó en nuestra puerta, desapareciendo por completo entre la gente para encontrar la suya. No dijimos nada del incidente pero estaba segura de que morían de la curiosidad.



DYLAN

—¿Pero en qué putas estabas pensando? —le grité histérico.

Cuando vi a Jenkins teniendo sus ataques de enojo, corrí para calmarlo. Me imaginaba que estaría contra alguno de los *geeks*, o quizá estaría asustando a un inocente chico de primer ingreso. Él aún no entendía que habíamos dejado la secundaria atrás, que esto era la universidad.

Jenkins era experto en hacer que las personas se orinaran en los calzoncillos, algún día alguien le daría su merecido y sería una sorpresa enorme. Esperaba estar allí para verlo. Por más que ese bastardo fuera mi amigo, sabía que alguien tenía que darle una lección.

Yo estaba a punto de hacerlo, quería pegarle hasta dejarlo inconsciente. Vi los malditos brazos, por Dios, vi ese maldito agarre en ella. Vi como la vergüenza se apoderó de Emma y estuvo a segundos de llorar. Sé que ganó la Emma fuerte, con la cabeza en alto e ignorándome, me dejó como un estúpido, rogando para que me viera unos segundos.

—Mira Dy, no tenía ni idea que la conocías, de todos modos, hermano, ella no es nadie. Es una...

—Ni se te ocurra llamarla así de nuevo —le advertí en un tono más fuerte.

Seguramente si provocaba una pelea entre Jenkins y yo, pararíamos los dos sangrando y con más de algo roto. Teníamos juego en cuatro días, no podía dejar a Jenks fuera de línea,

era el *quarterback* principal. Yo estaba en entrenamiento y ya había logrado empezar a hacer un par de jugadas, unas que valían mi carrera completa.

—Además, imbécil —dijo Mike aún cerca por cualquier mala reacción—. Siempre te metes en problemas, el entrenador no va a tolerar dar la cara por ti una vez más y lo sabes muy bien.

—No le estoy pidiendo al *coach* que dé la cara por mí. Él sabe que no es mi culpa que la gente me provoque —ya habíamos pasado por este problema una y otra y otra vez. No podíamos hacer esto una vez más. No ahora.

—Solo... mantente alejado de ella, es... ¡Mierda, Jenks! Solo déjala a ella en paz ¿Está claro?

—Parece como si te importara. Eres Dylan McGuire, eres igual a mí. Nada te importa, menos una rata.

Mi sangre empezó a hervir como si estuviera expuesta al fuego, eso no, eso sí que no. Emma no me importaba en ese sentido ¿Qué acaso no se da cuenta de que solo quiero acostarme con ella? Ella no es nada más que una más. Una más, nada más...

—¡Vete a la mierda! —grité señalando—. Solo me estás cagando una futura constante antes de que logre tenerla en mi cama.

—¿Mi cama? —la voz de Mike sonó como un susurro, pero lo había escuchado. Seguía cagándola como todo un campeón.

Sin esperar respuesta, me di media vuelta, largándome de la vista de todos estos imbéciles. Pero cómo... cómo diablos se le ocurre decir tantas cosas tan estúpidas. No me interesaba, ni lo haría de ese modo, solo quería perderme dentro de ella nada más.

«Sí, como tú digas».

Me dijo mi subconsciente con sarcasmo. Negué con la cabeza llegando al estacionamiento, saqué mis llaves, abrí el deportivo y me subí, sin pensar que aún me faltaban tres clases, sin mencionar el entrenamiento.

Tomé el teléfono, marqué el número del *coach* y esperé un buen trozo de tiempo. Cuando finalmente contestó, le expliqué que no me sentía bien. Era una gran mentira, pero nunca faltaba, por lo que esto no sería ningún problema.

Al llegar al apartamento, me cambié, colocando mi traje de baño, necesitaba esto. El agua ayudaba a tranquilizar la mente, siempre fue de ese modo. Pensando en todas las cosas que estaba pensando de Emma, dejé que mi mente fantaseara un poco. Esta necesidad de ella estaba volviéndose más que algo de una noche.





EMMA

—¡Santa mierda! —gritó Cam entrando al apartamento—. Emma O'Brien. Quiero que me des detalles de tu encuentro con Dylan.

Me sonrojé al pensar en ese encuentro. Había sido embarazoso. Negué con la cabeza, regresando a mi lectura asignada. A este paso acabaría para mañana el libro, no había parado desde que entré al apartamento. Necesitaba distraerme y Frank Churchill era todo un personaje para hacerlo. Cam se quedó parada de brazos cruzados un momento. Anna entró cantando alguna canción desconocida antes de ver la situación delante de ella.

—No me digan que están peleando otra vez. Por favor, hoy no.

—¡Nah! —exclamó—. De eso nada. Em, ocasionó una pelea hoy y Dylan está involucrado. ¿Puedes creer eso? ¡Maldito primer día y ya estás en problemas!

Apagué el iPad, poniéndome de pie de un tirón. No podía creer cómo corrían los chismes en ese lugar. Ni siquiera voy a preguntar quién diablos se lo dijo, era obvio.

—¡Voy a matar a Mike! —tomé mi celular para enviarle un mensaje al idiota.

—¿Mike? ¿Qué Mike? —negó con la cabeza— ¿Qué, no lees tu Twitter? está por todos lados.

¿Twitter? Esto tiene que ser una broma. Tomé mi iPad, metiendo la clave a toda velocidad antes de concentrarme en mi *timeline*. Nada, ni una noticia del suceso. Le di la vuelta a la pantalla para enseñarle a Cam. Ella negó con la cabeza arrebatándola de mis manos.

—Primero, no sigues a nadie de la universidad para saberlo. Segundo —introdujo un *hashtag* que no entendía. Le dio media vuelta a la pantalla y ¡BAM! ahí estaba. Varias noticias y discusiones de lo que había ocurrido se pintaban delante de mis ojos. ¡Mierda! Incluso había fotografías y memes. Los chistes se habían reproducido como cucarachas. Entrecerré los ojos ante uno que decía «Futbol vs. Ratas de biblioteca» suspiré ante el estúpido apodo.

—Eh, mira este —leyó Camila— «La nueva RDB nos deja con la boca abierta al enfrentarse a Jenkins. Increíble que Dylan no se burlara de ella» —soltó una carcajada—. Diablos, cada vez dudo más si deberíamos ser amigas de Dy. Además ¿Qué diablos es RDB?

Puse los ojos en blanco. No iba a decirle qué diablos era RDB, era lógico si seguía leyendo.

—¿Qué me dicen de este? —dijo Anna uniéndose a la conversación —«Dylan quiere acostarse con la nueva RDB, si no ¿por qué otra razón la defendería?» o esperen este está mejor «Emma prepárate para el mejor sexo de tu vida» —las dos soltaron una carcajada—. Dios, quiere acostarse contigo.

—¿Dios? —pregunté, levantando la ceja.

—Cállate, idiota, no me refería a Dios Todopoderoso, me refería a la expresión.

Anna solía ser dedicada a la iglesia, en cierta parte me gustaba eso de ella. Cam no era tan devota. Por mi parte era totalmente ajena a las creencias. Me crié en un ambiente donde el sacerdote estuvo ausente toda mi vida, a pesar de los intentos de mi ma-

dre por volverme una monja. Les arrebaté el iPad de las manos y revisé el Twitter, pasaban las cincuenta menciones. Ni loca iba a responderlas. Después de revisar que el número de seguidores había incrementado de 5.750 —que tenía— a 6.000.

Las redes sociales eran mi forma de comunicar si había una fiesta próxima, o al menos así utilizaba yo las redes. A veces me ponía a dar recetas de cocteles, y muchas otras me burlaba de cualquier persona. Trabajar en el bar de Virginia con mi primo, me permitió estar al tanto de cuantos chismes se comentaban, los cuales divulgaba de forma indirecta en Twitter. Después del accidente, mis mensajes eran acerca de libros, reseñas, comentarios, especulaciones y sobre todo, frases de libros.

Mis seguidores se incrementaron. No por mis publicaciones viejas, ahora me rodeaban varios lectores. Incluso había conocido personas de Costa Rica, República Dominicana, Colombia y España. Ya quería a esas chicas y ni las conocía.

Presioné la pantalla en redactar *tweet* y escribí. «Autógrafos después de clases, gracias a todos por estar pendientes de mi vida. Los amo». Me reí en voz alta al tiempo que le daba enviar, sin esperar respuestas le di escribir otro «Eh, chicos, sean más originales ¿RDB? ¿Rata de biblioteca? Ahora comprendo por qué son jugadores de fútbol».

Escuché la voz de mis amigas riendo ante mis comentarios. El primer RT, fue de Cam seguido por los de Anna. Como era de esperarse, mis amigas respondieron muy entusiastas a las contestaciones de mis viejos amigos de fiesta, mis amigos lectores, e incluso los nuevos seguidores respondieron a los *tweets*.

—Ahora todo tiene sentido «RDB» ¿Cómo diablos no se me ocurrió antes? —se quejó Cam.

Después de una hora de estar obsesionada con la bendita red social, apagué el teléfono. Estaba desesperada por ver las respuestas de todos. No voy a mentir, me reí como una degenerada cuando

un viejo amigo de fiesta puso «Señora sarcasmo, ¿estás de vuelta? Necesito que me consientas, ¿tragos a las seis?» Creo que nunca me quitaré varios de los apodosos que me han puesto a lo largo de mi corta vida. Por su parte, Anita, mi querida amiga lectora, había mandado un mensaje con caritas llorando de la risa. Esa chica sí que me hace el día.

—¿Salimos a comer? —preguntó Cam, sin dejar de ver su Facebook.

—¡Muero del hambre! —exclamó Ann, sobándose la panza.

—Me apunto. No tengo ánimos de cocinar.

Entramos a Joe's, una pizzería cruzando la calle. Amaba que el apartamento estuviera cerca de todo, incluso de lo que más feliz me hacía, un Starbucks. Nos sentamos en una mesa pegada a la ventana. Me quité el sudadero rojo del bar de Virginia. Una parte de mí había muerto después del accidente, pero otra simplemente se guardaba para recordarme de las cosas que no podía volver a hacer.

Cam ordenó por nosotras, una pizza grande de *pepperoni*. Nos sentamos muy entusiastas contando detalles de nuestro día, no volvimos a mencionar el accidente con Dylan y su amigo bravucón, lo cual me alegró.

—Hola, preciosa —levanté la vista para toparme con Mike. Me tensé de inmediato buscando a su alrededor. No había rastro de Dylan. Me relajé. No quería verlo.

—Eh, grandote. Trae tu culo —dijo golpeando el asiento de al lado—. Vienes casi una hora tarde.

Mike se acomodó al lado de Cam saludando a Anna y a mí con un gesto de disculpa. Me concentré en mi pizza, olvidando que uno de los mejores amigos de Dylan estaba frente a mí. Seguimos una plática bastante tranquila y relajada. Mike contaba cómo había estado su entrenamiento de fútbol, intenté

hacer caso omiso cuando comentaba algo del señor seductor. La verdad es que no quería saber nada de él, moría de la vergüenza solo de pensarlo.

—Em... —empezó a decir Mike, por la seriedad que estaba tomando su voz sabía que iba a hablar del tema prohibido— siento tanto lo que pasó hoy.

—No fue tu culpa —interrumpí sin esperar a que terminara.

—Tienes tres dedos marcados en el puto brazo, si Dylan lo viera...

—Pero no lo verá, no tiene por qué, además —negué con la cabeza— ¿Qué le importa a él?

—Al parecer le importa más de lo que te imaginas. Como sea, lo siento.

Ignorando su disculpa, pasamos un largo momento en silencio, todos me veían con los ojos abiertos. Los ignoré, volviendo a mi pizza, dándole un mordisco. Había perdido el apetito, pero necesitaba distraerlos con algo de comida. Cam cambió de tema al notar lo incómoda que estaba. Tenía esa facilidad de cambiar el tema cuando estaba por entrar a una crisis.

Entramos al apartamento una hora después. Había sido agradable, a pesar del incómodo momento que habíamos tenido. Me tiré en el sofá junto a Anna, seguramente Cam se iría a su habitación con Mike.

No fue así, Mike le plantó un beso profundo en los labios antes de despedirse con un gesto de «estaré arriba si me necesitas». Solo la idea de que Dylan estaba a seis pisos de distancia me hizo suspirar. No podía estar cerca de él.

Entré corriendo a mi primera clase, me había levantado tarde. Llevaba el cabello en una cola alta, unos vaqueros desgastados

con agujeros por todos lados, una camisera abierta y los lentes de leer estilo hípster. Liz me levantó la mano para que pudiera ubicarla, no hubiera sido difícil, estaba en la primera fila. Me acomodé, dejando mi mochila al lado, todos me veían de arriba abajo como si fuera un ser extraño. Puse los ojos en blanco, debe ser por los sucesos de ayer, que aún rondaban la cabeza de las personas ¡Consigan una vida! Que desgastante. Saqué mi teléfono para revisarlo e intentar ignorar a todos a mi alrededor y sus malditas miradas.

Tenía un mensaje de texto.

Dylan: ¿Almorzamos hoy?

Lo pensé unos segundos antes de apretar responder.

Yo: comeré en la cafetería, lo siento. A la próxima.

Dylan: Bueno que yo también comeré ahí. Nos vemos más tarde.

Guardé inmediatamente el teléfono al ver que la señorita Carter entraba al salón de clases con su café en mano. Finalmente, la clase que había estado esperando desde que fui aceptada en FU. Escritura creativa, moría por aprender los secretos de la escritura y la Johanna Carter era una escritora increíble, me leí uno de sus libros en verano para prepararme y tener un tema que comentar con ella. *De tu lado al otro* fue un libro que marcó mi vida. Sonreí mientras maldecía en voz baja por haber derramado un poco de café en el escritorio.

—Buenos días, jóvenes escritores, hoy no vamos a ver tanta porquería como el resto del año, es el primer día. No se preocupen. Lo único que les voy a pedir es que empiecen a pensar en una historia, una que valga la pena contar. No me importa si es ficción, fantasía, amor o erótica. Me importa poco que tema escojan. Solo necesito que sea una buena historia, una, como repito, que valga la pena contar. No estoy dispuesta a leer porquerías.

Sonreí satisfecha. Ella era exactamente lo que había pensado que sería. Estaba tan relajada, tan tranquila. Tomé mi cuaderno, uno antiguo que había comprado en Barnes & Noble. Lo antiguo era muy mi estilo, incluso tenía varias plumas fuente y cuadernos de papel reciclado para escribir ideas. Hasta el momento no había podido escribir una historia larga. Lo único que tenía eran *fanfics* de historias que me habían traumatado, y unas cuantas cortas de seres fantásticos que subía a mi blog. Las más populares de mis publicaciones eran las *fanfics* de *Beautiful Disaster* de Jamie McGuire y *Fallen too Far* de Abbi Glines, mis heroínas literarias.

Una de las recomendaciones que nos dio la señorita Carter era llevar un diario y escribir varias cosas que nos pasaran en el día. En otro diario que escribiéramos ideas. Abracé las ansias de empezar a redactar cosas, tenía mucho que escribir e historias que contar. Definitivamente, al salir de clases iría de *shopping*. Necesitaba un nuevo cuaderno para ideas.

Entramos a la cafetería con Lizzie. No habíamos visto a Cristian, pero según Liz, estaba con su prima. Aún no tenía el gusto de conocerla, por lo que había escuchado, era una dulzura. Localicé a Cam y Anna sentadas junto a Mike, Dan y otros chicos. Suspiré al comprobar que ni Dylan, ni grandulón estaban en mi campo de visión. Liz no parecía muy convencida de sentarse en esa mesa, pero la persuadí para quedarse junto a nosotras. Puse mi bandeja con espaguetis a la par de Cam, que contaba una historia muy entusiasta. Mike la veía con ojos de adoración, estaba segura de que entre esos dos había más que diversión.

Vi entrar a Cristian junto a una chica despampanante, de cabello rubio y ojos azules. Era hermosa. Le hicimos señas, pero frunció el ceño al ver donde estábamos sentadas. Se acercó y nos susurró que no estaba seguro de querer sentarse con los del equipo de fútbol. Liz estaba por ponerse de pie para irse con ellos cuando alguien habló detrás de nosotros.

—Ni de loca me siento con ellos —me di la vuelta viendo a Jenkins junto a otros tres chicos.

—Esta es la mesa del equipo de fútbol. Desaparezcan —dijo el moreno junto a Jenkins, era otra de las bestias enormes.

Elizabeth no lo pensó ni dos veces. Tomó su bandeja poniéndose de pie. La verdad es que ya no estaba tan cómoda como hace unos minutos, empecé a ponerme de pie cuando escuché a Mike soltar una advertencia en dirección de Jenkins. No capté bien lo que decía. Cam tomó mi mano obligándome a sentarme de regreso en la mesa, pero permanecí de pie viendo cómo mis nuevos amigos se alejaban sin decir nada. Negué con la cabeza en dirección a Anna, ella podía hacer entrar en razón a Cam. No podía sentarme en esa mesa junto a estos idiotas.

Dylan entró como un donjuán, atrayendo la mirada de todas las mujeres. Instintivamente contuve la respiración. Era divino en todos los sentidos. Me dispuse a marcharme, una vez más, cuando Jenkins volvió a hablar.

—¿Me has escuchado? Te dije que te largaras.

—Tranquilo grandote, no soy como tú —dije colocando mi bandeja en la mesa, una vez más, tomando mi mochila—. La gente normal no se vive dando golpes en la cabeza, así que tengo buena audición.

Me di la vuelta cuando Dylan se paró detrás de mí. Mis ojos se perdieron en los suyos un momento, el gris era hipnótico. Cerré con fuerza los puños en mi costado conteniendo la humillación, una vez más. Dylan desvió la mirada, inspeccionado la situación. Me hizo un gesto con la mano, indicándome que tomara asiento. Negué con la cabeza esquivando su cuerpo.

—No, Dy, lo siento —dijo Jenkins—. Sabes las reglas y ella es una incomodidad en mi vista. No la quiero cerca.

No sabía cuáles eran las putas reglas, ni me interesaban. Me di la vuelta para encontrarme con la mirada de Jenkins, su ceño estaba fruncido y estaba de brazos cruzados. Levanté mi dedo favorito enseñándole que me importaba poco lo que él pensara.

—¿Quieres que comamos en otro lado? —Preguntó Dylan, sacándome de mis pensamientos de sangre encima de ese idiota—. Si quieres te acompaño a esa mesa —señaló donde estaba Cristian —, con los de tu tipo.

¿MI TIPO? ¡Joder! Este hombre acababa de decir la peor cosa del mundo. Pues resulta que es mucho mejor sentarme con gente de «mi tipo» que con los de «su tipo», grandotes e idiotas.

—Vete a la mierda, Dylan. No quiero que te sientes con los de mi tipo, no, ni en un millón de años. Al menos no contigo.

—Vamos, cariño —dijo Anna, caminado a mi lado—. No vamos a sentarnos con estos idiotas. Cam y yo también somos de *tu tipo*.

Cam se puso de pie, plantándole un beso a Mike —el cual protestó, soltándole una vulgaridad a Jenkins y Dylan. Me encogí de hombros, alejándome de ellos por completo. Pensé en caminar a otra mesa e ir a pedir otro almuerzo, no lo hice. Demasiada humillación para un día.





DYLAN

Me quedé viendo unos segundos cómo Mike negaba con la cabeza. Estaba molesto por la reacción de Emma y de sus amigas. Lo entendía, yo tampoco me imaginaba que estallaría de ese modo, era un poco injusto. Yo no hice nada.

Todos actuaban como si hubiera violado a Emma frente a todos, como si la hubiera puesto de culo y golpeado hasta que suplicara perdón. Lo único que ofrecí fue sentarme con ella lejos de Jenkins. Sabía las reglas y si a alguien del equipo le molestaba la presencia de alguien más, se le pediría que se retirara. Jenks tenía problemas con Emma, no la soportaba, aunque no entendía cómo era eso posible, ella era tan dulce.

—No puedo creértelo, Dy —dijo Mike, tenía los brazos cruzados.

—¿Qué? —pregunté indiferente—. Le ofrecí sentarme con ella.

—¡Maldición! Con los de *su tipo* —dijo Mike un poco más alto de lo que me gustaría—. Eso es despectivo Dy, demasiado para que esperaras que te tomara la mano y te guiara hasta su mesa.

Seguía sin entenderlo. No lo hice a propósito ni lo dije con mala intención, solo no podía creer que reaccionara de esa forma. Repasé mis palabras una y otra vez, nada tenía lógica, ni siquiera las palabras de Mike.

Me encogí de hombros algo molesto por no entender nada, me senté en mi lugar habitual. Mike molesto salió de la cafetería, seguramente iría a buscar a Cam. A los pocos minutos Chris y Dayan se acercaron a nosotros. Chris tomó asiento a mi lado, enseñando sus tetas más de lo necesario. Eran bastante grandes y operadas, de eso no había duda.

Mordí mi hamburguesa, la cual no estaba tan mal para ser comida de cafetería, observé cómo Jenkins alardeaba de su última conquista. Era bueno en eso. Pero la mayoría de las mujeres eran mayores que él, las conocía en bares de mala muerte; por alguna razón las chicas de por aquí no lo tenían como buen objetivo.

—Ya era hora —dijo Chris, sobando mi pierna. Quizás iba siendo hora que la llevara al hotel para que me distrajera de todo lo que Emma estaba haciendo con mi mente.

—¿Hora de qué, pequeña? —pregunté seduciéndola.

Le tomé un mechón de pelo, jugando un poco, le encantaba que hiciera eso. Por alguna razón no protestó porque tuviera grasa de la hamburguesa en los dedos, sabía que, poco a poco, perdía el interés en ella, debía recuperarme.

—De que pusieras en su lugar a esa —dijo, señalando a la puerta.

—¿A quién? —dije alejándome un poco. ¿De qué diablos está hablando?

—De Emma, esa pequeña rata que cree poder tener lo que es mío —soltó una carcajada—. Debiste ver su cara cuando le dijiste que podías sentarte con los de *su tipo*. Ella tiene que entender que no es como nosotros.

No fue hasta en ese momento que me di cuenta de mi error. Esto no estaba bien, nunca quise hacerla sentir como si su tipo no fuera bueno. Como si ella no fuera buena, ¡mierda!

—Eso es cierto, Dy —dijo Jenkins, tragando los restos de su hamburguesa—. Tu mundo y el de ella no pueden mezclarse ¿Qué vas a hacer tú con una *geek*? Son aburridas y no hacen más que leer. Tú necesitas acción y mujeres.

Me puse de pie, estaba a segundos de tirarle mi hamburguesa a ese imbécil por abrir de más la boca cuando nadie le estaba preguntando. Estaba muy enojado, más de lo que debería. En lugar de reaccionar mal, asentí con la cabeza y salí de esa mierda. No podía estar más tiempo con ellos.

Debería importarme poco, no debería sentir absolutamente nada. Pero, por alguna razón, dolía.





EMMA

Salí a correr por toda la playa. Estaba llegando a mis límites, estaba desesperada por toda esa porquería. Estaba acostumbrada a estar del lado de Jenkins, estaba acostumbrada a ser una mala persona. «Karma» pensé, el Karma siempre se regresa. Era justo y necesario que me cayera tan rápido.

Hace más de un año que esperaba con ansias mi castigo por ser una persona desagradable. Sabía que tenía muchísimo que pagar aún, lo de Jenkins era solo el principio. Entré corriendo al edificio Trent, subí al piso catorce, me tomé la botella de agua fría de un golpe. Me acomodé en mi cama y me tiré a llorar. Estaba reteniendo todo y necesitaba sacarlo. No podía más.

Escuché que alguien entraba corriendo a mi habitación, sabía que iban a estar pendientes después de lo que había pasado. Anna estaba acariciándome la espalda con desesperación, intentó calmarme durante una eternidad. La escuché coger su teléfono y marcar un número de teléfono.

—¡Alerta Em! —le gritó a Cam, era la única que sabía el código. Colgó, al tiempo que me apretaba contra su pecho.

Las imágenes del carro iban y venían una y otra vez. Apreté los ojos recordando las últimas palabras. «Siempre y para siempre» solté un grito ahogado. No podía con mi sistema en estos momentos.

Escuché voces en el pasillo fuera de mi habitación. Cam estaba de regreso y dando órdenes como loca. Las palabras chocolate

caliente, palomitas de maíz y ¿Qué demonios pasó? Llegaron a mi sistema auditivo. Estaba siendo débil, no podía permitirme este tipo de locura. Entre sollozos me dejé llevar. Tenía que tranquilizarme, no iba a conseguir nada entre lágrimas.

—Acepto el chocolate y las palomitas —dije, entrando a la cocina; encontrándome con Cam, Anna y para mi mala suerte a Mike, que estaba pálido como el papel.

—Cariño —Anna me abrazó con fuerza— ¿Te encuentras mejor?

—Momento de debilidad nada más —dije, encogiéndome de hombros.

Anna sacó las tazas, llenándolas con chocolate caliente, Cam se encargó de las palomitas y Mike se fue a sentar conmigo a la sala principal. El silencio se hizo eterno entre el grandote y yo. No sabía qué iba a pensar de mí en estos momentos. De algo estaba segura, iba a tener que hablarle de la situación, no veía ninguna intención de irse sin explicación.

—Habla —dijo Cam, sentándose en el regazo de Mike.

—Mike —tomé un sorbo de mi chocolate calmando mi sistema—, tienes que saber que no quiero que mi vida privada esté saliendo a flor de piel. No me gusta hablar de mis sentimientos, mucho menos de mis malditos problemas. Me agradas, por lo que voy a hacer una excepción. Te ruego no digas nada.

Lentamente asintió con la cabeza y comencé a contarle acerca de mi pasado. La chica súper *fashion* que trabajaba en un bar a los dieciséis años con identificación falsa. Mi tío me dejaba estar ahí con la condición de no beber absolutamente nada. Aprendí todo lo que sé de cocteles ahí.

Al momento de llegar al accidente mi voz se quebró. No podía admitir que todo había sido mi culpa, yo era la culpable, aunque mis amigas se negaran a toda costa. Cam terminó la historia por mí. No podía hablar más.

—¿Qué te hizo ponerte tan mal? —preguntó Anna rodeándome con su brazo. Normalmente, alejaría su abrazo, odiaba tanto el contacto físico.

—Jenkins y Dylan —dije en un susurro—. El karma está empezando a afectarme, lo puedo sentir. Tengo que evitar que me lastimen, va a ser tan...

Me quebré y las lágrimas traicioneras volvieron a recorrer mi cara. ¡Demonios! Desearía no creer en toda esta porquería. Estaría con el alma destrozada pero no preocupada por la regla de tres. El karma se regresa al triple. Odio esta sensación.

—Emma, no es tu culpa —Cam se restregó en las piernas de Mike—. No vas a pagar ningún maldito karma, es solo tu imaginación.

—Ya pareces Dan —Mike se apretó al cuerpo de mi amiga. Anna sonrió ante la mención de Dan—. Ese bastardo sí cree en esa porquería. Yo opino lo mismo, no vas a pagar ninguna mierda. Imagina si esa mierda existiera lo que le tocaría a Dylan, ese si es un idiota.

Solté una carcajada tras imaginar a Dylan sufriendo por algo. Podía notar la seguridad de ese hombre a kilómetros de distancia. ¿Qué iba a pagar? Era obvio que no era un santo y que las mujeres morían por él, pero... ¿Qué iba a pagar? Dudaba que hubiera algo que lo lastimara.

A la mañana siguiente, me desperté de mejor humor. Me coloqué los pantalones flojos color negro y la camiseta pegada. Me quedé viendo mi antigua ropa, añorando poder ponérmela. Extrañaba los gorros de lana, los pantalones cortos, las faldas y vestidos. Extrañaba peinarme en ondas el cabello y maquillarme como una Diosa. Anna era la que más odiaba mi nuevo estilo. Intenté explicarle que no podía verme atractiva como antes, que no podía ser esa exhibicionista que sacaba a las bebés de paseo en cada salida.

—¡Dios mío! —dijo al verme salir de mi habitación—. No vayas a sorprenderte si no te hablo durante clases ¿en serio, después de una crisis tienes que vestirme peor de lo que ya lo haces?

—No está mal —dije viendo el sudadero negro. Parecía que estaba a punto de entrar a un funeral y no a la universidad. Me encogí de hombros tomando mi mochila.

La semana se pasó bastante rápido. Me había topado esporádicamente con Dylan, pero tanto él como yo, nos ignoramos por completo. Lo vi en la cafetería de la universidad más de una vez, en su mesa habitual, junto a Jenkins. Las porristas se aglomeraban a su alrededor luciendo sus estúpidas faldas. Aún no entiendo por qué las usan si no están brincando en el campo de fútbol. Casi siempre había una chica suplicando la atención de Dylan, él parecía ajeno a ellas y sus caricias.

Siempre concentrándose en su portátil. Cuanto más tiempo pasaba más comprendía a lo que se refería Mike. «Él si es un idiota», al referirse a idiota, Mike quería decir mujeriego. Siempre lo veía con una distinta. No iba a admitirlo nunca pero las imágenes de él besándome como un adicto a mi cuerpo saltaban de vez en cuando. El vacío que sentía al verlo con otras era de lo peor y cada día que pasaba la soledad se intensificaba. Por primera vez quise ser la Emma irresistible, solo para variar. Deseaba que él me viera, que me prestara atención. Quería ser digna de él.

—¿Quién deja tareas para el fin de semana? —se quejaba Cam enseñando sus apuntes—. Es estúpido.

—Bienvenida a la universidad —dijo Cristian, dando un bocado a su emparedado.

—¡Sangría hoy en la noche! —Saltó Anna, leyendo un mensaje de texto— ¡Tenemos que ir!

—Tenemos, suena a multitud —dije bebiendo, a sorbos, mi agua pura. Ni loca iba a ir a ese lugar.

La novia de Cristian, abrió los ojos como platos, girando para ver a su novio negar con la cabeza. Era obvio que ella quería ir. Me pregunto si él es como yo. Nunca hablamos de salidas a bares o a fiestas universitarias. Nunca hablamos de nada de eso. Solo libros.

Lizzie golpeó mis costillas cuando Dylan se quitó su *hoodie* revelando su camisa azul de cuello V pegada al cuerpo. Caminaba en la cafetería como si fuera el dueño del lugar. Liz creía que me gustaba. Estaba como un Dios, no iba a negarlo, pero no podía permitirme siquiera pesar en eso.

—Señor, macho alfa —se escuchó un grito tres mesas atrás—. Tienes a dos rubias esperándote.

Las chicas se echaron a reír. Definitivamente Dylan no pagaría absolutamente nada. Las mujeres se quitaban las bragas sin ningún motivo. Aguanté la respiración cuando nuestras miradas se cruzaron, hizo una mueca de asco y se alejó sin saludar. Ahora resulta que le doy asco.

La mandíbula me tembló un poco cuando Mike se unió a Camila. El chico había dejado de sentarse en la mesa de súper estrellas para sentarse con nosotras. Eso había sido un gesto demasiado lindo. Nunca comentaba nada acerca de sus compañeros, solo le entregaba notitas de amor a Anna de parte de Dan, el cual se unía a nosotros de vez en cuando. La última vez que le pregunté a Anna acerca de su nuevo «amiguito» aseguró que no había nada entre ellos. Mi amiga era bastante reservada y empezaba a notar que Dan respetaba eso, e intentaba conquistarla con gestos dulces.

—Creo que voy a vomitar —dije sin pensar—. ¿Acaso las mujeres no tienen el mínimo respeto por su cuerpo?

Mike fue el primero en captar mis palabras, soltando una risa que provocó que se atragantara con su hamburguesa. El resto en la mesa captó el chiste unos segundos después estallando en risitas. Por mi parte seguía sin entender mi propio chiste, no lo había dicho de ese modo. Hablaba en serio.

—Sí, claro. ¿Acaso no trabajaste en un puto bar? Debiste darte cuenta entonces que hay mujeres como esas que no respetan ni su dignidad —dijo Mike entre risas. Tenía razón, conocía muy bien a las zorras. Nunca fui una de ellas. Yo era de las que dejaba que los hombres se arrastraran a mis pies.

Cam se echó a reír sin apartar la vista de su celular. Comenzó a contar que un viejo amigo había subido una fotografía bastante atrevida al Facebook, odiaba esa cosa. Si querías enterarte de algún chisme solo tenías que pulsar el ícono azul con la puta F. Yo era persona de Instagram y Twitter. Aunque era casi lo mismo.

—¡No te lo creo! —Mike alzó el teléfono para mostrárselo a Dan y a Anna—. Em, tienes que enseñarnos tu antiguo yo en algún momento. ¡Que tet...!

Se detuvo viendo la reacción de mi amiga. Estaba a un paso de pasarse de la línea. Él lo sabía. Cam puso los ojos en blanco dándole un golpecito en el brazo. Le quité el teléfono de la mano observando la foto en el bar.

Tenía puesto el traje de cuero que utilizaba para llamar clientes. Mi tío odiaba que lo usara, pero funcionaba bastante bien para su negocio. Yo sostenía la botella en el aire, sentada a horcajadas en las piernas de Cam. Ella estaba acostada en la barra abriendo la boca para aceptar el licor. Anna estaba atrás alentando a Camila que siguiera bebiendo. Era una imagen bastante... buena. Ni idea de quién la había tomado, pero me traía tantos recuerdos.

Di media vuelta para ver a Dylan. Me topé con sus ojos, me estaba mirando sin ningún descaro, a pesar de que tenía a la

porrista en su regazo. Mi corazón se aceleró de una manera estúpida, no podía quedarme aquí, no con él sosteniendo a la rubia de ese modo.

Me levanté a toda prisa alejándome de la cafetería, o al menos ese era mi plan. Di media vuelta topándome con algo, el sonido de una bandeja golpeando el suelo, agua cayendo al piso y risas inconfundibles de todo el lugar me llegaron en segundos, antes de darme cuenta de lo que pasaba. Levanté la vista para encontrarme a Jenkins con toda la bandeja de comida derramada sobre su pecho.

¡Oh, Dios mío! Iba a matarme el grandulón. Mike se puso de pie en un nanosegundo, a la par del grandote. Mi respiración se agitó aún más.

—Lo siento —dije asustada.

—Presta atención —dijo, señalándome con el dedo—, si Dylan no tuviera razón de que no vale la pena pelearme con alguien como tú, estarías dentro de la piscina con toda tu ridícula ropa. Me estoy cansando de ti.

Digerí sus palabras dejando que solo las primeras me llegaran a la cabeza ¿No valía la pena? ¿Alguien como yo? intenté cerrar la boca, pero mi curiosidad fue más fuerte que yo.

—¿Dylan dijo... amm... Dylan dijo eso?

Jenkins soltó una carcajada que llamó la atención de todos los presentes. Ya nos observaban por la pequeña explosión de comida. No quería saber lo que Dylan había dicho. Ya estaba arrepentida, no debería saberlo. En qué estaba pensando. Me dispuse a marcharme cuando la voz del grandote me detuvo.

—¿Quieres saber qué dijo? —volvió a reír— ¡Creo que tienes una admiradora, Dy! —gritó—. Niña, él sale con modelos, porristas, chicas guapas clase AAA. Tú estás en la categoría de RDB, no encajarías nunca en una sección posible para hacerte caso. No eres nadie, mucho menos para él.

Mi corazón se derrumbó. El muy idiota lo había gritado a los diez vientos. No quería quitar los ojos de encima del hombre que se estaba partiendo de la risa. No quería ver quiénes eran el resto de personas que lo acompañaban, no quería saber qué cara tendría Dylan. Estaba al borde de la locura. Necesitaba defenderme, hacer algo. Me tomó unos segundos reaccionar, no valía la pena. Esto era parte de mi vida, pero estaba harta de no defenderme por miedo a empeorarlo. Estaba cansada de todo esto.

Me di la vuelta viendo a Dylan acercarse a Jenkins. Levantó el puño estrellándolo en la boca del grandote. Este soltó un alarido cubriéndose la cara. Cuando intentó hablar estaba lleno de sangre.

—¿Qué te pasa, Dy? Eso no era necesario, hermano.

—Te lo advertí, idiota, no te metas con ella.

Me gustaría haberme sentido halagada ante ese gesto, pero no fue así. Negué con la cabeza recogiendo mi bolso antes de marcharme, tras escena desagradable. Varios chicos del equipo de fútbol estaban ayudando a Jenkins a limpiarse la sangre y la comida. Dylan regresaba con toda tranquilidad a su mesa donde lo esperaba la rubia. ¿Me pregunto qué pensará después de esa escena? Como imaginaba, la chica lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja.



DYLAN

Intenté calmar mi corazón, que estaba acelerado, demasiado para ser algo normal. Ver a Jenkins gritarle a Emma, una vez más, había sido la gota que rebasó el vaso. No podía creerlo. Era estúpida toda esta situación, odiaba que ese idiota le faltara el respeto a las mujeres. No importaba si era Emma o cualquier otra, habría hecho lo mismo.

No era la primera vez que se lo advertía, el año pasado me paré frente a Hillary, una de las porristas principiantes. Jenkins gritó, la chica estaba tan asustada que pensé que se cagaría en sus bragas. Mientras todos en el equipo se reían de ella, yo me paré a defenderla. El problema fue cuando lo malinterpretó y pensó que estaba enamorado de ella, al final yo quedé peor que Jenkins.

Esta vez fue diferente, había algo en Emma que me gustaba, que me llamaba la atención. No sabía explicar qué era exactamente, pero la necesitaba en algún sentido raro. Pensar en ella como la atracción principal de mi mente era algo que no esperaba. Definitivamente esto era pura tensión sexual, era pura atracción. Se me quitaría el día que la hiciera mía, que la tuviera debajo de mí, pronunciando mi nombre. Ese día la sacaría de mi mente.

Ella era una bonita, pero no intentaba ser perfecta. Usaba ropa floja, sudaderos o suéteres de manga larga. Su cabello castaño claro recogido y esos ojos sin maquillaje que resaltaban en su pálida cara. Ojos café claro, definitivamente ese era mi

color de ojos favorito, al menos ahora. Cuando Mike se sentó frente a mí, una vez más, me di cuenta de que estaba ido en mis pensamientos.

—Sacaste tus impulsos de luchador —dijo Mike, riéndose como loco.

—Cierra la boca, imbécil —dije soltando un suspiro—. No fue mi intención, bueno, sí lo fue, pero no... no quería.

—Se lo merecía —dijo Dan mordiendo lo que sea que estaba en su tenedor.

—¡Claro que se lo merece! —dije un poco más alto de lo que pretendía.

Nadie se merece ser tratado de esa manera, ni siquiera la peor mierda del mundo. El levantarle la voz a una mujer es inaceptable. Yo era un idiota, eso tampoco era un secreto de estado, pero jamás fui un irrespetuoso. Mi madre me inculcó buenos valores, un punto extra para mamá de lo que el «gran» papá que tengo no había hecho.

Recordé a mamá, aquella mujer de cabello rubio hasta el hombro, su piel blanca. Era una mujer hermosa hasta que la muerte decidió llevársela. Pensé en cómo sería mi vida si ella aún estuviera aquí, la extrañaba. Me llevé la mano al tatuaje que tenía su nombre, si pudiera cambiar algo en mi vida, sería tenerla unos momentos más para decirle cuánto la quería.

Si algo he aprendido a lo largo de esta miserable vida, es eso, exactamente eso. El tiempo nunca es suficiente, por más que queramos, nunca lo es.

Cuando mis clases terminaron, Mike me mencionó ir a Sangría. Iría con Cam y los chicos. Sabía que Jenks estaría allí. No estaba seguro si quería verle la cara, pero en cierto sentido quería ir para olvidarme de todo. Necesitaba esto.

—Definitivamente iré —dije asintiendo con la cabeza—. Necesito... —no podía continuar, sería confesarle que Emma me tenía como estúpido.

—Soy tu mejor amigo —dijo Mike a punto de soltar una carcajada—, sé que necesitas sacarte a Emma de la cabeza.

—Nunca dije eso, es solo que Chris necesita un poco de mis atenciones especiales y pienso dárselas esta noche. Quiere que la atiendan —dijo con una sonrisa pícaro.

—Un día de estos terminarás con una enfermedad de transmisión sexual —dijo, frunciendo el ceño.

¡Mike siempre la caga! No quería pensar en cuántos habían tomado a Chris, era asqueroso. Sabía que con ella había que tener cuidado de lo que se hacía. Ella no era de las más confiables y si no paraba con una barriga de campeonato, lo haría con una enfermedad que la llevara directo a la tumba. Por eso es que yo no hacía fiesta sin gorrito. Mi querido pene siempre estaba cuidado al máximo. Me hacía chequeos diarios, me cuidaba muchísimo. Incluso una vez, hace mucho tiempo, una chica me dijo que nunca en su vida podría hacerme un oral, que era antihigiénico. Quise decirle que allí estaba mucho más limpio que el resto del cuerpo, pero al final decidí sacarla de casa, no estaba para sus críticas. Una semana después estaba rogando por mí, pero ya era demasiado tarde.

Llegué a casa bastante cansado de un día de entrenamiento y clases. Lo peor eran las clases, malditas clases, las odiaba. Definitivamente no era como esos *nerds* y *geeks*, que se sabían incluso el diccionario de memoria. No es que fuera tonto, gracias a mi inteligencia y mi capacidad de redundar en las respuestas, para aparentar un análisis completo, lograba pasarlas, porque eso de estudiar en casa no era lo mío.



Era poco común que papá estuviera aquí, trabajaba todo el día y pocas veces lo veía. Lo vi sumergido en su portátil, escribiendo como loco. Ese hombre es admirable por la cantidad de millones que ha hecho, es un magnate que nunca se permitió volver a amar.

—Hola, papá —saludo, sabiendo que no contestaría, tenía unos cuatro días de no dirigirle la palabra.

—¿Fuiste al entrenamiento? —preguntó sin apartar la vista de la pantalla.

—Sería bueno que me vieras a la cara cuando me hablas.

Por esa misma razón odiaba la tecnología. Uno vivía pegado al celular, observando quién le da *like* a la fotografía, quién se conectó, quién está en línea y no quien te habla. Todo gira alrededor de esa mierda y la comunicación de cara a cara se pierde ¿Qué, acaso el mundo no sabe que el contacto físico es lo mejor?

Era de las grandes críticas que le daba a la mitad del equipo, pasaban más tiempo viendo la pantalla de su teléfono que al partido, o a las porristas.

—Tengo que terminar estas estadísticas para medianoche —dijo sin siquiera levantar la mirada.

—Tengo un ojo morado —respondí intentando captar su atención.

—Ponte hielo, eso siempre ayuda —solté un suspiro cuando señaló la cocina, sin levantarse a verme el falso ojo morado que tenía.

—Eres una mierda de papá. ¿Lo sabías?

No quería decirlo de ese modo, pero muchas veces me hubiera gustado que papá no se hubiera perdido en su trabajo y fuera ese papá que yo necesitaba. Cuando vi que no iba a responderme, decidí subir. Quería descansar antes de ir a Sangría, lo necesitaba.



EMMA

—¿Vas a venir a Sangría? —preguntó Ann en el umbral de mi habitación.

—Iré —confirmé— ¿Vienes al salón de belleza conmigo?

Tenía un plan, uno que me estaba carcomiendo el cerebro desde que dejé las clases después del almuerzo. Me fui a comprar unos cuantos vestidos, muy propios de mi antiguo estilo. No era una cualquiera, mi ropa era elegante y en su mayoría hípster. Cam entró a la habitación, detrás de Anna, viendo las bolsas de ropa. No tenía que decirles lo que estaba pasando. Ellas ya slo sabían perfectamente.

Fuimos al salón de belleza donde habíamos concertado una cita. Teníamos tres horas para hacernos todo lo que necesitábamos. Sin pensarlo dos veces, pedí a la chica que me hiciera unos reflejos en las puntas, delgados pero en exceso, para que se vieran atractivos. Me cortaron las puntas del cabello, dándome otra vez forma, capas largas y fleco de medio lado. Me hicieron las ondas de cabello que tanto me gustaban. En menos de tres horas tenía tinte, corte y ropa nueva. Me coloqué un vestido negro, corto y con escote.

Quité la bandita que cubría mi tatuaje del antebrazo que decía *Fallen too far in a Beautiful Disaster*. Ya, no solo eran mis libros favoritos, me identificaba totalmente con la frase. Me maquillé como siempre lo había hecho antes de salir al trabajo en *Q'Bar*.

Coloqué creyón de labios rojos para intentar simular más labios de los que en realidad tenía. Me monté en los zapatos súper altos, tomé mi bolso y esperé a Cam y a Anna. Estaba lista y esperaba que el idiota de Jenkins estuviera ahí.

—¡Demonios! —se quejó Camila—, el lugar está repleto de gente.

—Prepárense, chicos, aquí vienen las *Killers*.

Sonreí al escuchar nuestro antiguo apodo. En la secundaria —como ahora— éramos inseparables, nos decían las *Killers*, en un principio odié ese apodo, pero poco a poco le fui tomando su cariñito.

—¡Aparten sus culos, chicas! —gritó Cam—. Estamos aquí. Creo que es la primera vez en una larga temporada que me siento como si por fin estamos juntas.

La entendía perfectamente, después del accidente perdí cualquier cordura. Ahora me estaba sintiendo yo, otra vez. No podía creer que un idiota y los celos por alguien que no conocía me hicieran recapacitar. Me regresaran a mi yo.

La música me llegó como recuerdo, el aroma a cigarrillos y cerveza eran para mí como dulce para un niño. Me sentía como en casa. Entré con la cabeza en alto ignorando las miradas de todos los idiotas. Debería estar acostumbrada a esa reacción, pero no, estaba fuera de línea. Me topé con varias miradas, lanzándoles una sonrisa forzada, mientras me encaminaba a la barra.

Me senté en el taburete viendo a la chica animada servir los tragos como si fuera lo más normal del mundo. Quise meterme a servir con ella, fue más un impulso que retuve dentro de mí. Cam pidió una botella de *whisky*, Buchanan's. Encontramos unos sillones cerca que aún no estaban ocupados. Tomamos asiento, dejando que el camarero sirviera la primera ronda.

Tomamos el primer trago sin chistar palabra. Las chicas sabían cómo comportarse de manera deseable. Serias, como si nada llamara su atención. Eran unas malditas seductoras, al igual que yo.

—Tenías razón —dije a Camila un poco gritado, por la música—, allí está Jenkins.

—Mátalo querida —dijo Anna—. Has que pruebe su propia sangre.

La mención de sangre trajo recuerdos desagradables a mi mente. Intenté mantener la compostura, llevándome el trago a los labios, bebiendo hasta la última gota que había en el vaso. El hielo tintineó un poco al quedar sin ningún color ambarino.

—¡Mike! —gritó Cam, lanzándose a sus brazos. Adiós compostura seductora. Puse los ojos en blanco antes de tomar la botella, dándole un giro en el aire, para servir los tragos, incluyendo el nuevo de Mike.

—¡Santo poder, Emma! ¿Qué te pasó?

Las tres soltamos una carcajada cuando Dan me reconoció. Mike giró rápido para captar que la que estaba sentada de pierna cruzada medio desnuda era yo. Me encogí de hombros recibiendo el vaso que me pasaba Anna para Dan. Eso que aún no me había visto parada. Dios, esto iba a ser tan divertido.

Media hora después y una botella nueva, necesitaba usar el baño. Me levanté con toda elegancia pasando frente a la mesa de Jenkins y el resto del equipo. Las chicas seguían rondando su mesa como cuervos listos para el ataque. Puse los ojos en blanco mientras movía las caderas; como si sincronizara mis pasos al ritmo de la música. Escuché un par de exclamaciones al pasar frente a los chicos. Los ignoré, como era debido.

Entré al baño revisando y retocando mi maquillaje. Me acomodé el sostén, peiné mi cabello con los dedos y salí.

Para mi maldita suerte lo primero que vi era a Dylan saludando a los chicos con un apretón de manos. Me quedé pasmada viéndolo moverse con una rubia como su sombra. La reconocí de inmediato, era la idiota que había interrumpido nuestro primer beso para atragantárselo ella. Negué con la cabeza viendo cómo se movía por el lugar, era un increíble dominante. La mitad de las miradas del lugar estaban puestas en él, tanto mujeres como hombres.

Lo vi acercarse a la mesa donde estábamos sentadas. Saludó de beso a mis dos amigas, presentando a la perra que estaba a su lado. Los celos me lastimaron en lo más profundo, aún no entiendo por qué estoy celosa. Me encaminé con toda tranquilidad a la mesa cuando un chico de ojos azules se interpuso en mi camino. Le sonreí con agrado, se veía un buen chico.

—¿Bailas? —preguntó señalando la pista de baile.

—Si es contigo, sí, claro que bailo.

Lo jalé a la pista de baile dejando que la inigualable música electrónica me llenara completa. Con los mejores movimientos que tenía bajo la manga, empecé a hacer mi magia. Subía y bajaba estimulando al chico, de manera que pocas lograrían con tan solo un baile. El pobre hombre no sabía qué hacer con sus manos, me tomaba de las caderas, agarraba mis manos, se restregaba la cabeza con desesperación. Sabía de lo que tenía ganas, podía sentirlo cada vez que me apretaba a su cuerpo. Estaba duro como una piedra.

Cuando la canción terminó de sonar le di una sonrisa dejándolo parado en la pista. Lo necesitaba para mi plan. Me encaminé de regreso a la mesa viendo que Dylan y la rubia se nos habían unido. Al llegar capté la mirada de Mike y de Dan, pero Dylan seguía absorto en lo que sea que Anna estaba contando.

—¡Mierda! Tú sí que sabes moverte —escuché la voz de Jenkins justo detrás de mí. Había funcionado. Llevé al pobre

chico justo frente a Jenkins para que me diera un vistazo. No me había reconocido, lo cual era bastante bueno. Me di media vuelta para fulminarlo con la mirada.

—¡Lárgate! —le grité por encima de la música.

—Tranquila bombón, solo quiero invitarte a una...

—Jenks —dijo el chico con el que había estado bailando —, yo la vi primero. Aléjate de ella.

—¡Vete a la mierda Mark! Esta preciosidad tiene que darme un baile caliente como el que te ha dado.

Me giré a la mesa enfrentando las miradas de mis amigos. No quería saber si estaban poniendo atención ellos, solo había una persona en la mesa que requería de mi atención. En efecto, las miradas estaban puestas en mi pequeño *show*. Jenkins había picado el anzuelo y ahora Dan y Mike no se lo podían creer.

Dylan pegó un brinco al verme. Me examinó de arriba para abajo, lo vi contener la respiración. Ya me había visto en bikini y en vestido blanco de playa pero nunca en uno de estos bebés de cuero. El traje era bastante pequeño, *strapless*. Coloqué unos aretes bastante grandes y un colgante de la runa angelical. Era delicado y adecuado.

—¿Emma? —Dylan estaba con la boca abierta, como si no pudiera creérselo.

—¿Sí? —pregunté con indiferencia—. Me permites un minuto, el idiota que tengo detrás no sabe ni quien soy. Déjame aclarárselo y regreso a ti, ¿sí, cariño?

Le di un guiño antes de encarar la situación que tenía a mis espaldas. Dylan seguía con la boca totalmente descolocada de su lugar. Mike y Dan soltaban una carcajada al ver tal escándalo. Mis amigas, por su parte, ya lo sabían así que no había nada de sorpresa con ellas.

—Lo siento, Jenkins —dije mordiéndome el labio—. Las ratas de biblioteca no se meten con jugadores de fútbol. ¿Ya se te olvidó nuestro encuentro de la tarde?

—¿Tú? No es imposible. ¿Qué te hiciste? Hace unas horas eras como un hombre vestido de mujer.

Sonreí para mis adentros. Era un idiota. Despidiéndolo con la mano lo vi quedarse pasmado antes de retirarse a su mesa. Me di la vuelta para encontrarme con Dylan, exactamente como lo había dejado. Estaba a un segundo de hablar cuando alguien me dio un toque en la espalda. Me giré para encontrar al chico de los ojos azules. Lo había olvidado completamente.

—Entonces... —dijo apenado.

—Te voy a ser honesta porque me pareces un buen chico —le acaricié el brazo—. No tienes por qué estar con una idiota como yo, hay miles de chicas buenas, evita las malas. Te juro que te evitaré muchos dolores de cabeza.

Le di un beso en la mejilla antes de dejarlo como un juguete tirado. Ignorando a Dylan, tomé la botella de la mesa, empuñándola en mi vaso, o al menos creo que era mi vaso. A este punto de la noche ya se mezclaron todos. Los demás en la mesa apartaron por fin la vista. La rubia le dio un jalón a Dylan esperando a que él reaccionara y regresara a su lado. No pude evitarlo, fue como una palabra vomitiva.

—Tu rubia exige tu atención —dije con una sonrisa en el rostro— ¿Qué paso con las porristas?

—Ella es porrista y no es *mi* rubia.

Le di un sorbito a mi trago observándolo con ojos seductores. Él tomó el suyo. Sin quitarnos la vista de encima acabé de un trago el vaso completo. Él hizo lo mismo. Dejó los dos vasos en la mesa antes de jalarme a la pista de baile. Escuché a la rubia gritarle por encima de la música, Lady Gaga en un estilo electrónico de su canción *Bad Romance* resonaba por todo el lugar.

Dylan tomó mis caderas moviéndose como un profesional, me sorprendió muchísimo como encajaban nuestros cuerpos en los lugares exactos. Envolví mis brazos en su cuello atrayéndolo más cerca, Dylan enterró su cara en mi cuello, lo sentí inhalar el aroma de mi perfume, o sudor. A esta altura ya no podía asimilar la situación.

Embriagada por sus movimientos dejé que este hombre me sedujera, en lugar de ser al contrario. Lo deseaba como niño desea un dulce. Sabía que era malo para mi sistema y aun así me dejé llevar. Estaba atrapada en sus encantos, me tenía, completamente.

—Por qué te alejas de mí, Dushy —susurró a mi oído.

—¿Dushy?

—Sí, nena, Dushy.

Qué diablos era Dushy. Recordé que Mike le dijo a Dylan Dushy después que me cortara el pie, pero ni una idea de que podía significar. Dándome la vuelta para quedar de espaldas a su pecho, Dy comenzó a mover sus caderas con más intensidad. Lo hacía como si me deseara, como si fuera suya. Quizá era de ese modo. Era suya, completamente suya.

—Responde, ¿por qué te alejas de mí?

Ya no me lo estaba preguntando de una manera dulce. Su voz se había transformado en una exigencia. No era ni el momento ni el lugar para verdades. Me quedé helada al pensar que Dylan y yo teníamos mucho en común. Más de lo que me gustaría admitir, no es como si fuera a decirle lo que opinaba.

—No salgo con *players* —dije, girándome para encararlo.

Abrió mucho los ojos quedándose estático. Su respiración era agitada y su mirada llena de dolor. Definitivamente mis palabras lo habían lastimado, o eso parecía al menos.

—¿Qué? —preguntó, negando con la cabeza.



—Tengo mucho que pagar en esta vida como para ser tan idiota y buscar algo que definitivamente pueda dañarme. Lo siento —lo dije pegada a su oído para no tenerlo que gritar.

—Dushy, no pienso hacerte daño.

Su voz sonaba como quebrada y sorprendida, como si le dijeran la peor noticia del mundo. Podía escuchar un hilo de súplica. Sonaba sincero, sonaba como si... me quité esa idea de la cabeza. No iba a caer en este juego. Tenía mis propias cartas que jugar.

—Tranquilo, Dushy —respondí con un movimiento de cadera—. Seremos amigos ¿Te parece?

—¿Tengo alguna otra opción?

Le sonreí dispuesta a no perderlo por completo. Podíamos vivir con el hecho de estar cerca pero lejos. Me caía demasiado bien para mandarlo a la mierda por completo. Una amistad sonaba mejor que no tenerlo. Mientras pensaba en esas palabras, ni yo me las creía. Era imposible estar lejos de él.

—No la tienes, Jenkins lo dijo. Los futbolistas y las lectoras no se mezclan.

Lo escuche reírse a mis espaldas. Estaba segura de que estaría maldiciendo a Jenkins en su cabeza. Una parte de mí sabía que era verdad. Dylan no estaba contento con mi respuesta, pero la respetaba.

—Tienes razón, Dushy, nuestros mundos no pueden mezclarse. Pero me importa un carajo las reglas del mundo, vas a ser mi amiga y voy a demostrarte que no soy capaz de lastimarte. Te lo prometo.

En mi cabeza pasaron distintas promesas que hacían mis héroes y heroínas literarias. Todas prometían cosas a personas que querían. Estas personas paraban muertas o lastimadas. No quería ser una de ellas. No podía sentir nada de lo que estaba sintiendo, tenía que ser fuerte.



DYLAN

No estoy completamente seguro de lo que acaba de pasar, pero bailar con Emma era la mejor maldita cosa del mundo. Estaba sudada, con tragos de más, su cuerpo se movía de manera que todo en mí estaba idiotizado. Podía sentir mi corazón como un maldito drogado dando de brincos.

Para ponerle una aceituna al Martini ¡había llamado a Emma Dushy! Eso sí no me lo puedo creer, ni por todo el alcohol del mundo, nunca. Dushy era una palabra sagrada, una que habíamos hecho con mi madre, mía y de ella... aunque ella juraba que algún día encontraría a una mujer con la que quisiera pasar el resto de mi vida.

¡La llamé Dushy! Pero es que aún no me lo creo. Quizá si lo ignoraba y no se lo decía a nadie, sería como si nada hubiera pasado. No sé qué tanto sea de ignorar, seguramente ella mañana no se acordará de esa palabra. Esperaba que no lo hiciera.

Me acosté en la cama, solo. No pensaba pasar la noche en casa, menos en mi cama, menos solo. No puedo creer cómo mi maldita vida se estaba volviendo tan... tan... no sé ni cómo se está volviendo, solo sé que estoy confundido y que mi vida se estaba descontrolando por una sola mujer ¡Una mujer!

No puedo permitirme eso, no puedo, tengo que encontrar mi control una vez más, voy a volverme loco. Me sobé la cabeza con desesperación. Esta noche no encontraría un sueño tranquilo, no podría pensar en nada más que esa cagada. Estaba en serios

problemas, en uno muy grande. Tomé mi celular, mandándole un mensaje a Mike, necesitaba ayuda inmediata de parte de él. Intervención, eso era, una buena intervención.

Yo: Estoy en la mierda, necesito ayuda urgente.

Mike: Son las cuatro de la madrugada y estoy ocupado. Te hablo mañana.

¿Cómo es que siempre lograba lo que se proponía? Esa mujer no era fácil de subyugar, allí estaba Mike, sometido en todo su esplendor.

Yo: Dominado.

Mike: Imbécil.

Dejé el celular una vez más en la mesita de noche concentrándome en el alcohol que aún corría por mis venas. Tenía que hacer todo lo que estaba en mis manos para ignorar el torbellino que se formaba en mi mente. Paz, necesitaba paz mental.

Esa noche para mi mala suerte, o buena... soñé con Emma. Finalmente la había hecho mía, en todas las posiciones posibles, mía solo mía y lo peor de todo, me gustaba lo que sentía.

Cuando desperté vi a mi hermana sentada en el taburete de la cocina, comiendo cereal con fruta. Papá mantenía una plática animada con su futuro marido; por un momento olvidé que mis hermanos estaban en casa. Odiaba que todo fuera para conocer al hombre que le quitaría el apellido a mi hermana mayor.

Nunca me llevé bien con ella, por lo que todo estaba bien, ella era muy superficial, con una manera pesada de ser. Esa hermana tan mierda que tengo va a casarse en unos meses, suponía, por lo que teníamos que conocer al idiota que pudo soportar a Dany.

—¡Qué aspecto! —dijo Dany señalándome— ¿Es que acaso nunca vas a madurar?



No estaba con resaca o alguna porquería de esas, era increíble, desvelado por pensar en Emma, pero me sentía bien.

—Vete a la mierda, Dany —dije, ignorando su queja de «¡qué boca!», no estaba para su humor— ¿Dónde está Key? —pregunté, viendo su equipaje en la entrada.

Por primera vez en un largo tiempo, papá levantó la mirada. Sus ojos azul oscuro se encontraron con los míos, tan parecidos. Rogaba por que nunca fueran tan fríos como los de él. Necesitaba mantener mi vida. Admiraba a ese hombre, pero esperaba, si algún día tenía familia, ser un ejemplo positivo para ellos.

—Bajó a la piscina, o a leer algo —frunció el ceño—. No dijo a dónde iba, solo que volvería pronto.

Quería ver a mi hermano, él era de lo mejor que tenía. No solo era mi compañero de batallas, era mi otro mejor amigo —aparte de Mike. De pequeños éramos inseparables.

Para hacer tiempo, esperando que Key decidiera subir, me puse a ver televisión. Necesitaba relajarme un poco antes de contarle lo que estaba pasando con Emma; él podría aconsejarme, era bueno en relaciones y conquistando mujeres difíciles. Nunca me había tocado una así, una que no viniera voluntariamente a mis brazos. Emma era diferente y eso me gustaba.





EMMA

Me levanté con la bendita alarma que acostumbraba poner para ir a la universidad, era sábado, por lo que maldije en voz alta, al tiempo que la apagaba. ¿Cómo me pudo pasar esto? Me recosté una vez más en la cama viendo el techo blanco. No tenía ningún tipo de resaca, a pesar de la cantidad de alcohol que le había metido a mi cuerpo. Me alegraba saber que no había perdido la habilidad, aún tenía el don de beber y meterle cuanta mierda a mi cuerpo sin preocuparme al siguiente día.

Decidí aprovechar la mañana, teniendo en cuenta que ya no iba a volver a dormirme. Hace mucho que había dejado mis clases *online* de música. Sería bueno desempolvar las cuerdas vocales. Extrañaba las clases que recibía todos los días en Virginia. Una de las únicas cosas que mamá había decidido pagarme con la intención de encarrilar mi vida. No lo logró por ese método, aun así, logró que encontrara algo que amaba. Saqué la *laptop*, escuchando la música, antes de comenzar a afinar. Sabía que con los alaridos despertaría a Cam y a Anna. No quería ser cruel, por lo que me limité a escuchar las lecciones antes de empezar.

Salí a la cocina, encendiendo la cafetera. Un buen café no me caería mal. En el balcón, tomé los audífonos de estudio color blanco. Logré comprarlos con una noche de propinas en el bar. Estaba consciente que en poco tiempo tendría que buscar trabajo, no podría mantenerme todo este tiempo en Florida con los ahorros de tres años. Era imposible a pesar de que eran bastantes, considerando que el bar y los conciertos daban mucho.

Una hora después, ya estaba desesperada por poder cantar. Desesperada tomé mis cosas y salí del apartamento. Baje al *lobby* del Trent. Saludé a Kyle, preguntando si el salón de lectura estaba ocupado. Sabía que era a prueba de sonido. Coloqué los audífonos, prendí el sistema y empecé con mis calentamientos vocales. Ya nada me importaba más que llegar a las notas que necesitaba para mi *ranking*. La pantalla marcaba los acordes que fallaba y los que lograba. Dejándome llevar por las canciones que pulsaba para llegar a tener *rankings* buenos.

Siete canciones después y cinco notas completas, estaba tranquila, satisfecha por mi logro. Mandé mis resultados a la academia esperando que ellos pudieran darme los puntos de vista tras haber escuchado mis grabaciones. No sé si era la emoción de todo lo pasado anoche, pero solo escogí canciones como *Raise me up*, *Amazing Grace* y *Over the rainbow*.

Al momento de quitarme los audífonos, unos aplausos llamaron mi atención. No quise ni girar la cabeza para ver quién era. Estaba colorada como un tomate. Tomando valor, me di media vuelta para encontrarme con unos ojos azules, profundos y preciosos. Le lancé una sonrisa instintiva.

—Impresionante —dijo, acercándose a los sillones—. Un placer, Derek —extendió su mano para que pudiera aceptar su saludo.

—Emma —dije, apretando ligeramente su mano.

Su cabello era color castaño claro, cortado en perfecta simetría peinado de lado. Llevaba una sudadera y unos pantalones cortos. Era guapo, bastante guapo. Me enfoqué en sus ojos una vez más, pensando en lo parecidos que eran a los de Dylan. Me mordí el labio al pensar en él. Tenía que dejar de verlo con ojos de cariño, era imposible. No podía enamorarme de él. Era peligroso.

—Estaba buscando un lugar tranquilo donde leer —dijo mostrando su libro—. Al escucharte me quedé atónito y olvidé

que estabas en un lugar donde se supone que tenía que haber silencio absoluto.

—Lo siento —me sonroje aún más—. Mis amigas aún no se levantaban, de seguro han de tener una resaca de campeonato y no quise interrumpir —señalé su libro con cara de sorpresa— ¿Ken Follet?

—Sí, no me mires de esa manera. Los libros son lo mío.

La boca se me desprendió instintivamente. No imaginé a alguien tan guapo con habilidades ocultas como la lectura. Amaba los libros igual que yo. ¡Dios mío! No pude evitar sonreír de oreja a oreja. En estos tiempos era tan difícil encontrar a alguien como Derek que amara los libros.

—También es lo mío —dije entusiasmada—. Tienes que darme tu usuario en *Goodreads*. Quizá puedas recomendarme algo que leer, de vez en cuando.

Pasamos como locos hablando de libros, definitivamente no leíamos lo mismo. Sus gustos eran más extremistas que los míos, yo me guiaba por todo lo Young-adult y New-adult. Él, por su parte, adoraba el misterio, la ficción; en lo único que coincidíamos era en lo clásico. Por un minuto pensé que iba a decirme que estudiaba o había estudiado literatura. Me llevé una gran sorpresa cuando dijo que estaba por terminar derecho. Era de admirar, no era una carrera fácil.

—Vives aquí —pregunté, cruzando los dedos.

—Qué va, vivo en Cambridge, Massachusetts. Vine de visita, mi familia es de por aquí.

Una punzada de decepción se quedó suspendida. Desvié la mirada a mi reloj, había pasado ya una hora. No tenía intenciones de volver al apartamento, estaba muy a gusto con Derek. Quería seguir platicando y conociendo a este chico que estaba distraendo todas mis locuras.

—Es una lástima —suspiré. Me tomó un segundo digerir sus palabras—. Espera ¿Cambridge? ¿Estás en Harvard! —exclamé demasiado impresionada.

—Hasta donde sé, así es como se llama mi universidad.

Negué con la cabeza con una sonrisa de estúpida. ¡Qué arrogante! Entrar a Harvard no era nada fácil. Mucho menos en derecho. No tardé en interrogarlo de cómo eran las pruebas de admisión y si ahí también tiraban la casa por la ventana en las fiestas. Según contaba parecía ser una universidad común y corriente. ¿Quién iba a decirlo? Pensé que eran cerebritos robóticos estudiando todo el tiempo.

—No sé si te apetece salir más tarde por un café —dijo después de revisar su teléfono—. Debo irme en poco, mis hermanos están insoportables. Saldremos a comer con papá. Si no llego rápido, mi hermano menor se irá a meter al gimnasio y quién diablos lo va a sacar de allí.

Se encogió de hombros demostrando poca empatía con el hecho de tener que ir. Sentí un poco de celos, a mí me hubiera encantado tener hermanos en algún momento de mi vida, y las tenía. Solo que no eran de sangre, en estos momentos deben estar en el piso de arriba alegando por qué me he ido sin un aviso.

Intercambiamos números, mientras él afirmaba que me llamaría por la tarde para salir a dar una vuelta. No pude evitar emocionarme ante la idea. Aunque sabía que esta emoción no iba a durar mucho tiempo, recordé que estaría aquí durante unas semanas.

Subí corriendo después de arreglar mis cosas en el salón de lectura. Llegué al apartamento viendo a Anna tirada en el sillón, con Cam del otro lado. Las dos con las tabletas especiales para diseño. Era gracioso cuando yo comparaba mi iPad con sus cosas esas. La mía solo tenía libros, las de ellas como cincuenta aplicaciones para diseñar y arreglar fotografías.

—¿Dónde estabas? —preguntaron las dos al mismo tiempo, sin apartar la vista de sus dispositivos. Anna estaba dibujando y Cam revisando su Twitter. Puse los ojos en blanco. Mis amigas jamás iban a cambiar.

—Salón de lectura, revisando mis clases de canto. Tuve un cinco de siete —dije con una gran sonrisa en el rostro.

Cam se puso de pie dando pequeños saltitos de excitación.

—¡Hagamos noche de Karaoke! —soltamos una carcajada ante las muecas de mi amiga. Las dos asentimos con la cabeza pensando en la comida que íbamos a preparar. Una noche de chicas, justo lo que necesitábamos.

—Empezamos a las siete —anuncié, al tiempo que tomaba mi bata de baño—. Puede que salga a tomar un café más tarde.

No di detalles, ni incluso cuando Cam preguntó si era con Dy. No dije nada por no contarles del chico con el que iría. No podía creer la suerte de encontrarme a dos Dioses en menos de un mes en el mismo edificio. Lo mejor de todo, los dos me habían invitado a salir. Solo que uno de ellos a una fiesta universitaria y el otro a tomar un café, quizá todo este cambio de vida no iba a ser tan malo, después de todo.

Derek había llamado a las tres de la tarde, indicándome que nos juntaríamos en el Starbucks frente a la playa. Amaba ese café, tenía una vista impresionante de la playa blanca de Florida. Para cambiar un poco la rutina pedí un *White Chocolate Frost*. Mi chico de los ojos gris oscuro pidió un Té chai.

Nos sentamos al aire libre frente a la playa a discutir una vez más de libros. Él me recomendó una serie de libros que nunca pensé en leer, entre ellos Dan Brown y John Grisham. Por mi parte quise sacar mi parte juguetona y le recomendé a E.L James y a Sylvia Day. Puso los ojos en blanco, no tuve ni que decirle de qué iban los libros, él lo sabía muy bien. Me reí para mis adentros.

Estaba segura de que los hombres tomaban los libros eróticos y aparentaban que no lo hacían. «Es cosa de mujeres» decían varios *bloggers*. Una parte de mí sabe que mienten, estaba segura de que ellos se deleitaban con la lectura pervertida, solo que no lo aceptaban. La naturaleza del ser humano se guía por el morbo, eso todos lo sabemos.

Me acomodé el cabello detrás de la oreja antes de tomar un trago de la pajita de mi bebida. Sentí los ojos de Derek taladrarme el cerebro, subí mi vista para encontrarlo sonriendo de una manera muy seductora. Me ruboricé al instante.

—Es de mala educación ver a las personas de ese modo —quise ocultar el rubor de mi rostro, pero estaba consciente que era imposible.

—Me gusta el rubor de tus mejillas —dijo con una sonrisa demasiado fascinante. ¡Santo poder! En cualquier momento podía derretirme.

—Sí, claro. Eso lo dices porque tú lo has provocado ¿no te da vergüenza andar ruborizando a la gente?

Soltó una carcajada, a la cual fue imposible no unirme. Me tomó por sorpresa tal reacción. Dejando su té sobre la mesa, calmó su agitado cuerpo. Muchas de las palabras que salían de mi boca eran por impulso, no las pensaba como era debido.

—No creo que me guste si es un chico, pero si es contigo... puedo aceptarlo.

Me volví a ruborizar ¡mierda! Esto no era nada bueno. Me atreví a preguntarle acerca de su carrera universitaria. Era uno de los mejores en su clase. No sé cómo lograba leer tantos libros al mes y aun así sacar notas impresionantes. «Mi carrera se basa en lectura y memorización de leyes. Resolución de casos y un poder de persuasión impresionante», dijo, dejándome claro que era bueno para todas esas cosas. No discutí más con él, de seguro saldría perdiendo.

—¿Qué hay de tu familia? —pregunté al cabo de una eternidad.

—Somos una familia pequeña, mis dos hermanos, papá y yo. Mi hermana y yo vivimos en estados diferentes, excepto mi hermano menor. Él quiso quedarse con papá.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté, sintiéndome un tanto culpable. No debería hacer preguntas tan directas a alguien que acabo de conocer, pero qué diablos, siento mucha curiosidad.

—Murió hace dos años. Cáncer.

No dijo nada más, estaba suficientemente arrepentida para preguntar cualquier cosa. ¿En qué estaba pensando cuando pregunté? Fruncí los labios para que supiera que no tenía que decir nada más. Tampoco le dije el típico «lo lamento» que todo mundo decía. No es por ser descortés o por alguna otra cosa. Es que simplemente lo detestaba. Después del accidente la gente se acercaba a mí a decirme «lo siento tanto» una y otra vez que le perdí el gusto a la palabra.

Suspiré un tanto melancólica ante el recuerdo.

—Tu turno, señorita. Cuéntame acerca de tu familia.

—No hay mucho que contar —me retorcí las manos en el regazo ocultándolas de su vista. Odio estos temas—. No les hablo desde hace mucho. Tomé decisiones en mi vida de las que no me siento orgullosa, al menos sé que ayudaron a ser la persona que soy ahora.

—Y eres una persona fantástica. Por lo que estoy agradecido que sufrieras un poco.

¿Un poco? Este hombre no tenía ni idea de lo que estaba hablando. No había sido un poco, había sido muchísimo. El saber que perdiste a alguien que querías te cerraba el corazón de varias maneras. Esta era mi manera de cerrarme, dejando a mi antigua yo.

Cerca de las seis de la tarde regresamos al Trent. Me despedí de él en el piso catorce dejando que fuera al piso que fuera. ¿Por qué no me había fijado en el botón que había pulsado? Debe haber sido porque estaba atónita en la plática. Hablar de libros me dejaba estúpida.

Al entrar al apartamento me di cuenta de que Mike, Dan y Dylan ya estaban sentados en los sillones frente al televisor. Me quedé helada viendo el cuerpo de ese Dios en todo su esplendor. Llevaba una camisa polo pegada a sus increíbles músculos, y un pantalón caqui que se ajustaban perfectamente a su trasero. Lo sabía sin verlo, los había usado antes en la universidad.

Dejé la bolsa en la encimera de la cocina, al tiempo que todos se giraban para verme. Agradecí estar bien arreglada. No sabía que estos hombres estarían en mi sala al momento de entrar. Se supone que sería noche de chicas. Eché un vistazo a la cocina, percatándome que Cam había cocinado todo tipo de boquitas que me abrían el apetito.

—¿Dónde estabas? —preguntó Dylan, colocándose de pie. No me equivoqué, esos pantalones se veían deliciosos.

—Ya te dije que tenía una cita, Dy —Cam se acercó con una gran sonrisa— ¿Cómo te fue?

Me lo pensé unos segundos antes de responder a su pregunta. No estaba segura si quería contarle mi increíble ida a tomar café con este chico que me parecía un sueño. No pude evitar lanzar una sonrisa, de esas que suelo poner cuando algo me hace muy feliz. Derek podía ser una buena distracción para quitarme a Dylan de la cabeza.

—Muy bien, bastante bien, para ser sincera.

—Detalles, Em, detalles —Anna me hizo un ademán para que tomara asiento junto a ella. Vi la mirada de Dylan de interrogación. Pensé en todas las mujeres que él me había restregado

en la cara y por un momento quise ver su reacción por lo que no me importó soltarlo todo. Bueno. Casi todo.

—Es lector, no leemos los mismos temas, pero... bueno es un gran avance. No sale mucho, estudia bastante y está cerca de graduarse —quería agregar que estudiaba en Harvard, pero me lo ahorré un poco para que Dylan no pensara que no podríamos avanzar en una relación lejana—. Puede que más tarde venga un rato —mentí—. Ahora tiene una cena con su padre y hermanos.

—Da igual —dijo Dylan, poniendo los ojos en blanco— ¿podemos empezar a beber ahora?

Su voz sonaba tranquila, pero su cara lo delataba, estaba molesto. Me reí para mis adentros dando brinquitos como loca, esto era una delicia. Tomé una cerveza encima de la hielera que tenía a la par del sillón, Cam era una prevenida. No iba a estar parándose a cada rato. Con un solo movimiento la destapé con la esquina de la mesa. La cual se dañó un poco pero no me importó. Le entregué la cerveza sin ninguna expresión. Si quería tomar, ahí lo tenía.

—¡Vas a arruinar la mesa, Em! —me regañó Anna. Ya sabía que esto iba a pasar Anna era la cuidadosa.

Cam ignoró las quejas de Anna y la mesa de madera nueva. Prendió mi *laptop*, colocando mi micrófono. Ella ya sabía cómo hacer todo eso, por lo que no me metería en la preparación del equipo, no quería dar a entender que esa vieja computadora era la mía.

No acostumbraba a ser la primera en cantar, siempre aparentaba ser la tímida que no sabía afinar ni la canción más fácil, para que, cuando lo hiciera, todos se tragaran sus quejas. Cam y Anna lo sabían, por lo que no insistieron en la primera ronda; en la cual me reí de Mike cantando *Like a virgin* con su súper coro Dylan y Dan. Las cervezas se habían ido acumulando y cuando era la segunda ronda decidí probar suerte.

No era ninguna suerte, escogí una canción suave, romántica, una que me gustaría cantarle a Dylan si nuestra relación fuera más fácil, ni siquiera teníamos una amistad ¿Qué diablos estaba pensando? *Try* de Nelly Furtado era la indicada, no para él, pero era la mejor que me salía hasta ahora. Los primeros acordes sonaron, tomé el micrófono cerrando los ojos como siempre lo hacía. Comencé a cantar la canción sin la necesidad de ver la letra.

Me negaba a dar la vuelta en las primeras estrofas, no quería ver la reacción de mis contrincantes de Karaoke. En un subidón de adrenalina abandoné mi timidez y me concentré en las personas, dándoles un *show* del que no podían quejarse. Alejé el micrófono, lo acerqué, le di cierto estilo a la canción, conociéndola de memoria. Para cantarla era de mis favoritas, para escribir, para llorar, para reír... simplemente era perfecta. Era mía y la dominaba, a mi gusto. Cuando di el gran final escuché los aplausos de mis amigos, aunque quería hacer una leve reverencia por los aplausos y ocultar mi sonrisa, lo único que conseguí fue mirar a Dylan que estaba con la boca abierta. Era el único que no aplaudía, o hacía algún gesto. Estaba atónito.

Sin pensarlo, coloqué una canción que nos identificaba, a mis amigas, tenía que crear una distracción antes de tirarme a sus brazos y besarlo hasta el amanecer. Las dos se pusieron de pie con un grito de excitación dejándose guiar por las notas que resonaban a todo volumen. Les dimos un *show* igual de divertido que el de ellos.

No dejábamos de reír, cantar y bailar. Dylan se pegó a mi espalda atrayéndome a él. Su respiración agitó a mi débil corazón, me tenía dominada. Dejé escapar un grito ahogado cuando sus labios se posaron en mi cuello. Estaba a un segundo de perder la cordura cuando mi teléfono vibró en la bolsa de mis vaqueros. Lo tomé de golpe, sin pensar en quién podía ser. Era un mensaje de WhatsApp, iba a ignorarlo —como siempre— pero el nombre de Derek llamó mi atención.

Derek: Qué tal la noche de karaoke ¿los dejaste sin habla?

Sonreí al pensar que él sabía perfectamente como sonaba mi voz.

Yo: ¿Tú qué crees?

Derek: envidio los oídos que escucharon esa melodiosa voz.

Solté una carcajada, sin apartar la vista del teléfono. Me tomó unos segundos darme cuenta de que el resto del grupo se quedó observándome escribir una respuesta. Levanté la vista, encogiéndome de hombros y señalé la pantalla.

—Me ha escrito —le digo a Camila. La verdad lo dije por Dylan, quería que lo supiera—. Solo me tomará un minuto.

Di responder.

Yo: ¿Qué tal tu cena?

Derek: El idiota de mi hermano no se quedó. Papá no está muy contento, pero así es él. Prefiere irse de fiesta que pasar tiempo con la familia.

Me quedé viendo el mensaje, sintiéndome muy identificada con él. Había cambiado tanto tiempo familiar por fiestas, no recordaba en qué momento papá y mamá dejaron de hablarme. Me sentía culpable. Nada de lo que hiciera regresaría el tiempo para poder cambiarlo. Quise responder de inmediato, pero unas manos arrebataron el teléfono apagándolo y dejándolo en la mesita de madera.

—Le hablarás cuando yo no esté enfrente ¡Maldita sea, Em! Odio verte sonriendo por otra persona.

Sabía que eran las cervezas que estaban hablando. Podía verlo en sus ojos llegando al cristal. Puse los ojos en blanco, concentrándome en mi hombre imposible. Momento, ¿acabo de decir mi hombre? Corrección, este hombre imposible. Después de un momento, Cam sacó el bendito tequila. Me tomé casi media botella con Dylan olvidando lo que pasaba a mi alrededor.

En menos tiempo del que pensé, estaba montada a horcajadas en las piernas de Dy en medio de la sala. Él me sostenía de la espalda para mantenerme más cerca suyo, susurrándome constantemente que lo estaba volviendo loco. No sé, ni me pregunten cómo es que logré perder la conciencia. No sabía si era culpa del alcohol o de los embriagadores besos. Pero cuando desperté, a la mañana siguiente, estaba acostada en el pecho desnudo de Dylan.



DYLAN

Ver a Emma sonreírle a ese puto teléfono fue la gota que rebasó la poca cordura que me quedaba, no era estúpido para ver que ese chico con el que salió hoy le atraía, no era como si no se le pintara en toda la cara. Estaba enojado y en el momento en que le arrebaté el teléfono a Emma ya no estaba pensando.

—Le hablarás cuando yo no esté enfrente. ¡Maldita sea, Em! Odio verte sonriendo por otra persona.

—Eres un exagerado, McGuire —dijo ella, regalándome una de esas sonrisas que tanto me gustaban.

—No es exagerado, solo... no lo hagas, Emma. No lo soporto.

Ella me jaló a sus brazos, seduciéndome con una sonrisa amplia, la tomé de las caderas y empecé a moverme al ritmo de la música. Dejé que mis sentidos se tornaran en agua. Todo se me resbalaba de las manos, no tenía control de nada.

Inhalé su aroma, dulce, como algodón de azúcar. Quería besar su cuello y sentirla, hacerla mía en esa maldita habitación que decía ser de ella. Si no me quería en su cama me importaba poco, la quería en el sillón, en el suelo... incluso en el balcón con las sillas de playa que acababan de comprar. Se veían nuevas y sin estrenar.

Tenía la mente en ella, en como la quería, en qué posición. La manera en que se movía, seduciéndome, invitándome a que la tocara.

Emma dio media vuelta, quería evitarlo, pero no pude. Tenía esa sonrisa que me estaba volviendo loco, no era la sensación normal que tenía con cualquier chica. Algo en ella me gustaba, demasiado. Tomé su barbilla viendo esos ojos marrones, tan profundos.

Me perdí en ellos. Eran... perfectos.

Cuando mis labios tocaron los de ella, fue una sensación única. Sus manos tomaron mi rostro, acercándome más, como si la maldita poca distancia que teníamos necesitara ser eliminada, nada era suficiente. Queríamos más. Mucho más.

La tomé de la cintura, levantándola para que envolviera sus piernas en mis caderas. La apreté contra mi pecho, su respiración era acelerada. Sus labios exigentes, dulces, con sabor a *whisky*. Estaba hipnotizado por sus besos, loco por unos segundos.

Me dejé caer al sillón con ella encima mío, tocando su espalda, acercándola más. Quizá ya no existía ningún espacio entre nosotros, pero la quería más cerca, quería estar dentro, hacerla mía.

A nuestro alrededor escuché a Mike silbarnos y a Cam gritarle algo a Emma, no era primera vez que nos besábamos, pero sí la primera en que nos veían. Era extraño de mí demostrar tanta pasión al besar a una mujer, Mike no estaba acostumbrado a verme de esta manera y las chicas me daban igual.

No quería que vieran lo que podíamos seguir haciendo, por lo que la tomé de la mano.

—¿Cuál es tu habitación? —pregunté con la respiración acelerada.

—¿Qué habitación? —preguntó también acelerada—. No, aún no, vamos a tomar un par de *shots*.

Emma era tan difícil, no iba a ponérmela fácil. Negando con la cabeza la acompañé a la mesa donde teníamos las bebidas,

sin pensarlo, ella tomó la botella empujándosela ¡Madre mía! Tenía toda mi vida de no ver a una mujer beber de ese modo. Era como si no tuviera garganta y era alcohol puro, sin ninguna mezcla de gaseosa.

—Me gusta el *whisky* —dijo apenada, cuando vio mi expresión.

—Me puedo dar cuenta de eso —respondí—, es como si no tuvieras garganta.

—¡Madre mía, lo siento! —se tapó la boca, poniéndose roja como un tomate.

Me reía ante ese gesto tan tierno. Así de contradictorio como suena, de pasar a ser una súper mujer tomando, pasó a ser la tierna chica tímida tapándose la boca. Definitivamente, Emma O'Brien tenía secretos en su pasado que no entendía. Lo había visto varias veces ya, en el momento en que estaba bailando con Mark, cuando le pegó a Jenkins y en cómo estaba tomando ahora.

Pensé en la salida de mañana con los chicos, definitivamente tenía que llevarla, se la pasaría increíble. Necesitaba ayudarla a relajarse, es como si la mayor parte ocultara a la verdadera Emma. Quería encontrarla debajo de todo, quería saber todo, a detalle, de lo que la hizo cambiar.

—Nena —dije, quitándole la botella de las manos—, a tu salud.

Le di un trago bastante largo, parecido al que ella había dado unos segundos atrás. Ella abrió muchos los ojos, como si eso le impresionara. ¿Qué, acaso tengo cara de que no sé tomar? Le di la botella sonriendo, no tenía que decirle que quería que tomara más. Quizá si le daba un poco más accedería a hablarme y contarme más de ella.

Primero nos terminamos la botella antes que ella abriera la boca, Emma era una tumba de mierda. Mi cabeza daba vueltas



y no sabía que estaba pasando, con exactitud. En algún momento perdí la camisa, estaba completamente desnudo del torso. Riendo por alguna estupidez con Mike, que también estaba sin camisa.

Anna y Dan estaban ausentes y Cam intentaba empujar a Mike a su habitación. Cansado de todo este juego, levanté a Emma del sillón, la coloqué como costal en mi hombro. Llevándola directo a su habitación, o al menos al cual Cam me mandó. Su risa era tan contagiosa que la apreté con más fuerza, pensando en lo bien que se sentía hacerla reír.

La acosté en la cama, quería poner atención a detalles en este lugar, algo que me dijera más de ella, pero estaba demasiado borracho para prestar atención. Mi cabeza era todo un caos. No podía pensar en nada más que penetrar a Emma y dejarla sin aliento, gritando mi nombre.

Mi pequeña rebelde se quitó el pantalón, tambaleándose como buena chica borracha, nada seductora. La risita que soltó antes de sostenerse de la cama me avisó que no podía continuar quitándose las cosas ella.

—¿Vas a besarme? —preguntó con una voz cortada.

Lo pensé, lo pensé y lo volví a pensar. ¡Quería más que besarla! Pero... si la besaba no podría parar, por alguna razón no podía, simplemente no podía continuar con esto, no cuando la necesitaba desesperadamente.

—Ven, vamos a la cama —quité las sábanas para taparnos con ellas, pero el calor era insoportable ¿Cómo lograba vivir sin aire acondicionado? O acaso no estaba puesto, ni idea, pero moría del calor.

La puse en mi pecho, abrazándola con fuerza, quería sentirla. Solo eso. Nuestra primera vez no sería borrachos, sería cuando los dos estuviéramos conscientes.

¡Demonios! Esto no está bien, para nada bien.



EMMA

—¿Estás segura de que no pasó? —preguntó Anna.

No recordaba con exactitud qué había hecho, pero sí estaba segura de que no habíamos llegado a la última fase del juego. Negué con la cabeza, incapaz de hablar nada más. Los chicos seguían durmiendo, Cam estaba con un paño húmedo en la cabeza tirada en la sala —que hasta este momento parecía casa de putas—; había vasos quebrados, latas de cerveza, botellas de alcohol, colillas de cigarrillos, cenizas por todo el piso. Esto era un asco.

—No pasó nada —repetí—. Sentiría algo extraño ¿no crees? Después de tanto tiempo.

—¡Mucha información! —gritó Cam desde el sillón—. Asegúrense de llamar a la señora Mathew para que venga a limpiar esta porquería. Me niego a hacerlo yo.

Anna y yo pusimos los ojos en blanco. Cam nunca limpiaba la casa, era deber de Anna y mío mantener el orden. La señora Mathew venía una vez por semana a encargarse de la ropa y la limpieza general. Hoy no era día, por lo que tendríamos que hacerlo nosotras.

Preparé seis sopas, pensando que todos la necesitaríamos. Yo la necesitaba, Cam también y ni hablar de la pobre Anna. Estaba segura de que los chicos estarían en las mismas. Anna no había querido dar detalles, pero, por su expresión, sabía lo que había hecho.

—¡Sopa vuelve a la vida! —gritó Mike, entrando a la cocina—. Creo que te amo mujer —me dijo, dándome un guiño de ojo.

—Contrólate bastardo, ella es mía —me tensé al escuchar su voz. Seguía sin camisa luciendo deliciosamente sus músculos, los tatuajes que se dibujaban en un perfecto negro en el hombro bajando hasta su muñeca; me llamaban como chocolate, era perfecto. Me fijé un poco más en su costado izquierdo, unas letras en caligrafía perfecta marcaban su piel. Quise preguntar qué decía, pero me contuve un poco.

Ni Cam, ni Ann suspiraron al verlo como yo. Sus hombres tenían lo suyo, no necesitaban ver a este Dios como yo lo hacía. Contuve la necesidad de meterme en sus brazos o jalarlo de regreso a la habitación para hacer lo que no hicimos la noche anterior.

Dejé que me besara la mejilla deteniéndose más tiempo del debido. Me ruboricé, lanzando una sonrisa de medio lado. Por unos segundos pensé en una vida así, junto a Dy, dándome besos de buenos días. Tratándome como si fuera suya, como si nada se pudiera interponer en nuestro camino.

Me di la vuelta para ver sus penetrantes ojos grises. No sé por qué había tenido que conocer a dos hombres tan atractivos al mismo tiempo. Le devolví el beso en la mejilla sin pensarlo. ¡Diablos! Últimamente estaba haciendo muchas cosas sin pensar.

—Eso fue... —me envolvió en sus brazos—increíble.

—Lo siento —murmuré, poniéndome del color del suéter de Dan.

—¿Cenamos hoy? —susurró para que solo yo pudiera escucharlo.

No quería hacerme la difícil, mucho menos después de haber dormido con él. Asentí ligeramente antes de señalar su sopa. Agradeció cada gesto de atención que le dedicué en ese

momento. Me sentía en el décimo cielo de Dylan. Una parte de mí gritaba que me alejara, que no siguiera a donde sea que me estaba dirigiendo. Pero otra muy grande me pedía que le diera una oportunidad. Así que decidí dársela. No tenía nada que perder.

La tarde transcurrió sin ningún percance. Me dediqué a terminar la reseña del libro asignado de la semana. Estudiar un poco las técnicas de escritura creativa y apuntar las ideas de mi narrativa. Amaba esas clases.

A eso de las seis pensé en irme a arreglar, aunque Cam y Anna estaban pegadas al televisor viendo los juegos del hambre. Me encanta esa película, por lo que le quité las palomitas de la mano a Cam y me senté a verla un rato. Solo debía ponerme un vestido lindo de noche y arreglar mi cabello. Nada del otro mundo.

Cuando sonó mi teléfono celular, ya estaba echándome el último vistazo a mi atuendo. Lucía bastante bien, me gustaba. Puse un vestido rojo tallado, con un cinturón negro. No era tan formal, pero al menos le daría una idea a Dylan de mis curvas. Apliqué perfume antes de salir de mi habitación. Cam había invitado a Dylan a entrar en el apartamento y discutían la película, lo cual era molesto. Ni siquiera habían leído el libro para juzgar su contenido. Puse los ojos en blanco aclarándome la garganta.

Dylan giró para fulminarme con su mirada de Dios. Llevaba una cazadora negra, vaqueros y camisa de botones blanca. No tan formal como hubiera esperado. Le sonreí tímidamente cuando su sonrisa me recorría el cuerpo, de arriba para abajo.

—¡Vaya! Eso es muy *sexy* —me tendió la mano, alejándome de mis amigas, que se despidieron con gestos de «usen protección» y «no beban de más». Quise gritarles que era una cena de amigos. Pero ni yo me creía esa.

El teléfono de Dy sonó antes al salir del estacionamiento. Su carro me tenía bastante impresionada. ¡Un deportivo negro! ¡Mierda! Lo hacía ver mucho más atractivo en este cacharro. Intenté no ponerle atención a su plática, pero fue un poco imposible. Dy le estaba gritando a quien sea que estuviera en la otra línea.

—No iré —dijo sin más—. Dile que no es mi problema, yo siempre estoy con él.

Sea quien sea que estaba en la otra línea hablaba sin parar. Dylan me hizo una mueca de bla, bla, bla mientras manejaba. No pude evitar soltar una risita estúpida. Era muy gracioso.

—Sí, estoy con una chica. Sí, es de la que te hablé, por lo que puedes darte cuenta de que es muy importante para mí. Tengo que colgar. Key, cállate. No estoy bromeando. No. Que no.

Sin más que decir pulso el botón de finalizar. No dijo nada, por lo que tampoco pregunté. Seguimos la carretera unos cinco minutos hasta llegar a una sala de billar. Giré en todas las direcciones, esperando ver un restaurante cerca. No, ninguno.

Comencé a tensarme por el lugar en el que estábamos, por la situación y porque el idiota que tengo al lado estaba muy relajado. Esto tiene que ser una broma. No puede ser que su salida a cenar sea en un puto bar. Ni de broma.

Entramos al lugar donde borrachos, motociclistas, matones, putas y adolescentes se mezclaban. Solté un suspiro cuando las miradas cayeron sobre mis piernas. Por qué, rayos, no me habían dejado el pantalón y la playera. Hubiera combinado mucho mejor. Me sentía expuesta con el mini vestido rojo.

—¿Es esto una broma? —pregunté, cuándo nos acercábamos a una mesa donde varios de los jugadores de la universidad estaban sentados, empinándose las malditas cervezas.

—No ¿por qué, no te gusta?

¿Qué si no me gustaba? ¡Carajo! Lo detestaba. Quería salir corriendo, tirarme bajo la mesa y rogar por que alguien me viniera a buscar. Mi antigua yo quizá estaría más cómoda que la nueva yo, aun así, estaría asustada.

—¡Dy! —gritó una chica de cabello negro y pantalones de cuero—. Cariño, te hemos estado esperando. Veo que trajiste una mascotita —dijo viéndome de arriba para abajo.

No había que decir para qué lo esperaban. La mirada de loba estaba marcada en toda su cara. ¡Joder! Esto parecía un prostíbulo. Dy saludó a todos en la mesa antes de señalarme un taburete. Escuché los murmullos de «es la que le pegó a Jenks» «RDB, es ella solo que más buena» puse los ojos en blanco. Era tedioso que todos pensarán en mí como alguien totalmente distinta. Siempre fui yo.

Intenté recordar que Dylan era solo mi amigo, nada más que mi amigo. No tenía por qué llevarme a un restaurante elegante, ni tenía por qué ser los dos solos. Esto era lo que hacían los amigos. Esto, nada más.

Soporté una hora sonriendo ante los chistes que no entendía, bebí dos cervezas para intentar encajar en este circo, e intenté verme lo más relajada posible, de seguro había fallado en todos los aspectos. Las miradas a mis piernas y pechos eran el pan de cada día de los idiotas de la mesa. Había perdido esa costumbre hace un tiempo. Que me vieran de pies a cabeza no era mi pasión.

Dylan se había ido con la morena, más o menos quince minutos atrás y aún no había vuelto. Sentí pánico, ira. Todo estaba mezclado. Una parte de mí sentía celos por haberse ido a la mierda con otra chica, la otra parte de mí estaba molesta y dolida. Tomé mi teléfono para mandar un mensaje de ayuda. Necesitaba salir de aquí.

Cam no contestaba, Anna, tampoco. Suspiré e hice lo que nunca pensé en hacer.

Yo: ¡Help!

Derek: Llego en diez minutos, no te preocupes, sé dónde queda.

Respondió después que le contara mi ubicación. No había tenido que darle muchas explicaciones, mi sencillo mensaje fue tan claro como esperaba. Tomé mi cerveza para darle un último trago. Un hombre con barba se me acercó demasiado, intentando aprovecharse de mí. Salí casi despepitada al baño, encerrándome con llave.

Por nada del mundo iba a salir hasta que Derek estuviera acá. ¿Qué diablos con Dylan? Estaba tan cabreada que si me lo ponían justo enfrente de mis narices le partiría la cara de un golpe. ¡Maldito bastardo! Me había dejado tirada en un bar de mala muerte con hombres intentando aprovecharse de mí. Mi teléfono sonó al cabo de diez minutos.

Me encaminé a la puerta de salida dándole un último vistazo a la mesa donde debería estar Dy. Aún no estaba, pero la morena estaba sentada con su sonrisa de recién follada. Solté el aire que estaba guardando, me sentía tan patética.

Antes de llegar a la puerta logré ver a Derek saludando a un par de personas, con toda su formalidad. Al momento que nuestras miradas se cruzaron se acercó dejando todo atrás. Se quitó la chaqueta colocándola en mis hombros para que pudiera taparme. Me encantaba que vistiera de Polo todo el tiempo. Me hizo pensar en cómo se vestía Dylan, a Derek se le veía tres veces mejor. O al menos eso pensaba hasta este momento.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien solo... sácame de aquí. Te lo ruego.

Tomándome del brazo me sacó de ese lugar. Nos acercamos a una camioneta de lujo color negro. Era una Mercedes-Benz GLA. Me quedé con la boca abierta, era demasiado hermosa. Digna de un abogado. También imagino que no ha de ser nada barata. Como todo un caballero me abrió la puerta del coche tendiéndome la mano para ayudarme a subir. Al prender el trasto una música inundó el ambiente, era tranquila y relajante. Me dio una sonrisa de medio lado que hizo que mi piel reaccionara. Dios, este hombre era un amor.

—Definitivamente ese vestido no era para usar en Billi's —soltó una carcajada—. No me digas que el idiota con el que has salido no te ha dicho a dónde iban.

Un vacío se formó en mi estómago. Claro que no me había dicho absolutamente nada. Era tan patético que admitirlo en voz alta era vergonzoso. Me encogí de hombros ignorando lo que estaba preguntando o más bien afirmando. Por suerte mi teléfono celular comenzó a sonar.

—¿Dónde diablos estás? —la voz llegó antes de poder decir siquiera algo.

—Camino a casa ¿Qué creías? Que iba a quedarme sentada en ese bar de mala muerte esperando a que un matón me violara. Lo siento, no soy de esas chicas.

—¿Dónde estás? —su voz estaba agitada—. ¡Carajo! Me está dando un ataque al maldito corazón ¿Dónde estás?

—¿Y ahora te preocupas por eso? ¡Vente a la mierda! Tú y yo no tenemos nada que hablar.

Colgué el teléfono sintiendo las lágrimas amenazar con salir de mis ojos. ¡Me estaba volviendo una débil! Pero a quién le importa. Mi corazón se estaba rompiendo. Tapé mi rostro, encogiéndome como una almeja, dejando que mi debilidad saliera a relucir. Tenía a un chico demasiado lindo a la par mía y estaba sufriendo por un grandísimo idiota.

—¡Eh! Emma, tranquila. No tienes que ponerte así por un hombre. Mucho menos por uno que te lleva a un bar de mierda.

Sentí sus manos en mi espalda subiendo y bajando para calmar mis malditos temblores. Tenía toda la razón, no valía la pena estar así por él. Mucho menos teniéndolo aquí para calmar mi noche. Cuando llegamos al Trent, Derek me ofreció ir a la piscina a platicar a los privados. La sola idea de estar sola en mi habitación era desgarradora por lo que acepté, dejándolo que me guiara a uno de los sillones reclinables. Para mi buena suerte, lejos del que usamos Dylan y yo tiempo atrás.

—¿Te gusta? —preguntó acomodándose.

—El lugar o el idiota —respondí sabiendo a lo que se refería.

—Bueno, ya vives aquí por lo que voy a deducir que es un sí. Me refiero al idiota. Aunque idiota es una palabra muy suave para describirlo.

Me lo pensé un buen momento. Para mi pésima suerte estaba haciendo todo lo que había juzgado, todo de lo que había corrido toda mi vida. Siempre lo dije y lo seguía repitiendo. La gente enamorada hace locuras al punto de la estupidez. He aquí el resultado. Estaba cayendo y no había nadie que pudiera detener la caída. El corazón roto no tiene solución, una vez herido no hay vuelta atrás.

—Ni siquiera lo conozco lo suficiente para decir que me duele todo esto. Es estúpido pero hay algo que vibra en mí rogando que él sea para mí. Sabes —dije sintiéndome una tonta por estar aquí contándole a él—, de algún modo sabía que esto pasaría. ¡Karma!

—¿No me digas que crees en el karma?

—Desde el alma hasta el cuerpo —le dije con una risita estúpida. Claro que creo en el karma. La gente es algo ilusa por no creer.

En un pasado no creía en nada, ni en la religión, ni en el karma, ni en el poder divino. Creía en mí, en nada más. Nada importaba. Mi madre era una devota a la religión, una de las razones por lo que me había dado la patada cuando mi mundo empezó a perder el control. Mi mejor amigo de la infancia, John, era la persona que, a pesar de toda la porquería que tiraba, me aceptaba como era. Cam y Anna también estuvieron ahí para mí. Ellas eran del tipo de amigas que te aconsejaban, pero no se metían en tu vida. John era lo contrario, él creía que podía controlarme, que podía componer mi vida. En cierto punto lo logró. John había cambiado mi vida.

El teléfono celular de Derek sonó. Él soltó un soplido fuerte antes de atenderlo.

—Dany ¿Qué pasa? ¿Qué quieres decir que perdió el control? ¡Mierda! ¿Dónde está papá? —Derek se quedó un momento perdido en la conversación—. Pásame a ese bastardo. ¿En qué rayos estabas pensando? Lo sé, suele pasar. No te preocupes, no vas a perderla. Es estúpido, pero tú eres aún más estúpido. Déjalo así, llegó el momento. Que limpien tu desastre antes de que papá llegue.

Colgó el teléfono viendo la pantalla sin decir una palabra.

—Lo siento, Emma, mi hermano pequeño tiene una pequeña crisis. Nunca pensé ver el día en que se enamorara. Es una locura —soltó una carcajada que hizo que me diera el ataque a mí también—. Esta chica le gusta mucho y al parecer no ha hecho nada bien desde que la conoce. No sé por qué te cuento todo esto, es algo estúpido, pero en cierto punto me siento hermano orgulloso. Quizá sea ella quien lo calme. Es un chiquillo tierno, solo no sabe sacar su yo interior.

Sonreí ante la noticia. Por como hablaba de su hermano pequeño me dio a entender que eran una familia unida. Nunca había tenido la dicha de tener ese tipo de cariño fraternal.

Ni siquiera tenía una hermana con la que platicar, ni sentirme orgullosa. Al menos de sangre. Pero si tenía dos locas en el piso de arriba. Sonreí ante la idea. La verdad es que amaba a mis amigas como mi pura sangre.

—No pierdas tu tiempo —dije, dándole una palmada en la espalda—. Corre con tu hermanito y dale un par de consejos de cómo ser un buen caballero. Estoy segura de que si le enseñas bien, las cosas estarán bien.

—¿No quieres que le dé un par de consejos a tu Romeo? —bromeó, al tiempo que se ponía de pie—. O una paliza, soy muy bueno en la pelea aunque no lo parezca.

Pensé en Derek y Dylan dándose de puñetazos. No era por ser cruel con Derek, pero era evidente que Dylan lo aplastaría como una cucaracha. De todos modos era un jugador de fútbol. Debía estar acostumbrado a que le den.

Después de convencerlo de que ya estaba en casa, a salvo. Se alejó con su galante figura hasta desaparecer por la puerta corrediza. Esto era toda una tortura. Dylan me había humillado. Lo odiaba por eso. Lo odiaba con mis fuerzas. Tomando una bocanada de aire subí al apartamento. Era hora de regresar a mi realidad.



EMMA

Dylan: ¡Vamos, Emma! No puedes estar enojada toda tu vida.

Yo: No voy a enojarme por algo que no me importa. Solo somos amigos, por lo que no hay nada de qué preocuparse.

Respondí después del sexto mensaje. Me pasé todo el domingo escribiendo y leyendo. Había sido un día perfecto. No quería que Dylan me atosigara de mensajes ni llamadas por lo que apagué el celular. Derek, por su parte, me había llevado a un restaurante italiano que quedaba a una hora de camino. La habíamos pasado de lo mejor. Hablamos de música, libros, películas, futuros estrenos. Hablamos de todas las cosas, por más estúpidas que fueran.

En un momento de debilidad le conté lo que había sucedido en el accidente, como me habían abandonado mis padres, mi mejor amigo, mi familia. Estaba sola en este mundo. Trabajé día y noche para tener un fondo de ahorro para poder ir a la universidad.

Ahora necesitaba un trabajo nuevo para poder seguir manteniéndome tranquila durante estos cuatro años que tenía por delante. Lo primero que pensé fue en un bar. Derek rechazó esa propuesta indicándome que tal vez sería mejor en Starbucks, de esa manera tendríamos bebidas gratis. Me reí ante la idea en ese instante, pero entre más me lo pensaba, más creía que era una excelente opción.

Cuando entré a mi clase de literatura clásica, encontré un *Ice coffee* con una nota que decía «disfrútalo, nena. Lo siento mucho» no tenía que preguntar de quién era, la respuesta era obvia. No iba a tirarlo a la basura solo porque Dylan me lo había enviado. Revisé mis apuntes, esperando a que Lizzie dijera algo acerca de ese gesto. Dylan se pasaba de dulce conmigo, no era un secreto, pero como se pasaba de dulce también de imbécil, lo cual era normal para cualquiera.

—No puedo creer que te trajera café frío. Es tan adorable.

—No lo es —afirmé—. Solo se está sintiendo como la mierda.

—Ah, sí. Claro, casi olvido el incidente del bar.

Me quedé como piedra ¿Cómo rayos lo sabía? Me le quedé viendo con los ojos muy abiertos, esperando una explicación. Liz se dio media vuelta para quedar justo frente a mi cara de idiotizada. El sonido de su risa me llegó después de su expresión de sorpresa.

—No me digas que no has visto Twitter. Pon *hashtag FUNews*, desde que enfrentaste a Jenkins sales todos los días en ellas. Leí un *tweet* que decía que estabas en Billi's con Dylan, otro que decía, le dio plantón y ella se desapareció con otro. Había muchos de ellos que opinan que tu relación con Dy es puro sexo.

Apreté los ojos con fuerzas, esto era caótico, no tenía ni la menor idea de cómo había pasado semejante pavada. Tomé mi iPad revisando con mucho cuidado el Twitter. Una vez más. Mis seguidores se habían incrementado, tenía más de ciento cuarenta notificaciones. Esto era un asco. Leí unas veinte notificaciones cuando entró el señor Roberts. Eran tan estúpidas las cosas que leía.

Los rumores de una relación de amigos con derecho se habían corrido por todas partes, incluso comentaban como me había enamorado de Dylan y él solo me usaba como su arma sexual.

¡Fantástico!

Al momento de entrar a la cafetería me arrepentí. Todas las miradas viajaron en mi dirección. Cam susurró cosas entre dientes mientras Anna se ponía colorada, ellas amaban la atención, pero no de este tipo. Antes de llegar a la mesa cerca de Cristian y Liz, Dylan llegó corriendo como rayo. Tenía una bandeja que parecía demasiado elegante para ser de la cafetería. Al acercarse más me di cuenta de que la comida iba tapada y que tenía una rosa blanca reposada en la tapadera.

—Te traje almuerzo —dijo, acercándose al lado de Cristian—. ¡Eh! —saludó— ¿Cómo están?

Asentó la comida en la mesa, Cam estaba sentada junto a Mike entrelazando sus manos, Anna recibía un café de las manos de Dan, no sé en qué momento sus vidas se volvieron mucho más fáciles que la mía. Mi concentración se volvió a Dy que sostenía la rosa en sus manos. Sabía perfectamente que las miradas de todos estaban posadas en ese gesto. Negué con la cabeza decidiendo si salir corriendo o quedarme y encarar la situación. Opté por la opción intermedia, le di una sonrisa antes de dejarlo con la rosa en las manos y sentarme junto a Cam.

—¿No vas a hablarme? —preguntó, acercándose la bandeja que había traído. Olía como a gloria, sea lo que sea que estaba debajo del plato estaría como manjar en el paladar.

—No has dicho nada que tenga que responder hasta ahora. ¿Qué es? —pregunté señalando la comida. Al menos no iba a rechazarla, estaba muerta de hambre.

—Pasta a la carbonara —se encogía de hombros dejándome con la cara pasmada ¿Cómo es que sabe cuál era mi comida favorita? No tuve que pensarlo dos veces. Me giré para ver a Cam con cara de pocos amigos. Ella señaló en dirección de Anna que se había quedado con el café a unos centímetros cerca de los labios.

—Ah, vale. Fui yo. Lo siento, pero puede ser muy persuasivo cuando quiere.

Negando con la cabeza le lancé una mirada antes de atacar mi plato. Estaba delicioso. Dylan estaba comiendo exactamente lo mismo que yo y comentaba como era que nunca había probado esta pasta. Era una receta sencilla de pasta con huevo tocino y queso parmesano. Intenté ignorar el hecho que ninguno había dicho nada acerca de la noche en Billi's. No era ni el lugar, ni el momento. Me quité la imagen de la morena intentando seducir a Dy. No quería pensarlo, porque según lo había logrado. Una parte de mí se sentía celosa, pero tampoco me podía dar el gusto de sentirme de ese modo. Solo éramos amigos ¿cierto?

—Lo lamento —susurró en mi oído cuando estábamos saliendo de la cafetería—. Casi muero cuando no te vi en ninguna parte del bar. Pensé que quizá te habían raptado.

—Eso debiste de haberlo pensado antes de dejarme tirada. Estaba muerta del miedo —confesé, para hacerlo sentir peor de lo que ya se le veía.

—De verdad. Lo lamento tanto Dushy.

Sonreí al escuchar la palabra «Dushy», no tenía ni idea qué significaba, pero amaba que me lo dijera. Le lancé una sonrisa para nada significativa, intentando mantener a la idiota que quería salir corriendo de la emoción. Plantándome un beso en la mejilla frente a mi clase de historia desapareció en el pasillo. Su camisa de entrenamiento fue lo último que vi sintiendo ese nudo en la garganta. Definitivamente estaba colgando en un hilo de todo esto.

—¡Mike! —lo llamé al entrar al apartamento. Por alguna extraña razón sabía que estaba por aquí, parecía como si de pronto

teníamos un nuevo compañero de apartamento. Sonreí ante la idea, mi amiga había pasado por tantas cosas antes de encontrar a Mike y, a decir verdad, era agradable tenerlo por aquí.

—¿Qué haces llamando a mi hombre? —preguntó Cam, acercándose junto a Mike.

—¿Qué pasa, niña? ¿Todo bien? —tomó a mi amiga para sentarla en su regazo.

—No. No lo sé. Solo quiero saber qué es Dushy.

—¿Dushy? —soltó una carcajada—. Ese idiota no ha caído en la cuenta que te llama de esa manera. Es muy privado, una palabra muy especial para él. No puedo quemar a mi primo, querida, lo siento. Aún no puedo creer que te diga de esa manera.

—¿Primo?

Me quedé observándolo un momento. Mike y Dylan no se parecían mucho, puede que solo en la piel color bronce. Mike asintió lentamente con la cabeza. Explicó que su madre era hermana del padre de Dylan, nunca me lo hubiera imaginado. Tenía un poco de lógica que los dos fueran bastante cercanos, por la simple curiosidad que demanda la vida, pregunté por Dan. Solo me faltaba que fuera un primo perdido o algo por el estilo. No, ni de cerca, lo habían conocido en la secundaria y desde ese momento habían sido muy buenos amigos.

La pregunta del significado de Dushy me tenía paralizada, algo especial para él. Una emoción que iba de Marte a la tierra salió de mi cuerpo. ¡Dios era especial para él! como sea, la palabra era linda, me gustaba bastante.

Tomando mi libro nuevo de literatura clásica, me senté a leer. Nunca en mi vida había leído teatro, pero parecía ser algo interesante. Me sumergí en los diálogos, en las escenas y representé la obra en mi cabeza. Me gustó, pero no me fascinó. Me quedo con la novela normal. Este rollo de Shakespeare no era, para nada, lo mío.

La semana se pasó sin ningún percance. Decidida a mantener mi distancia con el señor seductor; fue mucho más difícil de lo que pensé. Toda la semana se pasó mandándome cafés fríos, flores, chocolates. El almuerzo de primera se estaba volviendo una muy mala costumbre. No quería admitir que hace más de tres días lo había perdonado. Sería estúpido, volvería a pasar por lo mismo.

Septiembre estaba llegando a su fin y octubre hacía su gran aparición. Halloween; desde ya empezaba a disfrutar de esta temporada naranja, con excepción de que todo se volvía de calabaza, hasta el café.

—¿Dushy? —preguntó Dylan, acercándose al lugar donde habíamos decidido acampar con Liz y Cristian. Se estaba convirtiendo en el lugar habitual.

—Estoy ocupada Dy. ¿Necesitas algo? —dije, sin apartar la vista del libro que había alquilado en la biblioteca.

—Déjate de tanta cosa, Em. No puedes estar evitándome todo este tiempo, se supone que somos amigos y los amigos aceptan las cagadas de los otros. Así que déjate de inmadureces.

Me quedé como piedra. ¡Mierda! Es cierto, somos solo amigos, solo somos malditamente amigos. No puedo ponerme en plan de loca compulsiva. Estaba reaccionando como todas esas chicas que se nublaban la vista para ser de esas celosas, locas que corrían detrás de sus novios y les gritaban cosas como «estás con esa puta» o «¡me engañaste con esa!», y la mayor parte de las veces eran puros inventos. Estaba segura de que algo así era.

—Sabes que, Dy, tienes razón —dije bajando el libro alquilado. Me encantaría tener mis propios libros, pero la billetera no me daba para gastar el dinero de esa manera. Tenía que buscar trabajo, tarde o temprano. Me puse de pie para que esta vez pudiéramos estar a la misma altura—. Somos solo amigos, ¿sabes por qué?



Dylan levantó una ceja pensando en mis palabras. Después de unos segundos, esperando mi respuesta, decidí levantarme los lentes de sol para tener un mejor acceso. Me gustaba mucho Dylan y eso era lo peor de todo esto.

—Tú y yo somos iguales, estamos catalogados como algo del momento, ¿no leíste las redes sociales? Soy tu puta amiga con derecho. Algo en lo que nunca valdría la pena formalizar ni una maldita amistad.

Me di la vuelta sin esperar respuesta. Liz se quedó paralizada por unos momentos antes de seguirme de vuelta al campus universitario. En alguna parte de mi mente, Derek hizo su gran aparición. Él sería ideal para mí, un partido que valía la pena. Valía para cualquiera menos a mí. Yo era el peor partido que todos podían tener, no tenía corazón, ni sentimientos. No tengo nada en esta vida que valga la pena.





DYLAN

Me quedé viendo la espalda de la mujer que me estaba volviendo loco. Su amiga de cabello negro me veía con ojos de gato, le tardó tres segundos en seguirla. Me quedé parado con cara de idiota. Era consciente que muchas personas me estaban viendo, esperaba que nadie la hubiera escuchado. Por favor, que no la escuchara nadie. Detestaba que divulgaran mi maldita vida en redes sociales, por algo evitaba tener esa mierda de redes sociales.

Enojado por su arrebató, me fui al único lugar donde era consciente que no necesitaba de una mujer para ser feliz. Podía tener a todas esas porristas de minifalda moviendo el culo como locas. Me fui directo a los vestidores para ponerme mi traje de entrenamiento. Me topé a Mike al teléfono. Ese idiota si estaba colgando de los huevos por esa mujer, no me caía para nada mal. Al contrario, es una descarada de primera, es estupenda para él, le pone orden.

—Dy, tienes cara de mierda. Supongo que Emma sigue siendo difícil.

—Difícil se queda corto. Me saca la poca cordura que tengo, en todos los malditos sentidos. Se sinceró con tu primo ¿Tan mal partido soy?

Mike soltó una carcajada ante mi pregunta. Le fruncí el ceño, no estaba bromeando con él. La mujer me tocó mi lado sensible. Uno que nunca pensé tener. ¡Jesús! Me estaba volviendo un gran marica. ¿Quién diablos se preocupa por lo que una mujer

diga? No es por ser machista, pero no las escuchaba ni a ellas ni a ellos, no escuchaba a nadie que no me importara. Todos en este mundo me valían. Las críticas, los chismes eran algo que no encajaban conmigo.

—Mira, Dy, no eres mal partido. Estás forrado, tu familia genera dinero hasta cuando van al baño, eres «guapo» y tienes un cuerpo de campeonato que te ha costado un testículo. Así que eres un maldito buen partido.

Me puse a pensar en las palabras de mi primo. Normalmente, el idiota decía las verdades en sarcasmo, no escuché nada en esa oración. Decidí creerle por esta vez, lo necesitaba. Tenía la autostima por el suelo. ¿Cómo podía ser posible? La única mujer que me había interesado me rechazaba de manera tan evidente.

Sabía que me deseaba, podía verlo en su mirada. No era la típica mirada que me daban todas las chicas, era una mirada sincera, llena de deseo y lujuria. Estaba seguro de que la ponía caliente, al igual que a todas. La diferencia era que ella no dejaba caer sus bragas con facilidad. Tampoco quería tener sexo con ella. Si lo teníamos de seguro se me pasaba la gana de estar juntos, volviéndola una más en la lista.

Entré al campo de fútbol sabiendo que ella no estaría presente, nunca venía. Empezamos a correr con Mike y Dan, tres vueltas al campo serían suficientes. Jenkins estaba listo para empezar el entrenamiento, ese bastardo nos hace quedar mal a todos, siempre está antes en el entrenamiento. Al momento de terminar de correr, estaba sudando como un cerdo.

Observé a las porristas hacer sus estiramientos, no tenía ni idea de cómo era posible tanta flexibilidad, pero en la cama era de mucha ayuda, daba la opción de ser bastante creativo. Los ojos de Chris se encontraron con los míos, no era que me quitara el aliento. Ninguna lo lograba, aun así, era guapa. Se acercó moviendo sus caderas de forma seductora, sabía que me encantaba ese movimiento.

—Cariño —dijo con su voz de perra— ¿has venido a verme?

Entrecerré los ojos, ante su comentario tan poco acertado. Nunca las buscaba a ellas, ellas solitas llegaban como buitres. Todas eran de ese modo, tan fáciles de conquistar. Chris nunca fue la excepción. Sabía lo mucho que deseaba ser mía, pero yo no podía estar con alguien como ella.

—Sabes que nunca te buscaría a menos que estuviera demasiado necesitado, Chris —le lancé una sonrisa, de ese tipo que hacía que se mojara las bragas. A pesar de la dureza en mi voz, esa sonrisa la calmaba.

—Eres un chiquillo —soltó una risita insoportable. Odio esas risitas de niña idiota. Deberían de estar prohibidas.

—Sí, claro —respondí con ironía. Estaba a unos segundos de marcharme cuando Chris sacó el tema que no debía ser nombrado.

—Le estás rogando a la rata ¿no es así?

¿Rata? Odiaba que la llamaran de ese modo, ella era mucho más que una lectora compulsiva. Incluso había dejado de molestar a los *geeks* lectores raros de biblioteca. Cada vez que veía a uno lo saludaba con respeto. Ellos eran la gente de mi chica, quería que me aceptaran de algún modo. Ridículo, lo sé, pero quería entender su mundo, no pertenecer a él pero sí aceptarlo. Ella ni siquiera me quería de ese modo ¿Por qué quería impresionarla?

—Ni se te ocurra llamarla así de nuevo. No le estoy rogando, es solo mi amiga.

—Por favor —dijo con un bufido— ¡Tú no tienes amigas!

Estaba empezando a considerar que de verdad no valía nada para ninguna persona, era algo triste. ¡Qué más da! Nunca me han importado las personas y su opinión. En realidad me resbala mucho lo que dicen todos. Muchas veces a la única persona que escuchaba era a mamá. Esa mujer sí era de admirar, daba

los mejores consejos, en el mejor momento. En cambio, mi padre era todo lo contrario, lo único que sabía hacer era gritar como loco.

Recuerdo que de pequeño tenía que taponarle los oídos a Dany —mi hermana mayor— para que no enloqueciera, era la más débil, a pesar de ser la mayor. Después que mi hermano se fuera a estudiar lejos. Ella lo siguió a otro estado completamente distinto. Nunca fui una miel para tratar a las mujeres como Chris, por lo que le lancé una sonrisa agradable.

—Corrección, cariño. No tengo amigas como tú, no valen la pena más que para follar.

Me di la vuelta dejándola con la mandíbula desprendida. Siempre le sorprendía cuando la trataba como se lo merecía ¿Por qué se sorprende? Casi nadie la trata bien, es una zorra que está disponible las veinticuatro horas para mí.

Pasé saludando a Kyle —el portero del Trent— era un viejo bastante agradable. Pulse el botón para llamar al ascensor cuando recordé a esa loca, sudada, chocando contra mi cuerpo. El sudor no me daba asco. Estaba acostumbrado. Toparme a la chica de pelo castaño y ojos cafés me dejaba sin aliento, más cuando venía jadeando como desquiciada. La imaginé en mi cama retorciéndose y jadeando mi nombre al instante. Era hermosa.

—¡Detén el ascensor! —gritó alguien detrás de mí. Era Camila. La dejé entrar, al tiempo que pulsaba el botón catorce, sabiendo que era su piso.

—¿Qué tal, Cam? —pregunté recostándome en la pared de espejo.

—Mejor que tú, por lo visto. Las cosas con Emma siguen como la mierda, ¿verdad?

Solté un bufido. Mejor no lo pudo haber dicho, la verdad es que la mujer me tenía babeando como un bebé. La deseaba

como loco. Esos besos llenos de pasión y dulzura eran el toque de mi vida. Los recordaba con deseo de repetirlos, la necesitaba en lo más profundo. No iba a admitirlo, ni siquiera borracho.

—¿Algún consejo? —pregunté al darme cuenta de que estábamos cerca de su planta.

Las puertas se abrieron, las sostuve para que Cam pudiera decir algo que me sirviera de luz verde para actuar. Ella se encogió de hombros dándome una mirada con esos ojos negros.

—La llevaste a un bar, la dejaste mientras te pasabas a otra en el baño, un día antes estaban en el sillón tirándose el lote. Está confundida, hace mucho que no siente nada por un hombre y el hombre que le interesa es un auténtico idiota —sabía que hablaba de mí—. Mira Dy, no quiero entrometerme, pero vas a tener que cambiar un poco si quieres estar con ella. Hay otro chico con el que habla todos los días, no tengo ni idea de quién diablos es, pero está ahí, cerca, esperando a que termines de cagarla.

Cerré los ojos recordando esa sonrisa que era exclusiva para un idiota que intentaba conquistarla. Necesitaba recuperarla antes que su estúpido lector la cautivara. Ella tenía que ser mía, no soportaba la idea de verla con alguien más que no fuera yo. No podía ni pensarlo.

¡Mierda! Esos pensamientos definitivamente eran demasiados maricas. «Los libros la mantienen cuerda», recordé las palabras de Camila en la piscina. Sonreí satisfecho, sabía perfectamente cómo ganarme su amor otra vez.

—¿Cuál es el libro favorito de Emma? —pregunté antes que terminara de salir.

—Dependiendo el género y no me preguntes con exactitud. La idiota cambia de amor literario todas las semanas. Del único que me recuerdo ahora es de Christian Grey y Travis Maddox. No preguntes más de eso. No tengo ni una puta idea.

—¿Cuál de ellos es un idiota? —pregunté acelerado.

—Uno que se llama Dylan McGuire —dijo alejándose de la puerta. Quise gritarle, pero en lugar de eso le saqué el dedo de en medio. Sí, definitivamente esta mujer era ideal para Mike.

Las puertas se cerraron dejándome solamente con un nombre en la cabeza Christian Maddox. O al menos algo así había dicho Camila. Debí haber prestado más atención. Entré corriendo al ático quitándole el iPad a mi hermano de las manos. Era un alivio que no tuviera que subir a buscar el mío, de seguro perdería el nombre en ese momento.

—Pon en el buscador, Christian Maddox o algo así.

Mi hermano soltó una carcajada ante mi insistencia.

—¿Te has vuelto gay? Pensé que esta chica te tenía colgando de cabeza.

—¡Cállate idiota y busca el nombre! —le grité. Detestaba ser el menor de dos idiotas—. Es el personaje de un libro —insistí.

Después de una eterna búsqueda del famoso Christian Maddox, me di por vencido. No había nadie con ese nombre. Me dejé caer en el sillón exhausto. No podía creerlo. Tanto plan para nada.

—Cuál es la insistencia, Dy —preguntó mi hermano, dándome unas palmaditas en la espalda.

—Para ti todo es fácil, Derek, estoy loco por ella y... no sé qué hacer.

—Sigo sin entender qué le hiciste para que se pusiera tan de mal humor —negó con la cabeza sin apartar sus ojos grises de mí.

—Ella cree que me he liado con otra chica mientras estábamos juntos en una supuesta cita. La verdad es que nada ha

pasado. Tamara, me ha inducido que saliera del... —no podía contarle a don perfecto que había llevado a mi chica a Billi's, le daría un ataque—restaurante para platicar de algo de suma importancia. No me di cuenta de que le estaban jugando una mala broma a mi chica hasta que pasaron quince minutos. Querían arruinarme la cita y yo lo permití.

Admití la mitad de lo que en realidad había pasado, pero no podía admitirle que la llevé al puto bar de mala muerte. Mi hermano, antes de irse a estudiar a Harvard, era bastante alegre, salía de fiesta seguido conmigo. Hasta que empezó a pensar en su futuro. Algo que esperaba que me pasara algún día.

—Es una gran exagerada. Aun así no te quita lo idiota. ¿Qué piensas hacer?

—Quería decirle que sus amores literarios también son unos idiotas y que al final sus chicas los perdonan. Algo así, pero bien redactado. Para eso tengo a mi abogado personal, para que escriba la mierda que no sé poner en orden.

Mi hermano puso los ojos en blanco haciendo una búsqueda más profunda. Descubrimos, por algún milagro de los ángeles, que había un idiota de literatura juvenil llamado Travis Maddox, no recordaba que Camila haya dicho algo de un tal Travis, pero podía funcionar. Mandé a comprar el libro que era narrado con su punto de vista. Me causó mucha gracia que incluso el tipo de la portada tuviera los tatuajes, eran increíbles.

Mi hermano redactó una carta perfecta con lo que quería decir de una manera más ordenada sin quitarle mi esencia. Mi hermana la había escrito en papel pergamino empacando todo en una bonita caja. Por primera vez en mucho, agradecí que estuvieran en casa.

—¿Qué vas a hacer tú hoy? —le pregunté a mi hermano, que estaba colocándose una chaqueta de cuero bastante elegante.



—Conocí a una chica fantástica hace unos días. Quiero conocerla más por lo que voy a llevarla a un restaurante italiano.

—¿Qué pasa con Kathy? —dije conteniendo la risa.

—Las cosas no van tan bien.

Le sonreí a mi querido idiota. La verdad es que era un ejemplo a seguir. Me daba buenos consejos para aplicar con Emma, fue idea suya el llevarle café frío y almuerzo rico todos los días. Le iría bien con su cita de hoy. Sin embargo, me sentía obligado a dar algunas palabras antes que se marchara.

—No dejes que te alejen de ella durante la cena —le lancé una sonrisa de medio lado.

—Sí, claro —respondió—. No soy tan idiota para dejarla sola y que alguien me la quite de las manos. Ya me estoy peleando al supuesto idiota de su novio o algo por el estilo.

Solté una carcajada al pensar que tanto mi hermano como yo estábamos jodidos por mujeres que eran demasiado buenas para nosotros. Bueno, Emma era demasiado para mí. Derek era demasiado bueno para cualquier persona. Eso era obvio. Aun así no pude evitar pensar en Kathy. No la conocía y no sabía exactamente la relación que tenía con Derek, pero... se supone que están juntos.

